

Libros del Asteroide 

**Charlotte Delbo**

**Ninguno de nosotros volverá**

Traducción de Regina López Muñoz




**Charlotte Delbo**

Ninguno de nosotros volverá

*seguida de* Un conocimiento inútil

Traducción de Regina López Muñoz

Libros del Asteroide 

## Índice

Portada

Ninguno de nosotros volverá

Calle de la llegada, calle de la partida

Diálogo

Los maniqués

Los hombres

El recuento

Un día

Marie

El día siguiente

El mismo día

La pierna de Alice

Stenia

El día

La despedida

El recuento

La noche

Hasta cincuenta

El tulipán

La mañana

Weiter

La sed

La casa

La tarde

Auschwitz

El maniquí

Domingo

Los hombres

Diálogo

El comandante

El recuento

Lulu

La orquesta

Conque creíais

La primavera

Un conocimiento inútil

Los hombres

La marsellesa decapitada

Esther

Beber

El riachuelo  
Lily  
El oso de peluche  
Al principio queríamos cantar  
El viaje  
Berlín  
El misántropo  
Late el corazón en Ravensbrück  
Colócate en posición, ponte cómodo  
La partida  
El adiós  
La última noche  
La mañana de la libertad  
Plegaria a los vivos para perdonarles que están vivos  
Colofón

Primera edición, 2020

Título original: *Auschwitz et après I, II: Aucun de nous ne reviendra / Une connaissance inutile.*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright *Aucun de nous ne reviendra. Auschwitz et après I*: © 1970 by Les Éditions de Minuit; *Une connaissance inutile. Auschwitz et après II*:

© 1970 by Les Éditions de Minuit

© de la traducción, Regina López Muñoz, 2020

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Imagen de cubierta: Retrato de dos supervivientes tomado el 5 de mayo de 1945 en el campo de concentración de Lenzing (Austria). © United States Holocaust Museum, cortesía de Arnold E. Samuelson

Fotografía de la autora: © Eric Schwab

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

[www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com)

ISBN: 978-84-17977-24-5

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Duró

**Ninguno de nosotros volverá**

*Hoy, no estoy segura de que lo que escribí sea verdad.  
Estoy segura de que es verídico.*

## Calle de la llegada, calle de la partida

Están las personas que llegan. Buscan ojos entre la multitud de quienes esperan a quienes los esperan. Los besan y dicen que están cansados del viaje.

Están las personas que se van. Dicen adiós a quienes no se van y besan a los niños.

Hay una calle para las personas que llegan y una calle para las personas que se van.

Hay un café que se llama «La Llegada» y un café que se llama «La Partida».

Hay personas que llegan y hay personas que se van.

Pero existe una estación donde quienes llegan son precisamente los que se van  
una estación donde quienes llegan nunca llegaron, donde quienes se fueron nunca volvieron.

Es la estación más grande del mundo.

A esta estación llegan; vienen de cualquier parte.

Llegan después de días y después de noches

habiendo atravesado países enteros

llegan con sus niños, incluso los más pequeños, que no deberían viajar.

Han llevado a los niños porque uno no se separa de los niños para hacer este viaje.

Quienes tenían han llevado el oro porque creían que el oro podría resultar útil.

Todos han llevado lo más valioso que poseían porque no hay que dejar atrás las pertenencias más queridas cuando se hace un largo viaje.

Todos han llevado su vida, era la vida lo que había que llevar por encima de todo.

Y cuando llegan

creen que han llegado

al infierno

quizá. Sin embargo, no lo podían creer.

Ignoraban que al infierno pudiera llegarse en tren, pero puesto que allí están se arman de paciencia y se sienten preparados para afrontarlo

con los niños las mujeres los padres ancianos con los recuerdos familiares y los papeles familiares.

No saben que a esta estación no se llega.

Esperan lo peor, no esperan lo inconcebible.

Y cuando les gritan que se coloquen en filas de cinco, hombres a un lado, mujeres y niños a otro, en una lengua que no comprenden, comprenden los bastonazos y se colocan en filas de cinco puesto que se esperan cualquier cosa.

Las madres aprietan a los niños contra ellas —temblando al pensar que se los puedan quitar— porque los niños tienen hambre y sed y están agotados por el insomnio a través de tantos países. Por fin han llegado, podrán ocuparse de ellos.



Y cuando les gritan que dejen los paquetes, los edredones y los recuerdos en el andén, ellos los dejan porque deben esperarse cualquier cosa y no quieren sorprenderse de nada. Dicen «ya veremos», han visto ya de todo y están cansados del viaje.

La estación no es una estación. Es el final de una vía. Observan, y les impresiona la desolación en derredor.

Por la mañana la bruma les oculta las ciénagas.

Por la tarde los reflectores alumbran las alambradas blancas con una nitidez de fotografía astral. Creen que ahí es donde los llevan y están asustados.

Por la noche aguardan que se haga de día; los niños pesan en brazos de sus madres. Aguardan y se hacen preguntas.

De día no esperan. Las filas se ponen en marcha enseguida. Las mujeres con los niños primero, son los más agotados. Los hombres después. Ellos también están agotados, pero les tranquiliza que pasen primero sus mujeres y sus niños.

Porque hacen pasar primero a las mujeres y los niños.

En invierno los sorprende el frío. Sobre todo a quienes llegan de Candía: la nieve es nueva para ellos.

En verano el sol los ciega al salir de los vagones oscuros, cerrados a cal y canto en el momento de la partida.

La partida de Francia de Ucrania de Albania de Bélgica de Eslovaquia de Italia de Hungría del Peloponeso de Holanda de Macedonia de Austria de Herzegovina de las orillas del mar Negro y de las orillas del Báltico de las orillas del Mediterráneo y de las orillas del Vístula.

Les gustaría saber dónde están. No saben que esto es el centro de Europa. Buscan la placa de la estación. Es una estación que no tiene nombre.

Una estación que para ellos nunca tendrá nombre.

Los hay que viajan por primera vez en su vida.

Los hay que han viajado por todos los países del mundo, los comerciantes. Todos los paisajes les resultaban familiares, pero este no lo reconocen.

Observan. Más adelante sabrán contar cómo era.

Todos quieren recordar qué impresión les causó y cómo tuvieron la sensación de que no regresarían.

Es una sensación que uno puede haber experimentado ya antes en su vida. Saben que hay que desconfiar de las sensaciones.

Están los que llegan de Varsovia con chales grandes y hatillos anudados

están los que llegan de Zagreb, las mujeres con pañuelos en la cabeza

están los que llegan del Danubio con jerséis de punto tejidos de noche con lanas multicolores

están los que llegan de Grecia, han traído aceitunas negras y delicias turcas

están los que llegan de Montecarlo

estaban en el casino

van en frac y el viaje les ha estropeado la pechera

tienen tripa y son calvos

son grandes banqueros que jugaban a la banca  
están los recién casados que salían de la sinagoga, la novia de blanco y con el velo todo  
arrugado de haber dormido en el suelo del vagón  
el novio de negro y con chistera, los guantes manchados  
los padres y los invitados, las mujeres con bolsos de perlas  
todos lamentan no haber podido pasar por casa para ponerse algo menos delicado.

El rabino camina muy erguido y va el primero. Siempre ha sido un ejemplo para los demás.

Están las chiquillas de un internado con sus faldas plisadas todas iguales, sus sombreros con una cinta azul que cuelga. Se estiran bien los calcetines al bajar. Y avanzan amablemente de cinco en cinco como durante el paseo de los jueves, cogidas de la mano y sin saber. ¿Qué pueden hacerles a las niñas pequeñas de un internado que van con su maestra? La maestra les dice: «Portaos bien, niñas». No tienen la menor intención de no portarse bien.

Están los ancianos que recibían noticias de sus hijos en América. La idea que tienen del extranjero es la que les daban las postales. Nada se parecía a lo que ven aquí. Los hijos jamás lo creerán.

Están los intelectuales. Son médicos o arquitectos, compositores o poetas, se distinguen por los andares y por las gafas. Ellos también han visto mucho a lo largo de su vida. Han estudiado mucho. Algunos incluso han imaginado mucho para escribir sus libros y ninguna de sus ensoñaciones semeja lo que ven aquí.

Están todos los peleteros de las grandes ciudades y los sastres de caballeros y de señoras, todos los confeccionistas que habían emigrado a Occidente y que no reconocían aquí la tierra de sus antepasados.

Está el pueblo inagotable de las ciudades donde los hombres ocupan cada uno su alveolo y aquí ahora forman filas interminables y una se pregunta cómo cabían todos en los alveolos superpuestos de las ciudades.

Está la madre que da un tortazo a su hijo de unos cinco años porque él no quiere darle la mano y ella quiere que se quede tranquilo a su vera. Corre el riesgo de perderse y no deben separarse en un lugar desconocido y con tanta gente. Ella abofetea a su hijo y nosotros que sabemos no se lo perdonamos. Lo mismo daría que lo cubriera de besos.

Están los que habían viajado dieciocho días y se habían vuelto locos y se habían matado entre ellos en los vagones y

los que se habían asfixiado durante el viaje de lo apretujados que iban  
obviamente esos no bajan.

Está la niña pequeña que agarra su muñeca a la altura del corazón, las muñecas también se ahogan.

Están las dos hermanas con abrigo blanco que fueron a dar un paseo y que no han vuelto para la cena. Los padres todavía están preocupados.

De cinco en cinco enfilan la calle de la llegada. Es la calle de la partida, ellos no lo saben. Es la calle que solo se enfila una vez.

Caminan en orden, que no puedan reprocharles nada.

Llegan a un edificio y suspiran. Por fin han llegado.

Y cuando a las mujeres les gritan que se desvistan ellas desvisten primero a los niños con cuidado de no despertarlos del todo. Después de varios días y varias noches de viaje están nerviosos y gruñones

y empiezan a desvestirse delante de los niños qué le vamos a hacer

y cuando les dan una toalla a cada una se preocupan estará caliente la ducha porque los niños podrían coger frío

y cuando los hombres entran en las duchas por otra puerta desnudos también ellas esconden a los niños contra ellas.

Y quizá en ese momento todos comprendan.

Y no sirve de nada que comprendan ahora puesto que no pueden decírselo a quienes esperan en el andén

a quienes circulan en los vagones a oscuras a través de todos los países para llegar aquí

a quienes están en los campos y recelan de la partida porque temen el clima o el trabajo y dejar sus bienes

a quienes se esconden en las montañas y en los bosques y ya no tienen paciencia para seguir escondidos. Pase lo que pase volverán a sus casas. Por qué iban a ir a buscarlos a sus casas si ellos nunca han hecho mal a nadie

a quienes no quisieron esconderse porque no se puede abandonar todo

a quienes creían haber puesto a los niños a salvo en un internado católico con esas señoritas tan amables.

Una orquesta se vestirá con las faldas plisadas de las chiquillas. El comandante quiere que se toquen vales vieneses los domingos por la mañana.

Una jefa de barracón confeccionará cortinas para dar a su ventana un aire de alcoba con la tela sagrada que el rabino llevaba consigo para officiar la ceremonia ocurriera lo que ocurriera dondequiera que se encontrara.

Una kapo\* se disfrazará con el traje y la chistera del recién casado su amiga con el velo y ambas jugarán a las bodas de noche cuando las demás estén acostadas muertas de cansancio. Las kapos pueden divertirse ellas no están cansadas por las noches.

Se repartirán aceitunas negras y delicias turcas entre las alemanas enfermas pero a ellas no les gustan ni las aceitunas de Kalamata ni las aceitunas en general.

Y todo el día y toda la noche

todos los días y todas las noches las chimeneas humean con el combustible de todos los países de Europa

hombres junto a las chimeneas dedican sus días a cribar las cenizas para encontrar el oro fundido de los dientes de oro. Estos judíos tienen todos oro en la boca y hay tantos que reúnen toneladas.

Y en primavera hombres y mujeres esparcen las cenizas por las ciénagas resacas por primera vez trabajadas y fertilizan el suelo con fosfato humano.

Tienen un zurrón amarrado sobre el vientre y hunden la mano en el polvo de huesos humanos que arrojan al aire con dificultad sobre los surcos y el viento les echa el polvo en la cara y por la noche están blancos, las arrugas marcadas por el sudor que ha chorreado sobre el polvo.

Y que nadie tema que falte el fertilizante llegan trenes y trenes llegan todos los días y todas las noches a todas las horas de todos los días y de todas las noches.

Es la mayor estación del mundo tanto para las llegadas como para las partidas.

Solo los que entran en el campo saben de inmediato qué ha sido de los otros y lloran por haberlos dejado en la estación porque ese día el oficial ordenaba a los más jóvenes que formasen una fila aparte

tiene que haber alguien para secar las ciénagas y esparcir la ceniza de los otros.

Y se dicen que habría sido mejor no entrar nunca y no saber nunca.

Vosotros que habéis llorado dos mil años  
a uno que agonizó tres días y tres noches

qué lágrimas tendréis  
para quienes agonizaron  
muchas más de trescientas noches y muchos  
    más de trescientos días  
cuánto  
lloraréis  
a quienes agonizaron tantas agonías  
y fueron innumerables

No creían en la resurrección en la eternidad  
Y sabían que vosotros no lloraríais.

Oh, los que sabéis  
sabíais que el hambre hace brillar los ojos  
que la sed los destiñe  
Oh, los que sabéis  
sabíais que es posible ver a tu madre muerta  
sin derramar una lágrima  
Oh, los que sabéis  
sabíais que por la mañana quieres morir  
y que por la noche tienes miedo  
Oh, los que sabéis  
sabíais que un día dura más que un año  
un minuto más que una vida  
Oh, los que sabéis  
sabíais que las piernas son más vulnerables  
que los ojos  
los nervios más duros que los huesos  
el corazón más sólido que el acero  
Sabíais que las piedras del camino no lloran  
que solo existe una palabra para el espanto  
una sola para la angustia  
Sabíais que el sufrimiento no tiene límites

ni el horror fronteras  
Lo sabíais  
Vosotros, los que sabéis.

Mi madre  
era unas manos un rostro  
Pusieron a nuestras madres desnudas ante nosotras

Aquí las madres ya no son madres para sus hijos.

Todos estaban marcados en el brazo con un número  
indeleble

Todos debían morir desnudos

El tatuaje identificaba a los muertos y a las muertas.



Era una llanura desolada  
al pie de una ciudad

La llanura estaba congelada  
y la ciudad  
no tenía nombre.

## Diálogo

—¿Eres francesa?

—Sí.

—Yo también.

No luce la F en el pecho. Una estrella.

—¿De dónde?

—París.

—¿Llevas mucho tiempo aquí?

—Cinco semanas.

—Yo, dieciséis días.

—Ya es mucho, lo sé.

—Cinco semanas... ¿Cómo es posible?

—Ya ves.

—Y ¿crees que se puede aguantar?

Está mendigando.

—Hay que intentarlo.

—Vosotras podéis tener esperanza, pero nosotras...

Señala mi chaqueta de rayas y señala su abrigo, un abrigo demasiado grande, demasiado sucio, demasiado desastrado.

—Bah, tenemos las mismas oportunidades, mujer...

—Para nosotras no hay esperanza.

Y su mano hace un gesto y el gesto alude al humo que asciende.

—Hay que luchar con todo el valor.

—Por qué... Por qué luchar, si todas vamos a...

El gesto de su mano concluye la frase. El humo que asciende.

—No. Hay que luchar.

—Cómo podemos esperar salir de aquí. Cómo va a salir alguien de aquí jamás. Más nos valdría abalanzarnos sobre la alambrada ahora mismo.

¿Qué puedo decirle? Es menuda, enclenque. Y ni siquiera logro persuadirme a mí misma. Todos los argumentos son absurdos. Lucho contra mi razón. Luchamos contra toda razón.

La chimenea humea. El cielo está bajo. El humo vaga sobre el campo y pesa y nos envuelve y es el olor de la carne que arde.

## Los maniqués

—Mirad. Mirad.

Estábamos acucilladas en nuestra litera, sobre las tablas que hacían las veces de cama, de mesa, de suelo. El techo estaba muy bajo. Solo podíamos estar sentadas y con la cabeza gacha. Éramos ocho, nuestro grupo de ocho compañeras que la muerte iba a separar, en aquel nicho angosto en el que nos encaramábamos. Ya habían repartido la sopa. Habíamos esperado mucho rato fuera para pasar una detrás de otra ante el bidón que humeaba sobre el rostro de la stubhova.\* Con la manga derecha remangada, la stubhova hundía el cucharón en el bidón para servir. Detrás del vapor de la sopa, gritaba. El vaho ablandaba su voz. Gritaba porque había empujones o conversaciones. Nosotras esperábamos, sombrías, con la mano que sostenía la escudilla entumecida. Ahora, con la sopa en las rodillas, comíamos. La sopa era pésima, pero sabía a algo caliente.

—Mirad, habéis visto, en el patio...

—¡Ah! —Yvonne P. deja caer la cuchara. Ya no tiene hambre.

El nicho con barrotes da al patio del bloque 25, un patio cercado de muros. Hay una puerta que da al campo, pero si esa puerta se abre cuando pasas, echas a correr, huyes, no quieres ver ni la puerta ni lo que pueda haber tras ella. Huyes. Nosotras, a través del nicho, podemos ver. Nunca dirigimos la cabeza hacia ese lado.

—Mirad. Mirad.

Al principio, ponemos en duda lo que vemos. Hay que distinguirlos de la nieve. Está el patio lleno. Desnudos. En fila uno al lado del otro. Blancos, de un blanco que resulta azulado sobre la nieve. Las cabezas rapadas, los pelos del pubis rectos, tiesos. Los cadáveres están congelados. Blancos, con las uñas pardas. En verdad, los dedos de los pies alzados son ridículos. De un ridículo espantoso.

Bulevar de Courtais, en Montluçon. Yo esperaba a mi padre en las Nuevas Galerías. Era verano, el sol calentaba el asfalto. Había un camión parado, unos hombres lo descargaban. Entregaban maniqués para el escaparate. Cada hombre cogía en brazos un maniquí que a continuación dejaba en la puerta de los almacenes. Los maniqués estaban desnudos, tenían articulaciones vistosas. Los hombres los trasladaban con sumo cuidado, los tumbaban cerca del muro, en la acera caliente.

Yo miraba. Me turbaba la desnudez de los maniqués. A menudo había visto maniqués en los escaparates, con sus vestidos, sus zapatos y sus pelucas, el brazo flexionado en un gesto afectado. Nunca había pensado que existieran desnudos, sin pelo. Nunca había pensado que existieran fuera del escaparate, de la luz eléctrica, de su gesto. Descubrirlo me generaba el mismo malestar que ver un muerto por primera vez.

Ahora, los maniqués están tumbados en la nieve, bañados por la claridad invernal que me trae recuerdos del sol sobre el asfalto.

Las que están tumbadas ahí, en la nieve, son nuestras compañeras de ayer. Ayer estaban en pie durante el recuento. De cinco en cinco, en filas, a ambos lados de la Lagerstrasse. Iban a trabajar, se arrastraban en dirección a las ciénagas. Ayer tenían hambre. Tenían piojos, se rascaban. Ayer engullían la sopa pésima. Tenían diarrea y les pegaban. Ayer sufrían. Ayer deseaban morir.

Ahora están ahí, cadáveres desnudos en la nieve. Han muerto en el bloque 25. La muerte en el bloque 25 no tiene la serenidad que se espera de ella, incluso aquí.

Una mañana, porque se desmayaban durante el recuento, porque estaban más pálidas que las demás, un SS les hizo una seña. Formó con ellas una columna que mostraba y exageraba todas las degradaciones sumadas, todas las enfermedades que hasta entonces se perdían en medio de la masa. Y la columna, conducida por el SS, fue empujada hacia el bloque 25.

Estaban las que iban solas. Voluntariamente. Como al suicidio. Esperaban que un SS viniera a inspeccionarlas para que la puerta se abriera, y entrar.

Estaban también las que no corrían lo bastante rápido un día que había que correr.

Estaban también aquellas cuyas compañeras se habían visto obligadas a abandonarlas en la puerta, y que habían gritado: «No me dejéis. No me dejéis».

Durante días, habían tenido hambre y sed, sobre todo sed. Habían tenido frío, acostadas casi sin ropa sobre tablas, sin jergón ni manta. Encerradas con agonizantes y locas, aguardaban su turno de agonía o de locura. Por la mañana, salían. Las hacían salir a bastonazos. Bastonazos a agonizantes y a locas. Las vivas tenían que arrastrar hasta el patio a las que habían muerto durante la noche, porque había que contar a las muertas también. Pasaba el SS. Se divertía abalanzando a su perro sobre ellas. Se oían alaridos en todo el campo. Eran los alaridos de la noche. Luego, el silencio. El recuento había terminado. Era el silencio del día. Las vivas volvían. Las muertas se quedaban en la nieve. Las habían desvestido. La ropa la usarían otras.

Cada dos o tres días, los camiones venían a llevarse a las vivas para trasladarlas a la cámara de gas, a las muertas para arrojarlas al horno crematorio. La locura debía de ser la última esperanza de quienes allí entraban. Algunas, espabiladas por su obstinación por vivir, al principio escapaban. A veces permanecían varias semanas, nunca más de tres, en el bloque 25. Las veíamos en los barrotes de las ventanas. Suplicaban: «Dadnos de beber. Dadnos de beber». Hay espectros que hablan.

—Mirad. Ah, os aseguro que se ha movido. Esa, la penúltima. La mano... los dedos se estiran, estoy segura.

Los dedos se estiran despacio, es la nieve que florece en una anémona de mar descolorida.

—No miréis. ¿Por qué miráis? —implora Yvonne P., con los ojos como platos, fijos en el cadáver que vive aún.

—Tómame la sopa —dice Cécile—. Esas ya no necesitan nada.

Yo también miro. Miro ese cadáver que se mueve y que me deja indiferente. Ahora ya soy mayor. Puedo mirar los maniqués desnudos sin tener miedo.

## Los hombres

Por la mañana y por la tarde, por la carretera de las ciénagas, nos cruzábamos con columnas de hombres. Los judíos iban de paisano. Ropa desgastada, manchada en la espalda por una cruz de minio. Como las judías. Prendas deformes que ataban en torno a sus cuerpos. Los otros iban de rayas. Los uniformes colgaban sobre las espaldas flacas.

Los compadecíamos porque tenían que marchar al paso. Nosotras, en cambio, marchábamos como podíamos. El kapo, a la cabeza, era gordo y llevaba ropa de abrigo y botas. Recitaba: Links, Zwei, Drei, Vier. Links. Los hombres lo seguían con esfuerzo. Calzaban zuecos de loneta con suelas de madera que les sobresalían de los pies. Nosotras nos preguntábamos cómo podían caminar con aquellos zuecos. Cuando había nieve o hielo, los llevaban en la mano.

Tenían los andares propios de allí. La cabeza adelantada, el cuello adelantado. La cabeza y el cuello arrastraban el resto del cuerpo. La cabeza y el cuello tiraban de los pies. En sus rostros demacrados, los ojos ardían, ojerosos, la pupila negra. Tenían los labios hinchados, negros o demasiado colorados, y cuando los abrían se veían las encías sanguinolentas.

Pasaban cerca de nosotras. Nosotras murmurábamos: «Francesas, francesas», para saber si había compatriotas entre ellos. No habíamos coincidido con ninguno todavía.

Marchaban en tensión, no nos miraban. Nosotras, en cambio, sí los mirábamos. Nosotras los mirábamos. Nuestras manos se estrujaban de lástima. Su imagen nos perseguía, y sus andares, y sus ojos.

Había entre nosotras tantas enfermas que no comían que disponíamos de mucho pan. Probábamos con todos los argumentos para convencerlas de que comieran, de que superasen el asco que les daba la comida, de que comieran para sobrevivir. Nuestras palabras no inspiraban en ellas ninguna voluntad. Habían renunciado nada más llegar.

Una mañana, llevamos pan debajo de las chaquetas. Para los hombres. No nos cruzamos con ninguna columna de hombres. Aguardamos la tarde con impaciencia. De regreso, oímos sus pasos detrás de nosotras. Drei. Vier. Links. Caminan más rápido que nosotras. Debemos hacernos a un lado para dejarlos pasar. ¿Polacos? ¿Rusos? Hombres lastimosos, sangrantes de miseria como todos los hombres de este lugar.

En el momento en que se ponen a nuestra altura, sacamos rápidamente el pan y se lo lanzamos. De pronto estalla una refriega. Agarran el pan, se lo disputan, se lo quitan de las manos. Tienen ojos de lobo. Dos de ellos ruedan por la cuneta con el pan que se escapa.

Los vemos pelear y lloramos.

El SS vocifera, lanza a su perro sobre ellos. La columna se rehace, reanuda la marcha. Links. Zwei. Drei.

No han vuelto la cabeza en nuestra dirección.

## El recuento

Han pasado las SS con sus capas negras. Nos han contado. Todavía estamos esperando.

Esperamos.

Desde hace días, el día siguiente.

Desde la víspera, el día después.

Desde el corazón de la noche, hoy.

Esperamos.

El alba se anuncia en el cielo.

Esperamos el alba porque algo hay que esperar.

No esperamos la muerte. Nos la esperamos.

No esperamos nada.

Esperamos lo que acontece. La noche porque sigue al día. El día porque sigue a la noche.

Esperamos el final del recuento.

El final del recuento es un toque de silbato que hace girar a cada una sobre sí misma en dirección a la puerta. Las filas inmóviles se transforman en filas preparadas para ponerse en marcha. En marcha hacia las ciénagas, hacia los ladrillos, hacia las zanjas.

Hoy esperamos más tiempo de lo acostumbrado. El cielo palidece más de lo acostumbrado. Esperamos.

¿El qué?

Un SS aparece al fondo de la Lagerstrasse, viene hacia nosotras, se detiene delante de nuestras filas. Por el caduceo de la gorra, debe de tratarse del médico. Nos escudriña. Despacio. Habla. No vocifera. Habla. Una pregunta. Nadie responde. Solicita: «Dolmetscherin». Marie-Claude da un paso adelante. El SS repite la pregunta y Marie-Claude traduce: «Quiere saber si alguna de nosotras no puede soportar el recuento». El SS nos mira. Magda, nuestra blockhova, que está a su lado, nos mira y, haciéndose un poco a un lado, entorna ligeramente los ojos.

¿Quién puede soportar el recuento, realmente? ¿Quién puede permanecer de pie e inmóvil durante horas? En plena noche. En la nieve. Sin haber comido, sin haber dormido. ¿Quién puede soportar este frío durante horas?

Varias levantan la mano.

El SS las hace salir de las filas. Las cuenta. Demasiado pocas. En voz baja pronuncia otra frase y Marie-Claude traduce otra vez: «Pregunta si no hay más, ancianas o enfermas, a las que les resulte demasiado duro el recuento de la mañana». Se alzan otras manos. Entonces Magda, rauda, le da un codazo a Marie-Claude y Marie-Claude, sin cambiar de tono: «Pero mejor no decirlo». Las manos que se habían levantado bajan. Salvo una. Una anciana muy menuda que se pone de puntillas, alargando y agitando el brazo, lo más alto que puede, temiendo que no la vean. El SS se aleja. La ancianita se envalentona: «Yo, señor. Tengo sesenta y siete años». Sus vecinas hacen: «¡Chis!». Ella se enfada. ¿Por qué impedirle, si hay un régimen menos crudo para las enfermas y las ancianas, por qué impedirle que lo disfrute? Desesperada porque la hayan olvidado, grita. Con

una voz aguda y vieja como ella, grita: «Yo, señor. Tengo sesenta y siete años». El SS la oye, se gira: «Komm», y ella se une al grupo recién formado, que el médico SS escolta hasta el bloque 25.

## Un día

Estaba agarrada al lado opuesto del terraplén, enganchada con manos y pies al lado opuesto del terraplén cubierto de nieve. Todo su cuerpo estaba crispado, crispada la mandíbula, crispado el cuello descoyuntado en cartílagos, crispado lo que quedaba de músculo en sus huesos.

Y sus esfuerzos eran en vano, los esfuerzos de alguien que tirase de una cuerda imaginaria.

Estaba encorvada desde el dedo índice al dedo gordo del pie, pero cada vez que levantaba una mano para agarrarse más arriba e intentar escalar el terraplén, caía de nuevo. Su cuerpo se volvía de pronto flácido, miserable. Entonces erguía la cabeza y seguíamos en su rostro el trabajo mental que se operaba dentro de ella para reajustar sus extremidades al esfuerzo. Apretaba los dientes, afilaba la barbilla, las costillas se marcaban formando círculos bajo la prenda pegada, un abrigo de calle —una judía—, sus tobillos se tensaban. Intentaba izarse una vez más hasta la otra orilla de nieve.

Cada uno de sus gestos era tan lento y tan torpe, de tan obvia debilidad, que nos preguntábamos cómo podía siquiera moverse. Al mismo tiempo, nos costaba entender que tuviera que tomarse unas molestias tan desproporcionadas para llevar a cabo la empresa, tan desproporcionadas para ese cuerpo que no debía de pesar nada.

Ahora sus manos se habían aferrado a una costra de nieve endurecida, sus pies sin punto de apoyo buscaban alguna anfractuosidad, un escalón. Luchaban en el vacío. Sus piernas estaban envueltas en trapos. Eran tan flacas que a pesar de los trapos recordaban a los rodrigones para habichuelas que se pone a los espantapájaros para representar las piernas, y que cuelgan. Sobre todo cuando luchaban en el vacío. Volvía a caer al fondo del foso.

Gira la cabeza como para medir el camino, mira hacia arriba. Vemos crecer la confusión en sus ojos, en sus manos, en su semblante convulso.

«¿Qué les pasa a todas estas mujeres, por qué me miran así? ¿Qué hacen ahí, y por qué están alineadas en filas apretadas, y por qué se quedan ahí paradas? Me miran, pero parece que no me ven. No me ven, de lo contrario no se quedarían ahí plantadas. Me ayudarían a subir. ¿Por qué no me ayudáis, con lo cerca que estáis? Ayudadme. Tirad de mí. Inclinaos. Tendedme la mano. Nada, no se mueven.»

Y la mano se retorció hacia nosotras en una llamada desesperada. La mano cae de nuevo, una estrella malva marchita en la nieve. Al caer, ha perdido escualidez, se ablanda, se transforma en cosa viva y lastimosa. El codo se apoya, resbala. Todo el cuerpo se desploma.

Detrás, más allá de las alambradas, la llanura, la nieve, la llanura.

Allí estábamos todas, varios miles, de pie en la nieve desde la mañana (así es como hay que llamar a la noche, puesto que la mañana eran las tres de la madrugada). El alba había iluminado la nieve que hasta ese momento iluminaba la noche, y el frío se había acentuado.

Inmóviles desde la plena noche, nos volvíamos tan pesadas para nuestras piernas que nos hundíamos en la tierra, en el hielo, sin poder hacer nada contra el entumecimiento. El frío contusionaba las sienas, los maxilares, creíamos que los huesos se dislocaban, que el cráneo



reventaba. Habíamos renunciado a saltar sobre uno y otro pie, a entrechocar los talones, a frotarnos las palmas de las manos. Era una gimnasia agotadora.

Permanecíamos inmóviles. La voluntad de luchar y de resistir, la vida, se habían refugiado en una porción empujoneada del cuerpo, apenas la periferia inmediata del corazón.

Allí estábamos, inmóviles, varios millares de mujeres de todas las lenguas, apretadas unas contra otras, agachando la cabeza bajo el azote de las ráfagas de nieve.

Allí estábamos, inmóviles, reducidas al único latir de nuestros corazones.

¿Dónde va esa, por qué se sale de la fila? Camina como una lisiada o como una ciega, una ciega que ve. Se dirige hacia el foso con paso de madera. Está en el borde, se agacha para bajar. Cae. Su pie ha resbalado en la nieve que se desmorona. ¿Por qué quiere bajar al foso? Ha abandonado la fila sin vacilar, sin esconderse de la SS erguida con su capa negra, erguida sobre sus botas negras, que nos vigila. Se ha acercado como si estuviera en otra parte, en una calle donde pudiera cambiar de acera, o en un jardín. Aludir aquí a un jardín puede suscitar risas. Tal vez como una de esas viejas locas que en las plazas dan miedo a los niños. Es una mujer joven, casi una muchacha. Hombros muy frágiles.

Aquí está, en el hueco del foso, arañando con las manos, buscando con los pies, levantando con esfuerzo la pesada cabeza. Su rostro está ahora vuelto hacia nosotras. Tiene los pómulos violetas, pronunciados, la boca hinchada, violeta negra, las órbitas con sombras en el fondo. Su rostro es el de la desesperación desnuda.

Largo rato lucha contra la indocilidad de sus miembros para recobrar el aplomo. Se debate como un ahogado. Entonces, alarga las manos para izarse hacia la otra orilla. Sus manos buscan un apoyo, sus uñas arañan la nieve, todo su cuerpo se tensa en un sobresalto. Y se hunde, agotada.

Ya no la miro. No quiero mirarla más. Quisiera cambiar de sitio, no ver. No ver más esos agujeros en el fondo de las órbitas, esos agujeros que miran fijamente. ¿Qué quiere hacer? ¿Quiere llegar a las alambradas electrificadas? ¿Por qué nos mira fijamente? ¿Es a mí a quien señala? ¿Es a mí a quien implora? Vuelvo la cabeza. Mirar hacia otro lado. Hacia otro lado.

Hacia otro lado —ante nosotras— está la puerta del bloque 25.

De pie, envuelto en una manta, un niño, un chiquillo. Una cabeza rapada muy pequeña, una cara en la que destacan la mandíbula y el arco superciliar. Descalzo, da saltitos sin cesar, animado por un movimiento frenético que recuerda al de los salvajes cuando bailan. Quiere agitar también los brazos para calentarse. La manta se abre. Es una mujer. Un esqueleto de mujer. Está desnuda. Se ven las costillas y los huesos ilíacos. Se coloca bien la manta sobre los hombros, sigue bailando. Un baile mecánico. Un esqueleto de mujer que baila. Sus pies son pequeños, flacos, y están desnudos en la nieve. Hay esqueletos vivos que bailan.

Y ahora yo estoy en un café escribiendo esta historia (pues esto se convierte en una historia).

Un claro. ¿Es ya por la tarde? Hemos perdido la noción del tiempo. El cielo aparece. Muy azul. De un azul olvidado. Han transcurrido muchas horas desde que conseguí no mirar a la mujer del foso. ¿Aún está ahí? Ha llegado a lo alto del terraplén —¿cómo ha podido?— y se ha detenido. Sus manos se sienten atraídas por la nieve que titila. Agarra un puñado y se lo lleva a los labios con un gesto de una lentitud exasperante que debe de costarle un sufrimiento infinito. Chupa la nieve. Ahora entendemos por qué se ha salido de la fila, esa determinación en sus facciones. Quería nieve limpia para sus labios tumefactos. Desde el alba se sentía fascinada por esa nieve limpia que quería alcanzar. A este lado, la nieve que hemos pisoteado es negra. Ella

chupa su nieve, pero parece que ya no le apetezca. La nieve no quita la sed cuando hay fiebre. Tantos esfuerzos por un puñado de nieve que cae en su boca como un puñado de sal. La mano cae, la nuca se dobla. Un tallo frágil que debería quebrarse. La espalda se arquea, con los omóplatos sobresaliendo bajo la fina tela del abrigo. Es un abrigo amarillo, del amarillo de nuestro perro Flac, que había adelgazado muchísimo tras la enfermedad y cuyo cuerpo entero se arqueaba formando un esqueleto de pájaro de museo en el momento de su muerte. La mujer va a morir.

Ya no nos mira. Yace en la nieve, con el cuerpo acurrucado. Con la columna vertebral arqueada, Flac va a morir, la primera criatura que yo veía morir. Mamá, Flac está delante de la puerta del jardín. Está todo acurrucado. Está temblando. Dice André que se va a morir.

«Tengo que levantarme, levantarme. Tengo que andar. Tengo que seguir luchando. ¿No me van a ayudar? Ayudadme, vosotras que estáis ahí con los brazos vacíos.»

Mamá, ven, corre, Flac se va a morir.

«No sé por qué no me ayudan. Están muertas. Están muertas. ¡Ah!, parecían vivas porque están de pie, apoyándose las unas contra las otras. Están muertas. Yo no quiero morir.»

Su mano se agita una vez más, como un grito; y ella no grita. ¿En qué lengua gritaría, si gritara?

Una muerta avanza hacia ella. Maniqué con uniforme de rayas. Dando dos pasos, la muerta la ha alcanzado, tira de ella agarrándola por un brazo, la arrastra hasta nuestro lado para que vuelva a su lugar en las filas. La capa negra de la SS se ha acercado. Es más bien un saco amarillo sucio lo que la muerta arrastra hacia nosotras, y se queda ahí. Durante horas. ¿Qué podemos hacer? Va a morir. Flac, nuestro perro amarillo que estaba tan flaco, va a morir. Todavía faltan unas horas.

De repente, un temblor recorre el montón que forma el abrigo amarillo en el barro de nieve. La mujer intenta levantarse. Sus movimientos se descomponen a un ritmo de cámara lenta insoportable. Se arrodilla, nos mira. Ninguna de nosotras se mueve. Apoya las manos en el suelo, su cuerpo arqueado está tan flaco como el de Flac, que iba a morir. Logra ponerse en pie. Titubea, busca dónde agarrarse. El vacío. Camina. Camina en el vacío. Está tan encorvada que nos preguntamos cómo es que no se cae. No. Camina. Trastabilla pero avanza. Y los huesos de su cara manifiestan una voluntad que asusta. La vemos atravesar el vacío delante de nuestras filas. ¿Adónde irá ahora?

«¿Por qué os extraña que camine? ¿Acaso no habéis oído que me ha llamado él, el SS que está delante de la puerta con el perro? No oís porque estáis muertas.»

La SS de la capa negra se ha ido. Ahora es un SS de verde quien se encuentra delante de la puerta.

La mujer avanza. Se diría que obedece. Se detiene frente al SS. Su espalda se sacude de escalofríos, su espalda arqueada con los omóplatos sobresaliendo bajo el abrigo amarillo. El SS lleva a su perro sujeto con correa. ¿Le ha dado una orden, hace una señal? El perro se abalanza sobre la mujer, sin rugir, sin respirar, sin ladrar. Es silencioso como en un sueño. El perro se abalanza sobre la mujer, le clava los colmillos en la garganta. Y nosotras no nos movemos, atrapadas en una especie de viscosidad que nos impide esbozar el menor gesto, como en un sueño. La mujer grita. Un grito arrebatado. Un único grito que desgarrar la inmovilidad de la llanura. No sabemos si el grito procede de ella o de nosotras, de su garganta perforada o de la nuestra. Siento los colmillos del perro en mi garganta. Grito. Chillo. Ningún sonido sale de mí. El silencio del sueño.

La llanura. La nieve. La llanura.

La mujer se desploma. Un estremecimiento y se acabó. Algo que se parte limpiamente. La cabeza en el barro de nieve no es más que un muñón. Los ojos son dos llagas sucias.

«Todas esas muertas que ya no me miran.» Mamá, Flac ha muerto. Ha agonizado mucho rato. Y después se ha arrastrado hasta la escalinata. Se ha oído un estertor que no ha podido salir de su garganta y ha muerto. Parecía que lo hubieran estrangulado.

El SS tira de la correa. El perro se retira. Tiene un poco de sangre en el hocico. El SS silba, se va.

Delante de la puerta del bloque 25, la manta con los pies descalzos, con la cabeza rapada, no ha dejado de dar saltitos. Cae la noche.

Y nosotras nos quedamos de pie en la nieve. Inmóviles en la llanura inmóvil.

Y ahora yo estoy en un café escribiendo esto.

## Marie

Su padre, su madre, sus hermanos y sus hermanas fueron gaseados nada más llegar.

Los padres eran demasiado viejos, los niños demasiado jóvenes.

Dice: «Mi hermana pequeña era muy guapa. No podéis imaginar lo guapa que era.

No debieron de mirarla.

Si la hubieran mirado, no la habrían matado.

No habrían podido».

## El día siguiente

Desde la noche duraba el recuento y ahora es de día. La noche era clara y fría, crujiente de escarcha: una avalancha de hielo derramada de las estrellas. El día es claro y frío, claro y frío hasta lo intolerable. Silbato. Las columnas se mueven. El movimiento ondea hasta nosotras. Sin saberlo, hemos girado. Sin saberlo, nosotras también nos movemos. Avanzamos. Tan entumecidas que no parecemos más que un pedazo de frío que avanza de una sola pieza. Nuestras piernas avanzan como si no fuesen nuestras. Las primeras filas franquean la puerta. A ambos lados, los SS con sus perros. Están envueltos en capotes, pasamontañas, bufandas. Los perros también, con abrigo de perro, con las dos eses negras sobre un redondel blanco. Abrigos hechos con cortinas. Las columnas se estiran. Hay que tensarse para franquear la puerta, espaciarse. Una vez franqueada la puerta, volvemos a apretarnos como hacen los animales, pero el frío es tan intenso que ya no lo sentimos. Ante nosotras resplandece la llanura: el mar. Vamos tras él. Las filas atraviesan la carretera, caminan en línea recta hacia el mar. En silencio. Despacio. ¿Adónde vamos? Avanzamos en la llanura resplandeciente. Avanzamos en la luz solidificada por el frío. Los SS gritan. No entendemos lo que gritan. Las columnas se hunden en el mar, cada vez más lejos en la luz de hielo. Los SS repiten las órdenes por encima de nosotras. Avanzamos, deslumbradas por la nieve. Y de pronto nos asalta el miedo, el vértigo, al borde de esta llanura cegadora. ¿Qué quieren? ¿Qué van a hacer con nosotras? Gritan. Corren y sus armas tintinean. ¿Qué van a hacer con nosotras?

Entonces, las columnas se organizan en cuadrados. De diez en diez, diez filas. Un cuadrado detrás de otro. Un damero gris sobre la nieve resplandeciente. La última columna. El último cuadrado se queda quieto. Gritos para que el borde del damero esté bien definido sobre la nieve. Los SS custodian las esquinas. ¿Qué quieren hacer? Pasa un oficial a caballo. Mira los cuadrados perfectos que dibujan quince mil mujeres sobre la nieve. Vuelve grupas, satisfecho. Los gritos cesan. Los centinelas empiezan a dar vueltas alrededor de los cuadrados. Recuperamos la conciencia de nosotras mismas, respiramos todavía. Respiramos frío. Más allá de nosotras, la llanura.

La nieve resplandece bajo una luz refractada. No hay rayos, solo luz, una luz dura y glacial donde todo se inscribe en aristas cortantes. El cielo es azul, duro y glacial. Pensamos en las plantas atrapadas en el hielo. En el Ártico el hielo debe atrapar hasta la vegetación submarina. Nosotras estamos atrapadas en un bloque de hielo duro, cortante, tan transparente como un bloque de cristal. Y ese cristal está atravesado de luz, como si la luz estuviese atrapada en el hielo, como si el hielo fuese luz. Necesitamos mucho tiempo para reconocer que podemos movernos en el interior de este bloque de hielo en el que nos encontramos. Balanceamos los pies dentro de los zapatos, intentamos zapatear. Quince mil mujeres golpean el suelo con los pies sin que se produzca ruido alguno. El silencio se ha solidificado en frío. La luz está inmóvil. Nos encontramos en un medio donde el tiempo queda abolido. No sabemos si somos; solo está el cristal, la luz, la nieve cegadora, y nosotras, en este hielo, en esta luz, en este silencio.

Permanecemos inmóviles. La mañana discurre, tiempo fuera del tiempo. Y el borde del damero ya no está tan definido. Las filas se desintegran. Algunas dan unos pasos, vuelven a su lugar. La nieve resplandece, inmensa, sobre la extensión donde nada hace sombra. Recortados con aristas vivas, los postes eléctricos, los tejados de los barracones casi sepultados en la nieve, con las alambradas trazadas con pluma. ¿Qué quieren hacer con nosotras?

El tiempo discurre sin que cambie la luz. Se mantiene dura, helada, sólida, el cielo igual de azul, igual de duro. El hielo se intensifica en los hombros. Se vuelve más pesado, nos aplasta. No es que tengamos más frío, nos volvemos cada vez más inertes, cada vez más insensibles. Atrapadas en un bloque de cristal más allá del cual, lejos, en la memoria, vemos a los vivos. Viva dice: «Van a dejar de gustarme los deportes de invierno». Es extraño que la nieve logre evocarle algo más que un elemento mortal, hostil, fuera de la naturaleza, desconocido hasta ahora.

A nuestros pies, una mujer se sienta en la nieve, con torpeza. Nos contenemos para no decirle: «En la nieve no, vas a coger frío». Es aún un reflejo de la memoria y de las nociones antiguas. Se sienta en la nieve y se hace un hueco. Un recuerdo de lectura infantil: los animales que se fabrican un lecho para morir. La mujer se afana con gestos pequeños y precisos, se tumba. Con la cara en la nieve, gime en voz baja. Sus manos se sueltan. Ella se calla.

Hemos mirado sin comprender.

La luz sigue inmóvil, hiriente, fría. Es la luz de un astro muerto. Y la inmensidad helada, deslumbrante hasta el infinito, es la de un planeta muerto.

Inmóviles en el hielo en el que estamos atrapadas, inertes, insensibles, hemos perdido todos los sentidos de la vida. Ninguna dice: «Tengo hambre. Tengo sed. Tengo frío». Transportadas de otro mundo, de pronto nos vemos sometidas a la respiración de otra vida, a la muerte viva, en el hielo, en la luz, en el silencio.

De pronto, en la carretera que corre paralela a las alambradas desemboca un camión. Circula por la nieve. Sin ruido. Es un camión descubierto que debería usarse para trasladar piedras. Va cargado de mujeres. Están de pie, con la cabeza desnuda. Pequeñas cabezas rapadas de chiquillo, cabezas flacas, apretujadas unas contra otras. El camión circula en silencio con todas las cabezas, que se inscriben con trazos intensos sobre el azul del día. Un camión silencioso que se desliza a lo largo de las alambradas como un fantasma preciso. Un friso de caras sobre el cielo.

Las mujeres pasan cerca de nosotras. Gritan. Gritan y nosotras no oímos nada. Este aire frío y seco debería ser conductor si estuviésemos en el entorno terrestre ordinario. Gritan en nuestra dirección sin que ningún sonido nos alcance. Sus bocas gritan, sus brazos estirados hacia nosotras gritan, todo en ellas grita. Cada cuerpo es un grito. Antorchas que llamean en gritos de terror, gritos que han adoptado cuerpo de mujer. Cada una es un grito materializado, un alarido, que no oímos. El camión circula en silencio sobre la nieve, pasa bajo un pórtico, desaparece. Se lleva consigo los gritos.

Otro camión idéntico al primero, también cargado de mujeres que gritan y que no oímos, se desliza y desaparece asimismo bajo el pórtico. Y un tercero. Esta vez, somos nosotras las que gritamos, un grito que el hielo en el que estamos atrapadas no transmite, ¿o tal vez nos ha fulminado un rayo?

En la carga del camión, las muertas se mezclan con las vivas. Las muertas están desnudas, amontonadas. Y las vivas hacen esfuerzos para evitar el contacto con las muertas. Pero con las sacudidas, con el traqueteo, se agarran a un brazo o a una pierna tiesa que sobresale de las

barandas. Las vivas están contraídas de miedo. De miedo y de repugnancia. Chillan. Nosotras no oímos nada. El camión se desliza en silencio sobre la nieve.

Miramos con ojos que gritan, que no creen.

Cada rostro está escrito con tal precisión en la luz de hielo, sobre el azul del cielo, que se marca en ellos para la eternidad.

Para la eternidad, cabezas rapadas, apretadas unas contra otras, que estallan en gritos, bocas deformadas de gritos que no oímos, manos agitadas en un grito mudo.

Los alaridos quedan escritos en el azul del cielo.

Fue el día en que vaciaban el bloque 25. Las condenadas eran cargadas en los camiones que subían hasta la cámara de gas. Las últimas debían cargar antes los cadáveres para incinerar, y luego montar.

Como las muertas eran arrojadas inmediatamente al crematorio, nos preguntamos:

«Las del último camión, las vivas mezcladas con las muertas, ¿pasan por la cámara de gas, o bien descargan directamente el camión entero en las llamas?».

Chillaban porque sabían, pero las cuerdas vocales se habían quebrado en sus gargantas.

Y nosotras estábamos emparedadas en el hielo, en la luz, en el silencio.

## El mismo día

El frío nos había transformado en estatuas sobre esa peana de hielo que eran nuestras piernas unidas al hielo del suelo. Todos los gestos se habían abolido. Rascarse la nariz o soplar las manos pertenecía al ámbito de lo fantástico, como un fantasma que se rascara la nariz o se soplara las manos. Alguien dice: «Creo que van a ordenarnos volver». Pero nada en nosotras responde. Habíamos perdido consciencia y sensibilidad. Estábamos muertas para nosotras mismas. «Nos ordenan volver. Los primeros cuadrados forman filas», y la orden llegaba a todos los cuadrados. Las filas volvían a formarse, de cinco en cinco. Las murallas de hielo se ampliaban. Una primera columna llegaba hasta la carretera.

Nos apoyábamos las unas en las otras para no caer. Sin embargo, no acusábamos el esfuerzo. Nuestros cuerpos caminaban al margen de nosotras. Poseídas, desposeídas. Abstraídas. Éramos insensibles. Caminábamos con movimientos encogidos, apenas lo que permitían las articulaciones congeladas. Sin hablar. Volvemos al campo. No habíamos previsto final para esta inmovilidad que duraba desde la noche anterior.

Volvíamos. La luz se tornaba menos implacable. Eso debe de ser el crepúsculo. Quizá también que todo se enturbia a nuestros ojos, las alambradas tan nítidas hace un momento y la nieve resplandeciente, ahora manchada de diarrea. Charcos sucios. El final de la jornada. Varias muertas yacían en la nieve, en los charcos. A veces había que pasar por encima de ellas. Para nosotras eran meros obstáculos ordinarios. Nos resultaba imposible sentir nada en absoluto. Caminábamos. Unas autómatas caminaban. Unas estatuas de frío caminaban. Unas mujeres agotadas caminaban.

Avanzábamos, cuando Josée, en la fila que nos precedía, girándose hacia nosotras, dice: «Cuando lleguemos a la puerta, habrá que correr. Pasadlo». Cree que no la oigo y repite: «Habrá que correr». La orden se transmitía sin despertar en nosotras ninguna voluntad de ejecutarla, ninguna imagen de nosotras corriendo. Como si alguien hubiera dicho: «Si llueve, abrid los paraguas». Igual de descabellado.

Cuando se produce una desbandada delante de nosotras, sabemos que ya estamos en la puerta. Todas echan a correr. Corren. Los zuecos, los zapatos mal sujetos vuelan por todas partes sin que sus dueñas se preocupen lo más mínimo. Corren. En una confusión que resultaría grotesca en una estatua de hielo, corren. Cuando llega nuestro turno, cuando llegamos a la puerta, nosotras también echamos a correr, a correr en línea recta, decididas, sin que intervenga nuestra determinación ni nuestra voluntad, a correr hasta el último aliento. Y no nos resulta en absoluto grotesco. Corremos. ¿Hacia qué? ¿Por qué? Corremos.

No sé si yo había entendido que había que correr porque, a ambos lados de la puerta y a lo largo de la Lagerstrasse, formando un cerco doble, todas las SS que había en el campo, todas las prisioneras con brazalete o con batas de todos los colores y de todos los grados, todas ellas aguardaban armadas con bastones, porras, correas, cinturones, varas, y golpeaban como con un mayal a quien pasara entre los dos cercos. Evitar un bastonazo suponía caer justo a tiempo bajo



una correa. Los golpes llovían sobre las cabezas, sobre las nuca. Y las furias vociferaban: Schneller! Schneller! Más rápido, más rápido, golpeando con el mayal más rápido, más, más rápido ese grano que pasaba, corre que te corre. No sé si yo había entendido que había que correr porque de ello dependía nuestra vida. Yo corría. Y ninguna se planteaba no someterse al absurdo. Corríamos. Corríamos.

No sé si recompuse, después, toda la escena o si enseguida me hice por mí misma una idea de conjunto. Tenía la sensación de estar dotada de facultades muy agudas y atentas para verlo todo, captarlo todo, hacer frente a todo. Corría.

Era una carrera desquiciada que tendría que haberse considerado desde un promontorio cercano para ponderar todo su absurdo. No estaba al alcance de ninguna imaginar que pudiera considerarse desde el exterior. Corríamos. Schneller. Schneller. Corríamos.

Desde el fondo del campo y sin aliento, oigo a alguien decir: «Al barracón ahora mismo. Rápido. Volved al barracón». La primera voz humana que oímos al despertar. Yo me rehago y miro a mi alrededor. Había perdido a mis compañeras. Otras afluían conmigo, reconociéndose: «Ah, estás aquí. ¿Y Marie? ¿Y Gilberte?».

Salgo de la alucinación de la que surgían las cabezas gesticulantes, las cabezas de las furias congestionadas, desgreñadas. Schneller. Schneller. Y la Drexler, que con la curva de su bastón enganchaba a una de mis vecinas. ¿A quién? ¿Quién era? Imposible recordarlo, y sin embargo veía su cara, su expresión inmobilizada en seco por el cuello estrangulado desde atrás, Drexler, tirando del bastón, haciendo caer a la mujer, arrojándola a un lado. ¿Quién era, quién? Y esta huida enloquecida cuya locura solo habría visto un espectador externo, pues nos habíamos plegado a lo fantástico, olvidando los reflejos del ser humano normal frente a lo extravagante.

«Volved al barracón. Aquí. Por aquí.» Las primeras que vuelven en sí guían a las demás. Entro en la oscuridad a la que me dirigen las voces: «Por aquí. Ahí. Ya está. Sube». Y me agarro a las tablas para encaramarme a nuestro nicho.

«¿Dónde te habías metido? Solo nos faltabas tú, empezábamos a asustarnos.» Unas manos me aúpan.

—¿Con quién estabas?

—Conmigo, estábamos juntas —dice Yvonne B. Había estado a mi lado en todo momento, yo no la había visto.

—¿Habéis visto a Héléne?

—¿Héléne?

—Sí, estaba en el suelo, se había caído con Alice Viterbo, que iba agarrada de su brazo.

—A Alice la han cogido.

—Héléne quería tirar de ella, pero Alice ya no podía levantarse.

—Entonces, Héléne la ha dejado.

Héléne llegaba en ese momento.

—¿Has podido escapar?

—Alguien me ha apartado y ha tirado de mí, gritando: «Déjala. Déjala». Y he echado a correr otra vez. He tenido que abandonar a Alice. ¿No podemos salir a buscarla?

—No. No podemos salir del barracón.

Las mujeres van volviendo una por una. Aturdidas. Agotadas. A medida que llegan, nos contamos.

—Viva, ¿vuestro grupo está completo?

—Sí. Las ocho.

—Y las de al lado, ¿estáis todas?

—No. Falta la señora Brabander.

—¿Quién más falta?

—La señora Van der Lee.

—Aquí, Marie.

—¿Y la abuela Yvonne?

Nombramos a las ancianas, a las enfermas, a las débiles.

—Estoy aquí —responde la voz imperceptible de la abuela Yvonne.

Volvemos a contar. Faltan catorce.

He visto a la señora Brabander cuando la Drexler la detuvo con el bastón. Le dijo a su hija: «Vete. Corre. Déjame».

Yo había corrido, corría sin ver nada. Había corrido, corría sin pensar en nada, sin saber que había un peligro, solo con una noción vaga y cercana al mismo tiempo. Schneller. Schneller. Una vez me había mirado el zapato, el cordón desatado, sin dejar de correr. Había corrido sin sentir los bastonazos y correazos que me abrumaban. Y entonces me entraron ganas de reír. O, más bien, había visto a una doble de mí misma que tenía ganas de reír. Mi primo me aseguraba que un pato todavía podía andar después de ser decapitado. El pato echaba a correr y a correr, la cabeza tirada en el suelo tras él, y él no la veía, el pato corría como jamás corren los patos, mirándose el zapato y ajeno a todo lo demás, ahora que, con la cabeza en el suelo, ya no lo amenazaba ningún riesgo.

Aguardamos, esperando aún ver entrar a las que faltan. No vuelven. Apenas si podemos hablar de inquietud en nuestra espera. Se ha convertido en nuestra segunda naturaleza. Y estamos en condiciones de reconstruir los hechos.

—Mira, lo que pasa es que solo dejaban pasar a las jóvenes. A las que corrían bien. A las demás las han cogido.

—Me habría gustado tirar de Alice. La sostuve todo lo que pude.

—La señora Brabander corría muy bien.

Una hermana le decía a su hermana: «Si vuelve a pasar algo así, no te preocupes por mí. Huye. Piensa solo en ti. Me lo prometes, ¿verdad? ¿Me lo juras?».

—Mira, Hélène, de todos modos Alice no habría aguantado, con la pierna.

—Han cogido también a muchas polacas.

—Con la de arrugas que tenía, la señora Brabander parecía mayor.

Ya hablamos de ellas en pasado.

La Brabander joven, en su litera, tiene la mirada de aquellos a quienes ya nada puede afectarles.

Me pregunto cómo puede correr un pato sin cabeza. Tenía las piernas paralizadas por el frío. ¿Qué van a hacer con ellas?

La jefa del barracón, Magda, una eslovaca, pide silencio y dice algo que Marie-Claude traduce: «Hacen falta voluntarias. No se tardará mucho. Las más jóvenes». Parecía imposible

extraer el menor esfuerzo de nuestros brazos, de nuestras piernas. De nuestro grupo, es Cécile quien se levanta: «Yo voy», y se calza. «Hay que ir, para saber qué es lo que pasa.»

Cuando regresó, le castañeteaban los dientes. En el sentido más literal, con el ruido de unas castañuelas. Estaba congelada. Y lloraba. La frotamos para que entrara en calor, para detener unos temblores que se apoderaban de nosotras, y la interrogamos como se interroga a un niño, con palabras torpes. «Era para recoger a las muertas que se habían quedado en el campo. Hemos tenido que trasladarlas hasta la entrada del bloque 25. Había una que todavía estaba viva, y suplicaba, se agarraba a nosotras. Queríamos llevárnosla, cuando alguien ha gritado: “¡Corred, corred! No os quedéis delante del 25. Taube está a punto de llegar y os va a meter dentro. ¡Salid corriendo!”. Nuestras compañeras ya están allí, a las que han cogido hace un momento. Así que las hemos dejado y hemos echado a correr. La moribunda me agarraba por los tobillos.»

Todas han muerto, las catorce. Dicen que a Antoinette la mandaron a la cámara de gas. Algunas aguantaron mucho. Al parecer, la señora Van der Lee se volvió loca. La que más tardó en morir fue Alice.

## La pierna de Alice

Una mañana, antes del recuento, la pequeña Simone, que había ido a las letrinas detrás del bloque 25, regresó temblando como una hoja: «Está ahí la pierna de Alice. Venid a ver».

Detrás del bloque 25 estaba la morgue, un barracón de tablas donde se amontonaban los cadáveres salidos de los revirs.\* Aguardaban, apilados, el camión que los trasladaría al horno crematorio. Las ratas los devoraban. Por la abertura sin puerta se veía la acumulación de cadáveres desnudos y los ojos relucientes de las ratas que aparecían y desaparecían. Cuando había demasiados, los apilaban fuera.

Es un almiar de cadáveres bien ordenados, como en un almiar de verdad, en el claro de luna y la nieve, de noche. Pero miramos los cuerpos sin temor. Sabemos que nos situamos en los límites de lo soportable y nos prohibimos ceder.

Tirada sobre la nieve, la pierna de Alice está viva, es un ente sensible. Ha debido de escindir-se de la Alice muerta.

Volvíamos expresamente allí para ver si seguía en el mismo sitio, y cada una de las veces resultaba insoportable. Alice abandonada, muriendo en la nieve. Alice, a la que no podíamos acercarnos porque la debilidad nos clavaba al suelo. Alice, muriendo sola y sin llamar a nadie.

Alice llevaba semanas muerta, pero la pierna artificial yacía aún sobre la nieve. Luego volvió a nevar. La pierna quedó tapada. Reapareció entre el barro. Aquella pierna entre el barro. La pierna de Alice —cortada viva— entre el barro.

La vimos durante mucho tiempo. Un día ya no estaba. Alguien debió de cogerla para alimentar un fuego. Una gitana seguramente, nadie más habría tenido valor.

## Stenia

Nadie puede dormir esta noche.

El viento sopla y silba y gime. Es el gemido que sube de las ciénagas, un sollozo que se infla, se infla y estalla y se aplaca en un silencio de escalofrío; y otro sollozo le sigue, se infla, se infla y estalla y se apaga.

Nadie puede dormir.

Y en medio del silencio, entre los sollozos del viento, estertores. Ahogados al principio, luego nítidos, luego fuertes, tan fuertes que el oído que quiere situarlos los oye aún cuando el viento se debilita.

Nadie puede dormir.

Stenia, la blockhova, no puede dormir. Sale de su cuarto, el cuchitril que hay a la entrada del barracón. Su vela escudriña el pasillo oscuro entre las casillas donde estamos acostadas, por niveles. Stenia espera que el tornado se extinga y, en el silencio en que se elevan los estertores, grita: «¿Quién está haciendo ruido? ¡Silencio!». Los estertores continúan. Stenia grita: «¡Silencio!» y la que agoniza no la oye. «¡Silencio!» Los estertores llenan todo el silencio entre las oleadas de viento, llenan toda la negrura de la noche.

Stenia levanta su vela, se dirige hacia los estertores, identifica a la que se está muriendo y ordena que la bajen. Las compañeras de la moribunda, bajo los golpes de Stenia, la llevan afuera. La tumban en paralelo al muro, con la mayor delicadeza posible, y regresan y se acuestan.

La luz de Stenia se aleja, desaparece. Las ráfagas de viento y de lluvia se precipitan sobre el tejado, amenazando con hacerlo trizas.

En el barracón, nadie puede dormir.

Una llanura  
cubierta de ciénagas  
de vagonetas  
de piedras para las vagonetas  
de palas y layas para las ciénagas  
una llanura  
cubierta de hombres y mujeres  
para las layas las vagonetas y las ciénagas  
una llanura  
de frío y de fiebre  
para unos hombres y unas mujeres  
que luchan  
y agonizan

## El día

Las ciénagas. La llanura cubierta de ciénagas. Las ciénagas hasta el infinito. La llanura helada hasta el infinito.

Solo prestamos atención a nuestros pies. Caminar en filas crea una especie de obsesión. Siempre miramos los pies que tenemos delante. Están esos pies que avanzan, pesadamente, que avanzan delante de ti, esos pies que evitas y que nunca alcanzas, esos pies que preceden siempre a los tuyos, siempre, incluso de noche en una pesadilla de pisoteo, esos pies que te fascinan hasta tal punto que los verías aunque estuvieras en la primera fila, esos pies que se arrastran o que tropiezan, que avanzan. Que avanzan con su ruido desigual, su paso desordenado. Y si te encuentras detrás de una que va descalza porque le han robado los zapatos, esos pies que van desnudos entre el hielo o el fango, esos pies desnudos, desnudos entre la nieve, esos pies torturados que quisieras no ver más, esos pies lastimosos con los que temes chocar te atormentan y te marean. A veces un zueco abandona un pie, va a parar delante de ti, te molesta igual que una mosca en verano. No te detienes por ese zueco que la otra se agacha para recoger. Hay que caminar. Tú caminas. Y adelantas a la rezagada, que es expulsada de la fila en el arcén de la carretera, que corre para recuperar su lugar y ya no distingue a sus compañeras, engullidas ahora por el torrente de las demás, y con la mirada busca sus pies, pues sabe identificarlas por el calzado. Tú caminas. Tú caminas por la carretera lisa como una pista de patinaje, o pegajosa de fango. De fango gredoso rojizo al que se adhieren las suelas. Caminas. Caminas hacia las ciénagas ahogadas de niebla. Caminas sin ver nada, con los ojos pegados a los pies que caminan delante de ti. Caminas. Caminas por la llanura cubierta de ciénagas. Las ciénagas hasta el horizonte. En la llanura sin linde, la llanura congelada. Caminas.

Caminamos desde que es de día.

Hay un momento en que el frío se agarra más húmedo a los huesos, más crudo. El cielo clarea. Es de día. Dicen que es de día.

Hemos aguardado el día para partir. Cada día esperábamos el día para partir. No se podía salir antes de que clareara, antes de que los centinelas de las atalayas pudieran disparar a los fugitivos. La idea de huir no se le pasaba a nadie por la cabeza. Hay que ser fuerte para querer fugarse. Hay que saber contar con todos los músculos y con todos los sentidos. Nadie soñaba siquiera con huir.

Era de día. Las columnas se formaban. Nos dejábamos dirigir hacia cualquiera de ellas. Nuestra única preocupación era no separarnos, de modo que permaneciáramos muy pegadas unas a otras.

Una vez formadas las columnas, había aún una larga espera. Millares de mujeres tardan mucho en salir, cinco cada vez, contadas al pasar. Franquear la puerta imprimía rigidez. Pasar bajo la mirada de la Drexler, de Taube, bajo la mirada de tantos escrutadores, todos atraídos por un cuello mal cerrado, un botón abierto, unas manos lacias, un número no lo bastante legible. Delante del barracón de control, una SS tocaba con su bastón a la primera de cada fila y contaba:

fünfzehn, zwanzig, hasta cien, hasta doscientas, según la importancia del comando. Cuando este había avanzado, dos SS, acompañados de sendos perros con correa, cerraban la marcha. Círculo a círculo, el campo arrojaba al día sus entrañas de la noche.

Girábamos a la derecha o a la izquierda. A la derecha hacia las ciénagas. A la izquierda hacia las casas para demoler, las vagonetas para cargar y empujar. Durante semanas, formulé el deseo de que girásemos a la derecha porque entonces atravesábamos un riachuelo del que sacaba algo de agua para beber. Durante semanas tuve sed. Era hacia las ciénagas adonde nos dirigíamos con más frecuencia.

Tomábamos la carretera. Las imposiciones se atenuaban. Podíamos agarrarnos del brazo para ayudarnos a caminar, levantar los cuellos, guardar de nuevo las manos bajo las mangas. La columna se estiraba por la carretera.

Hoy la carretera está cubierta de escarcha, pulida como un espejo. Patinamos sobre el hielo. Nos caemos. La columna camina. Están las que hay que llevar casi en volandas porque ya no pueden avanzar de lo hinchadas que tienen las piernas. La columna sigue caminando. Llegamos a otro recodo, temido porque ahí cambia el viento. Sopla en plena cara, cortante, congelado. La proximidad de las ciénagas se percibe en la niebla. Caminamos en una niebla donde no se ve nada. No hay nada que ver. Las ciénagas hasta el infinito, la llanura ahogada de niebla. La llanura envuelta en una guata helada.

Estamos en camino. Atentas solo a los pies, caminamos. Desde que apenas es de día, caminamos.

Caminamos.

Cuando aminoramos la velocidad, los SS que van cerrando filas azuzan a los perros.

Caminamos.

En la llanura helada caminamos.

Al borde de la ciénaga, la columna se detiene. Cada una de las oficiales que dirigen el trabajo cuenta su lote: Fünfzehn. Zwanzig. Vierzig. No debemos movernos. Siguen contando. Dreissig. Fünfzig. No moverse. Vuelven a contar. Luego, nos llevan hasta un montón de herramientas que refulgen débilmente en la niebla. Cogemos las layas. A un lado hay varias angarillas apiladas. Peor para las que no hayan sido lo bastante rápidas para coger una laya.

Con la herramienta en la mano, bajamos a la ciénaga. Nos adentramos en la niebla más densa de la ciénaga. No vemos nada delante de nosotras. Resbalamos en los hoyos, en las zanjas. Los SS vociferan. Pisando fuerte con sus botas, van y vienen y nos hacen correr. Delimitan la parcela que hay que trabajar. Hay que retomar el trabajo de las layas de la víspera. Sobre una línea cuyos extremos se pierden en la niebla, como siluetas de insectos, insectos miserables y desarmados, las mujeres nos colocamos en nuestros puestos, nos agachamos. Todo chilla. Los SS, las anweiserinas,\* las kapos. Tenemos que hundir la laya en el hielo, arremeter contra la tierra, sacar terrones, echar los terrones en las angarillas que otras dos colocan en el borde del surco cavado por las layas. Cuando las angarillas están llenas, se las llevan. Caminan dolorosamente, los hombros vencidos por la carga. Van a vaciar las angarillas sobre una montaña de terrones que escalan tropezando, cayendo. Las porteadoras conforman un corro ininterrumpido que se tambalea, se endereza, se pliega bajo el peso, vuelca las angarillas en la cima del montón y vuelve a colocarse delante de una layadora. A lo largo de todo el recorrido, los bastonazos en la nuca, los varazos en las sienes, los correazos en los riñones. Los chillidos. Los chillidos. Los chillidos que



chillan hasta los confines invisibles de la ciénaga. No son los insectos quienes chillan. Los insectos son mudos.

A las layadoras, los golpes les llegan desde atrás. Hay tres furias que van y vienen y azotan todo a su paso, sin detenerse ni un instante, gritando, gritando siempre las mismas palabras, las mismas injurias repetidas en esa lengua incomprensible, pegando por turnos, a diestro y siniestro, preferiblemente a las mismas, a las que han fichado, a esa porque es bajita y le cuesta mucho manejar la laya, a esa otra porque es alta y su tamaño las desafía, a aquella porque le sangran los sabañones de las manos. Los SS, apartados, han hecho una fogata con ramas. Se calientan. Sus perros se calientan con ellos. Cuando los chillidos alcanzan el paroxismo, intervienen, chillan y pegan también. Sin saber. Sin motivo. A puntapiés. A puñetazos. Entonces se hace un silencio en la ciénaga, como si la niebla se espesara y amortiguase el ruido. Y luego los chillidos perforan de nuevo el silencio.

Por eso hemos esperado a que se haga de día. Hemos esperado a que se haga de día para empezar la jornada.

¿Hay algo que se parezca más a la eternidad que una jornada? ¿Hay algo más largo que una jornada? ¿Cómo podemos saber que transcurre? Los terrones suceden a los terrones, el surco es más profundo, las porteadoras continúan su ronda. Y los chillidos, los chillidos, los chillidos.

¿Hay algo más largo que una jornada? El tiempo pasa porque la niebla se desgarrá despacio. Las manos se sienten menos entumecidas. El sol, quizá, lejos, vago. Arranca poco a poco jirones de niebla. El hielo se ablanda, se ablanda y se derrite. Entonces los pies se hunden en el fango, los zuecos se recubren de un barro helado que llega hasta los tobillos. Permanecemos inmóviles en el agua fangosa, inmóviles en el agua helada. Para las porteadoras de angarillas, escalar el montón de terrones mojado, resbaladizo, se vuelve más difícil.

Es de día.

La ciénaga palidece con una claridad nebulosa y fría, los rayos amarillos del sol agujerean la bruma.

La ciénaga retorna a su estado líquido bajo el sol, que ha disipado ahora toda la niebla.

Es completamente de día.

Es de día en la ciénaga donde brillan grandes juncos dorados.

Es de día en la ciénaga donde se agotan unos insectos con ojos espantados.

La laya pesa cada vez más.

Las porteadoras transportan las angarillas cada vez más bajas.

Es de día en la ciénaga donde mueren insectos con forma humana.

Las angarillas se vuelven imposibles de levantar.

Es de día hasta el final del día.

El hambre. La fiebre. La sed.

Es de día hasta la tarde.

Los riñones son un bloque de dolor.

Es de día hasta la noche.

Las manos heladas, los pies helados.

Es de día en la ciénaga donde el sol hace resplandecer a lo lejos unas formas de árboles en su sudario de escarcha.

Es de día durante toda una eternidad.

## La despedida

A mediodía las habían hecho salir. Mientras ellas pasaban, la blockhova les arrancaba el pañuelo de la cabeza, el abrigo. Andrajos de pañuelos, andrajos de abrigos.

Era un día de invierno seco y frío. Uno de esos días de invierno en los que se suele decir: «Estaría bien dar un paseo». Otra gente. En otra parte.

El suelo estaba cubierto de nieve endurecida.

Despojadas de sus abrigos, muchas iban con los brazos desnudos. Cruzaban los brazos y los frotaban con sus manos flacas. Las otras se protegían la cabeza. Ninguna tenía más de un centímetro de pelo, ninguna llevaba allí mucho tiempo. A todas las sacudían los temblores.

El patio era demasiado pequeño para darles cabida, pero ellas se apretujaban en la parte soleada y empujaban hacia la sombra a las que agonizaban. Sentadas en la nieve, esperaban. Y, a tenor de su mirada, se veía que no veían nada, nada de cuanto las rodeaba, nada del patio, nada de las moribundas y las muertas, nada de ellas mismas. Estaban ahí, sobre la nieve, agitadas por temblores que no podían reprimir.

De repente, como obedeciendo a una señal, todas se ponían a gritar. Un grito que se inflaba, subía, subía y se ampliaba por encima de los muros. Ya no eran más que bocas que gritaban, gritaban al cielo. Un parterre de bocas deformadas.

El grito se quebraba y en el silencio se oían sollozos aislados. Se hundían. Abatidas, resignadas tal vez. Ya no eran más que ojos hueros. Un parterre de ojos hueros.

Poco después no les quedaban fuerzas para aceptar, para resignarse. Un grito subía, subía y se quebraba, y el silencio volvía a caer con los sollozos y los ojos hueros de la desesperación.

En el abigarramiento de andrajos y la multitud de caras, las que no lloraban ni gritaban habían dejado de temblar.

Y los gritos se reanudaban.

Nadie oía esas llamadas desde la linde del espanto. El mundo se detenía lejos de aquí. El mundo que dice: «Estaría bien dar un paseo». Solo nuestros oídos oían y nosotras ya no éramos criaturas vivientes. Esperábamos nuestro turno.

Un último silencio dura mucho. ¿Han muerto todas? No. Están ahí. Vencidas, pero su conciencia se niega aún, se niega, se tensa, quiere protestar, forcejear. Los gritos se elevan de nuevo, se elevan y se inflan y se amplían. De nuevo no son más que bocas gritando al cielo.

Los silencios y los gritos estriaban las horas.

El sol se retiraba. La sombra conquistaba todo el patio. Ya solo quedaba una hilera iluminada de cabezas que los últimos rayos del día acentuaban en contornos huesudos, deformados por los gritos.

Oímos entonces el bramido de los camiones, que los gritos tapan de inmediato. Y cuando la puerta se abre, el patio se vuelve demasiado grande. Todas se han levantado y se apretujan contra

el muro opuesto y, en el espacio que queda vacío, sobre la nieve manchada, hay más cadáveres de los que habíamos podido contar.

Entran dos prisioneros. Ante esta visión, los gritos arrecian. Es el comando del cielo.

Armados con bastones, pretenden hacer refluir a las mujeres hacia la puerta. Ellas no se mueven. Inertes. Luego, ceden. Casi sin que ellos las empujen, ellas se acercan.

El primer camión está parado a la altura de la puerta.

Hay un prisionero de pie en el camión, gigante, con el cuello de piel de la guerrera levantado, un gorro de astracán sobre las orejas.

(Los del comando del cielo tienen privilegios. Van bien vestidos, comen a placer. Durante tres meses. Una vez transcurrido ese tiempo, los sustituyen otros que los despachan a ellos. Los mandan al cielo. Al horno. Y así cada tres meses. Son los que se encargan del mantenimiento de las cámaras de gas y las chimeneas.)

De espaldas, se ve en su guerrera la cruz de minio. Las mujeres también portan la cruz roja; ahora cada vez hay más uniformes de rayas con cruces.

Los otros dos empujan a las mujeres hacia él. Él se desabrocha el cinturón, lo agarra con firmeza por los extremos, lo pasa por debajo de los brazos de una mujer tras otra y las va cargando. Las lanza a la plataforma del camión. Ellas se levantan cuando recuperan el sentido. Hay reflejos inalterables.

Uf. Uf. Otra, otra. Uf. Uf. Otra.

Trabaja deprisa, como alguien que sabe hacer su trabajo y que quiere hacerlo cada vez mejor. El camión está lleno. No lo suficiente. Con una patada en los riñones apisona y apisona y sigue cargando. Las mujeres están aplastadas unas contra otras. Ya no chillan, ya no tiemblan.

Cuando ya no puede añadir ni una más, salta a tierra, levanta la trasera, engancha las cadenas. Echa un último vistazo a su trabajo, como a un trabajo. Agarra por la cintura a varias mujeres más y las tira por encima de las otras. A las otras les caen en la cabeza, sobre los hombros. No gritan, no tiemblan. Una vez acabada la carga, el hombre se instala al lado del conductor. ¡Vamos! El SS arranca.

La Drexler presencia la partida. Supervisa todo con los puños en las caderas, como el patrón que supervisa un trabajo y que queda satisfecho.

Las mujeres del camión no gritan. Demasiado apretujadas, intentan liberar los brazos o el torso. Es incomprendible que alguien quiera liberar aún un brazo, que alguien quiera aún buscar un apoyo.

Una de ellas se reclina muy hacia atrás por encima de la barandilla. Erguida. Tensa. Sus ojos resplandecen. Mira a la Drexler con odio, con desprecio, un desprecio que debería matar. No ha chillado con las demás, su rostro solo está surcado por la enfermedad.

El camión arranca. La Drexler lo sigue con la mirada.

Cuando el camión se aleja, agita la mano a modo de despedida y se echa a reír. Se ríe. Y se despide con la mano largo rato.

Es la primera vez que la vemos reír.

Otro camión avanza hasta colocarse delante de la puerta del bloque 25.

Dejo de mirar.

## El recuento

Cuando se prolonga es porque pasa algo. Error en el recuento o peligro. ¿Qué clase de peligro? Nunca lo sabemos. Peligro.

Un SS se acerca, lo reconocemos enseguida. El médico. Inmediatamente, las más fuertes se deslizan hacia delante, las más amoratadas se pellizcan las mejillas. Él viene hacia nosotras, nos mira. ¿Sabe lo que nos oprime bajo su mirada?

Pasa de largo.

Recuperamos el aliento.

Más allá, se detiene en las filas de las griegas. Pregunta: «¿Qué mujeres de entre veinte y treinta años han tenido hijos vivos?».

Hay que renovar las cobayas del barracón de los experimentos.

Las griegas acaban de llegar.

Nosotras llevamos aquí demasiado tiempo. Varias semanas. Demasiado flacas o demasiado débiles para que nos abran el vientre.

## La noche

Los pulpos nos atenazaban con sus músculos viscosos y tan pronto como liberábamos un brazo nos estrangulaba un tentáculo que se enrollaba alrededor del cuello, que apretaba las vértebras, las apretaba hasta romperlas, las vértebras y la tráquea, el esófago, la laringe, la faringe y todos los conductos que hay en el cuello, los apretaba hasta partirlos. Había que liberar la garganta y, para escapar del estrangulamiento, ceder los brazos, las piernas, la cintura a los tentáculos prensiles, invasores, que se multiplicaban sin fin, surgían por todas partes, tan innumerables que nos sentíamos tentadas de abandonar la lucha y esta vigilancia extenuante. Los tentáculos se extendían, extendían su amenaza. La amenaza permanecía largo rato suspendida y allí estábamos nosotras, hipnotizadas, incapaces de arriesgarnos a una evasión frente a la bestia que se precipitaba, se retorció, se pegaba, trituraba. Estábamos a punto de sucumbir cuando de pronto tuvimos la sensación de que despertábamos. No son pulpos, es fango. Nadamos en fango, un fango viscoso con los tentáculos inagotables de sus olas. Es un mar de fango en el que debemos nadar, nadar a la fuerza, nadar hasta el agotamiento y quedarnos sin aliento para mantener la cabeza por encima de los remolinos de lodo. Nos contraemos de asco, el fango nos entra en los ojos, en la nariz, en la boca, nos ahoga, y nosotras agitamos los brazos para intentar recuperar el aplomo en este fango que nos envuelve con sus brazos de pulpo. Y nadar en el fango no sería tan difícil si no estuviéramos obligadas a trasladar angarillas llenas de terrones de tierra, tan pesadas que la carga nos empuja irremediamente al fondo, por eso el fango nos entra en la garganta y en las orejas, pegajoso, helado. Mantener las angarillas por encima de la cabeza cuesta un esfuerzo sobrehumano y la compañera de delante se hunde, desaparece, el fango la engulle. Hay que sacarla, mantenerla a flote, soltar las angarillas, imposible desprenderse de ellas, están encadenadas a nuestras muñecas, tan firmes, tan apretadas que las dos naufragamos en un cuerpo a cuerpo mortal, unidas la una a la otra por las angarillas de las que se derraman terrones, confundiéndose con el fango que removemos en un último intento de soltarnos, y las angarillas están ahora cargadas de ojos y dientes, de ojos que refulgen, dientes que se burlan e iluminan el fango como madréporas fosforescentes en un agua espesa, y todos esos ojos y todos esos dientes resplandecen y vociferan, despidiendo rayos y mordiendo por todas partes y chillando Schneller, Schneller, weiter, weiter, y, cuando damos puñetazos en las caras que son solo dientes y ojos, los puños solo hallan fundas blandas, esponjas podridas. Queremos huir, nadar y salir de este cieno. El lodazal está lleno como llena está la piscina una tarde de verano y chocamos constantemente con masas huidizas y oleosas que impiden cualquier retirada, y los hombros giran, se vuelven, tropiezan con otros hombros. Es una maraña de cuerpos, un enredo de brazos y piernas, y cuando por fin creemos tocar algo sólido es porque vamos a dar contra las tablas donde dormimos y todo se desvanece en la sombra donde se mueven esta pierna que es la de Lulu, este brazo que es de Yvonne, esta cabeza sobre mi pecho que me oprime y es la cabeza de Viva y, espabilada por la sensación de que me encuentro al borde del vacío, al borde del nicho, al borde de caer al pasillo, recaigo en otra pesadilla, pues esta gruta de sombras respira entera, respira y sufre, agitada en

todos sus pliegues por un millar de sueños dolorosos y aún más pesadillas. De la sombra se desprende una sombra que se desliza, se desliza hasta el suelo, hasta el fango, y corre hacia la puerta de la caverna, y esa sombra despierta a otras sombras que se deslizan y corren y no encuentran el camino en la noche, tantean y vacilan, se rozan, se dicen palabras sin sentido alguno: «¿Dónde están mis zapatos? ¿Eres tú? Disentería, es la tercera vez que salgo». Otras sombras vuelven, buscan su sitio con las manos, el sitio de su cabeza al contacto con una cabeza, y de todas las alturas se elevan pesadillas, cobran forma en la sombra, de todas las alturas ascienden los quejidos y los gemidos de los cuerpos lastimados que luchan contra el fango, contra las caras de unas hienas que aullan: Weiter, weiter, porque las hienas aullan esas palabras y solo queda el recurso de hacerse un ovillo e intentar invocar una pesadilla soportable, quizá la de volver a casa, la de volver y decir: Soy yo, aquí estoy, he vuelto, veis, pero todos los miembros de la familia que creías torturados de inquietud se vuelven hacia la pared, enmudecen, extraños de indiferencia. Y repites: Soy yo, aquí estoy, ahora sé que es verdad, que no estoy soñando, he soñado tantas veces que volvía, y era horrible al despertar, pero esta vez es verdad, es verdad porque estoy en la cocina, estoy tocando el fregadero. Ves, mamá, soy yo, y el frío de la piedra del fregadero me saca del sueño. Se ha desprendido un ladrillo del murete que separa el nicho del nicho contiguo, donde otras larvas duermen y gimen y sueñan bajo las mantas que las tapan —mortajas que las tapan, pues muertas están, hoy o mañana, da lo mismo, muertas están para volver a la cocina donde sus madres las esperan, y nosotras tenemos la sensación de caer en un agujero de sombra, un agujero sin final—, es el agujero de la noche u otra pesadilla, o nuestra muerte verdadera, y forcejeamos con furia, forcejeamos. Hay que volver, volver a casa, volver para tocar con nuestras manos la piedra del fregadero, y luchamos contra el vértigo que nos atrae hacia el fondo del agujero de la noche o de la muerte, tensamos por última vez nuestra energía en un esfuerzo desesperado, y nos agarramos al ladrillo, el ladrillo frío que nos llevamos al corazón, el ladrillo que hemos arrancado de un montón de ladrillos cimentados por el hielo, rompiendo el hielo con las uñas, rápido rápido los bastones y las correas vuelan —rápido más rápido las uñas sangran— y llevamos a otro montón ese ladrillo frío contra nuestro corazón, en un cortejo lúgubre donde cada una tiene un ladrillo en el corazón, pues así es como se transportan aquí los ladrillos, un ladrillo detrás de otro, desde por la mañana hasta por la noche, de un montón de ladrillos a otro montón de ladrillos, desde por la mañana hasta por la noche, y no basta con trasladar los ladrillos durante todo el día hasta la zona de obras, los trasladamos también durante la noche, pues de noche todo nos persigue a la vez, el fango de la ciénaga donde nos hundimos, los ladrillos fríos que hay que trasladar contra el corazón, las kapos que chillan y los perros que caminan sobre el fango igual que sobre tierra firme y nos muerden a una señal de los ojos flamígeros de la sombra, y nosotras tenemos el aliento caliente y húmedo del perro sobre la cara y en nuestras sienes se perla el miedo. Y la noche es más agotadora que el día, poblada por las toses y los estertores de las que agonizan en solitario, apretujadas contra las otras que se enfrentan al fango, a los perros, a los ladrillos y a los gritos, las que encontraremos muertas al despertar, las que trasladaremos al fango delante de la puerta, las que dejaremos ahí, envueltas en la manta donde han entregado su vida. Y las muertas pesan tan poco o tanto como las sombras de la noche, tan poco por lo demacradas y tanto por la suma de sufrimientos que nadie compartirá jamás.

Y cuando el silbato silba el despertar, no es que la noche se acabe  
pues la noche solo se acaba con las estrellas que se destiñen y el cielo que se tiñe,

no es que la noche se acabe  
pues la noche solo se acaba con el día,  
cuando el silbato silba el despertar hay todo un estrecho de eternidad por atravesar entre la  
noche y el día.

Cuando el silbato silba el despertar hay una pesadilla que se paraliza, otra pesadilla que  
comienza

hay apenas un instante de lucidez entre ambas, en el que escuchamos los latidos de nuestro  
corazón para averiguar si tiene fuerza para latir aún mucho tiempo

mucho tiempo significa días porque nuestro corazón no puede contar en semanas ni en meses,  
contamos en días y cada día cuenta mil agonías y mil eternidades.

El silbato silba en el campo, una voz grita: «Zell Appell», y nosotras oímos: «¡El recuento!»,  
y otra voz: «Aufstehen», y no se acaba la noche

no se acaba la noche para las que deliran en los revirs

no se acaba la noche para las ratas que atacan sus labios aún vivos

no se acaba la noche para las estrellas congeladas del cielo congelado

no se acaba la noche

es la hora a la que unas sombras vuelven al interior de los muros, a la que otras sombras  
salen a la noche

no se acaba la noche

solo se acaban mil noches y mil pesadillas.

## Hasta cincuenta

El hombre se arrodilla. Cruza los brazos. Agacha la cabeza. El kapo se adelanta. Empuña el bastón. Se acerca al hombre arrodillado y se planta con seguridad detrás de él.

El SS se acerca con el perro.

El kapo levanta el bastón que sostiene con las dos manos, asesta un golpe en los riñones.

Eins.

Otro. Zwei.

Otro. Drei.

Es el hombre quien cuenta. Lo oímos en el intervalo entre golpe y golpe.

Vier.

Fünf. Su voz flaquea.

Sechs.

Sieben.

Acht. Dejamos de oírlo. Pero sigue contando. Tiene que contar hasta cincuenta.

Con cada palo, su cuerpo se dobla un poco más. El kapo es alto, golpea con toda su magnitud, con toda su fuerza.

Con cada palo, el perro ladra, quiere saltar. Su hocico sigue la trayectoria del bastón.

«Weiter», nos grita la anweiserin porque estamos inmóviles, apoyadas en las layas.

«Weiter.» Nuestros brazos han vuelto a caer.

Ese hombre al que sacuden con el ruido de sacudir una alfombra.

Sigue contando. El SS presta atención para asegurarse de que cuenta.

Cincuenta bastonazos en la espalda de un hombre son interminables.

Contamos. ¡Que cuente él también! ¡Que siga contando!

Su cabeza toca el suelo. Cada palo provoca en su cuerpo un sobresalto que lo desencaja.

Cada palo nos sobresalta.

El ruido de cincuenta bastonazos en la espalda de un hombre es interminable.

Si dejara de contar, los palos pararían y volverían a empezar de cero.

Cincuenta bastonazos en la espalda de un hombre son interminables, y resuenan.



## El tulipán

A lo lejos se dibuja una casa. Bajo las ráfagas, recuerda a un barco, en invierno. Un barco anclado en un puerto nórdico. Un barco en un horizonte gris.

Andábamos cabizbajas bajo las ráfagas de nieve fundida que nos azotaban en la cara, que picaban como granizo. Con cada ráfaga temíamos la siguiente y agachábamos aún más la cabeza. La ráfaga se precipitaba, abofeteaba, laceraba. Un puñado de sal gorda lanzado con suma violencia contra nuestras caras. Avanzábamos, empujando ante nosotras un acantilado de viento y de nieve.

¿Adónde íbamos?

Era una dirección que nunca antes habíamos tomado. Habíamos girado antes de llegar al riachuelo. La carretera terraplenada bordeaba un lago. Un gran lago congelado.

¿Hacia qué nos dirigíamos? ¿Qué podíamos hacer por allí? La pregunta que nos planteaba el amanecer cada amanecer. ¿Qué trabajo nos espera? Ciénagas, vagonetas, ladrillos, arena. No podíamos pensar en esas palabras sin que flaqueara nuestro ánimo.

Caminábamos. Interrogábamos al paisaje. Un lago congelado color de acero. Un paisaje que no responde.

La carretera se aparta del lago. El muro de viento y de nieve se desplaza hacia un lado. Es entonces cuando aparece la casa. Caminamos menos trabajosamente. Vamos hacia una casa.

Se encuentra al pie de la carretera. Es de ladrillo rojo. La chimenea humea. ¿Quién puede vivir en esta casa perdida? La casa se acerca. Vemos unos visillos blancos. Visillos de muselina. Pronunciamos «muselina» con un dulzor en los labios. Y, delante de los visillos, en el espacio entre las ventanas dobles, hay un tulipán.

Los ojos brillan como ante una aparición. «¿Habéis visto? ¿Habéis visto? Un tulipán.» Todas las miradas convergen en la flor. Aquí, en el desierto de hielo y nieve, un tulipán. Rosa entre dos hojas pálidas. Lo miramos. Olvidamos el granizo que azota. La columna ralentiza el paso. «Weiter», grita el SS. Nuestras cabezas están aún vueltas hacia la casa, aunque ya hace rato que la hemos dejado atrás.

Soñamos con el tulipán durante todo el día. La nieve fundida nos pegaba a la espalda la chaqueta empapada y tiesa. La jornada era larga, tan larga como todas las jornadas. Al fondo de la zanja que cavábamos, el tulipán florecía en su corola delicada.

Al regresar, mucho antes de llegar a la casa del lago, nuestros ojos lo espiaban. Ahí estaba, recortado contra el fondo de los visillos blancos. Cáliz rosa entre las hojas pálidas. Y, durante el recuento, a las compañeras que no habían estado con nosotras les decíamos: «Hemos visto un tulipán».

No hemos vuelto más a esa zanja. Han debido de acabarla otras. Por la mañana, en la encrucijada de la que partía la carretera del lago, vivíamos un momento de esperanza.

Cuando nos enteramos de que era la casa del SS que dirigía la pesquería, aborrecimos nuestro recuerdo y esa ternura que todavía no habían agostado dentro de nosotras.

## La mañana

Desde el borde de la oscuridad una voz gritaba «Aufstehen». Desde la oscuridad una voz con eco gritaba «Stavache», y se producía un movimiento negro del que cada cual sacaba sus miembros. Solo teníamos que encontrar nuestros zapatos para saltar al suelo. Sobre las que no emergían lo bastante rápido de las mantas silbaba y azotaba la correa. La correa, en la mano de la stubhova que estaba de pie en el pasillo, volaba hasta la tercera altura, volaba hasta el centro de los nichos, fustigaba las caras, las piernas doloridas de sueño. Mientras todo se revolvía y movía, mientras las mantas se sacudían y doblaban por todas partes, oíamos un ruido de metal entrechocando, el vapor emborronaba el parpadeo de la vela en el centro de la oscuridad, y descubríamos los bidones para servir el té. Las que acababan de entrar se apoyaban en la pared, con la respiración acelerada, ayudando a su corazón llevándose la mano al pecho. Volvían de las cocinas, que estaban lejos, lejos cuando hay que cargar un bidón inmenso cuyas asas cortan las palmas de las manos. Lejos, en la nieve, en la escarcha o en el fango por los que se avanzan tres pasos y se reculan dos, avanzando y reculando, cayendo y levantándose y cayendo de nuevo bajo la carga demasiado pesada para unos brazos sin fuerza. Cuando recuperan el aliento, dicen: «Hace frío esta mañana, más frío que esta noche». Dicen «esta mañana». Es aún noche cerrada, poco más de las tres.

El té humea y exhala un olor nauseabundo. Las stubhovas lo sirven cicateramente para nuestra sed de fiebre. Se guardan la mayor parte para asearse. Es el mejor uso que se le puede dar, desde luego, y nos entra el antojo de lavarnos con agua caliente nosotras también. No nos hemos lavado desde que llegamos, ni siquiera las manos con agua fría. Tomamos el té en nuestras escudillas, que huelen a la sopa de la víspera. Tampoco hay agua para las escudillas. Tomar el té es una victoria difícil en medio de una batalla campal de bastonazos, de codazos, de puñetazos, de chillidos. Devoradas por la sed y la fiebre, nos arremolinamos en la batalla. Bebemos de pie, empujadas por las que temen que no les sirvan y por las que quieren salir, porque deben salir de inmediato, en cuanto se ponen de pie tienen que salir de inmediato. El silbato silba el último toque. Alles raus.

La puerta está abierta a las estrellas. Cada mañana es la más fría de todas. Cada mañana tenemos la sensación de que, si bien hemos aguantado hasta aquí, ahora ya es demasiado, no podemos más. En el umbral de las estrellas vacilamos, querríamos retroceder. Entonces los bastones, las correas y los gritos se desatan. Las que están más cerca de la puerta son proyectadas al frío. Desde el fondo del barracón, bajo los bastones, una acometida proyecta a todo el mundo al frío.

Afuera está la tierra al descubierto, montones de piedras, montones de tierra, obstáculos que sortear, zanjas que evitar, junto con la escarcha, el fango o la nieve y los excrementos de la noche. Afuera el frío atrapa, te atrapa hasta los huesos. Estamos transidas de frío. En láminas heladas. Afuera la noche es luminosa de frío. Las sombras de luna son azules sobre la escarcha o sobre la nieve.

El recuento. Todos los barracones entregan sus sombras. Con movimientos entumecidos de frío y de fatiga, una multitud titubea hacia la Lagerstrasse. La multitud se organiza por filas de cinco en una confusión de gritos y golpes. Se requiere mucho tiempo para que se coloquen todas esas sombras que pierden pie en la escarcha, en el fango o en la nieve, todas esas sombras que se buscan y se arriman para exponerse lo menos posible al viento congelado.

Luego, se hace el silencio.

Con el cuello entre los hombros, con el tórax metido hacia dentro, cada una guarda las manos bajo los brazos de la que va delante. En la primera fila no pueden hacerlo, nos relevamos. Espalda contra pecho, nos mantenemos apretadas, y aunque establecemos así una misma circulación para todas, una misma red sanguínea, seguimos congeladas. Aniquiladas por el frío. Los pies, extremidades lejanas y separadas, dejan de existir. Los zapatos estaban todavía mojados por la nieve o el fango de ayer, de todos los ayeres. No se secan nunca.

Tendremos que permanecer inmóviles durante horas en medio del frío y el viento. No hablamos. Las palabras se congelan en nuestros labios. El frío golpea de estupor a todo un pueblo de mujeres que permanecen de pie, inmóviles. En medio de la noche. En medio del frío. En medio del viento.

Permanecemos de pie, inmóviles, y lo más admirable es que permanezcamos en pie. ¿Por qué? Nadie piensa en «para qué», o no lo dice. Al límite de nuestras fuerzas, permanecemos en pie.

Yo estoy de pie en medio de mis compañeras y pienso que, si algún día vuelvo y quiero explicar lo inexplicable, diré: «Yo me decía: tienes que aguantar, tienes que aguantar en pie mientras dura el recuento. Tienes que aguantar hoy también. Porque habrás aguantado hoy también, volverás, si vuelves algún día». Y será mentira. Yo no me decía nada. No pensaba en nada. La voluntad de resistir se hallaba sin duda en un resorte mucho más oculto y secreto que está roto desde hace no sé cuánto. Y si las muertas hubieran exigido a quienes volvieran que rindieran cuentas, estas serían incapaces. Yo no pensaba en nada. No miraba nada. No sentía nada. Era un esqueleto de frío con el frío soplando a través de todos esos abismos que forman las costillas de un esqueleto.

Estoy de pie en medio de mis compañeras. No miro las estrellas. Son puñales de frío. No miro las alambradas iluminadas de blanco en la noche. Son zarpas de frío. No miro nada. Veo a mi madre con esa máscara de voluntad endurecida en que se ha convertido su rostro. Mi madre. Lejos. No miro nada. No pienso en nada.

Cada bocanada aspirada es tan fría que pone en carne viva todo el sistema respiratorio. El frío nos desviste. La piel deja de ser ese envoltorio protector y bien cerrado que envuelve el cuerpo, incluso en la zona cálida del vientre. Los pulmones restallan con el viento de hielo. Ropa limpia en un cordel. El corazón se encoge de frío, se contrae, se contrae hasta el dolor, y de pronto noto que algo se rompe, ahí, en mi corazón. Mi corazón se descuelga de su pecho y de todo cuanto lo rodea y lo mantiene en su sitio. Noto que una piedra cae dentro de mí, cae a plomo. Es mi corazón. Y me invade un maravilloso bienestar. Qué bien se está, liberada de este corazón frágil y exigente. Me sumo en una liviandad que debe de ser la felicidad. Todo se derrite dentro de mí, todo asume la fluidez de la felicidad. Me abandono, y es dulce abandonarse a la muerte, más dulce que al amor, y saber que se acabó, que se acabó sufrir y luchar, que se acabó pedir lo imposible a

este corazón que ya no puede más. El vértigo dura menos que un relámpago, lo suficiente para experimentar una felicidad que no sabía que existía.

Y cuando vuelvo en mí, es por el impacto de las bofetadas que Viva me propina en las mejillas, con todas sus fuerzas, apretando los labios, apartando la mirada. Viva es fuerte. No se desmaya durante el recuento. Yo, todas las mañanas. Es un momento de felicidad indescriptible. Viva nunca lo conocerá.

Pronuncia y vuelve a pronunciar mi nombre, que me llega remoto, desde lo más hondo del vacío: es la voz de mi madre lo que oigo. La voz se endurece: «Ánimo. Arriba». Y noto que me aferro a Viva como la niña se aferra a su madre. Pendo de ella, que ha impedido que yo caiga en el fango, en la nieve de la que nadie se levanta. Y tengo que luchar para elegir entre esta consciencia que es sufrimiento y ese abandono que era felicidad, y elijo porque Viva me dice: «Ánimo. Arriba». No discuto la orden, y sin embargo tengo ganas de ceder una vez, una vez solo, porque será la única. Qué fácil es morir aquí. Apenas dejar ir el corazón.

Recobro la posesión de mí misma, recobro la posesión de mi cuerpo como si me enfundase una prenda de ropa fría y mojada, de mi pulso, que regresa y que late, de mis labios quemados de frío con las comisuras despellejadas. Recobro la posesión de la angustia que me habita y de mi esperanza, que yo misma maltrato.

Viva ha abandonado la voz dura y pregunta: «¿Estás mejor?», y su voz es tan reconfortante de ternura que respondo: «Sí, Viva. Estoy mejor». Son mis labios los que responden, abriéndose un poco más las grietas de fiebre y de frío.

Estoy rodeada de mis compañeras. Recupero mi lugar en el pobre calor común que crea nuestro contacto y, como tengo que volver del todo en mí, vuelvo al recuento y pienso: Es el recuento de la mañana —qué título tan poético sería—, es el recuento de la mañana. No sabía si era por la mañana o por la noche.

Es el recuento de la mañana. El cielo se colorea despacio por el este. Un haz de llamas se extiende, llamas congeladas, y la sombra que ahoga nuestras sombras se disuelve poco a poco, y a partir de esas sombras se modelan los rostros. Todos estos rostros son violáceos y lívidos, se acentúa lo violáceo y lo lívido a medida que la claridad va apoderándose del cielo, y ahora se distinguen los que han sido tocados por la muerte durante la noche, los que se llevará esta tarde. Pues la muerte se dibuja en el rostro, se pega implacablemente a él, y no hace falta que nuestras miradas se encuentren para que entendamos todas al mirar a Suzanne Rose que va a morir, al mirar a Mounette que va a morir. La muerte está marcada en la piel pegada a los pómulos, en la piel pegada a las órbitas, en la piel pegada a los maxilares. Y sabemos que ya no serviría de nada aludir a su casa o su hijo o su madre. Es demasiado tarde. No podemos hacer ya nada por ellas.

La sombra se disuelve un poco más. Los ladridos de los perros se acercan. Marcan la llegada de las SS. Las blockhovas gritan «¡Silencio!» en sus lenguas imposibles. El frío muerde en las manos que salen de debajo de los brazos. Quince mil mujeres se ponen firmes.

Las SS pasan, altas con sus capas negras, sus botas, sus capuchas negras. Pasan y cuentan. Y tardan mucho rato.

Cuando ya han pasado, cada una vuelve a guardar las manos en el hueco de las axilas de la otra, las toses hasta ahora reprimidas estallan y las blockhovas gritan «¡Silencio!» a las toses en sus lenguas imposibles. Todavía hay que esperar, esperar el día.

La sombra se disuelve. El cielo se incendia. Ahora vemos pasar cortejos alucinantes. La pequeña Rolande pide: «Dejad que me ponga en la primera fila, que quiero ver». Más tarde dirá: «Estaba segura de haberla reconocido, tenía los pies deformados, estaba segura de haberla reconocido por los pies». Días antes habían mandado a su madre al revir. Cada mañana acechaba para acordarse del día en que su madre moriría.

Pasan cortejos alucinantes. Son las muertas de la noche que sacan de los revirs para trasladarlas a la morgue. Están desnudas sobre parihuelas de ramas bastante ensambladas, parihuelas demasiado cortas. Las piernas —las tibias— cuelgan con los pies en un extremo, flacos y desnudos. La cabeza cuelga del otro lado, huesuda y afeitada. Hay una manta hecha harapos tirada de cualquier manera en el centro. Cuatro prisioneras agarran las parihuelas, cada una por un asidero, y es verdad que nos vamos con los pies por delante, siempre las trasladaban en esa dirección. Caminan trabajosamente por la nieve o por el fango, van a arrojar el cadáver en el montón que hay cerca del 25, vuelven con la camilla vacía, apenas más ligera, y pasan de nuevo con otro cadáver. Todos los días es ese su trabajo de todo el día.

Yo las miro pasar y me agarroto. Hace un momento cedía a la muerte. Con cada alba, la misma tentación. Cuando pasa la camilla, me agarroto. Quiero morir, pero no que me trasladen en la camillita. No que me trasladen en la camillita con las piernas colgando y la cabeza colgando, desnuda bajo la manta hecha harapos. No quiero que me trasladen en la camillita.

La muerte me tranquiliza: no lo sentiría. «No te da miedo el crematorio, entonces ¿por qué tener miedo?» Qué fraternal es la muerte. Quienes la pintaron con un semblante espantoso no la habían visto jamás. Pero la repugnancia prevalece. No quiero que me trasladen en la camillita.

Entonces comprendo que todas las que pasan pasan por mí, que todas las que mueren mueren por mí. Las miro pasar y digo que no. Dejarse llevar por la muerte, aquí, en la nieve. Déjate llevar. No, porque existe la camillita. La camillita existe. No quiero que me trasladen en la camillita.

La sombra se disuelve del todo. Hace más frío. Oigo mi corazón y le hablo como Arnolphe hablaba con su corazón. Le hablo.

¿Cuándo llegará el día en que cesará esta orden a un corazón, a unos pulmones, a unos músculos? ¿El día en que acabará esta solidaridad obligatoria del cerebro, de los nervios, de los huesos y de todos los órganos que guardamos en el vientre? ¿Cuándo llegará el día en que mi corazón y yo dejaremos de conocernos?

El rojo del cielo se apaga y todo el cielo palidece y a lo lejos del cielo pálido aparecen los cuervos que se funden en negro sobre el campo, con vuelos densos. Esperamos que termine el recuento.

Esperamos que termine el recuento para ir a trabajar.

## Weiter

Los SS de las cuatro esquinas marcaban los límites que no había que traspasar. Era un terreno muy grande. Se concentraba allí todo lo que nos atormentaba por las noches: piedras que picar, carretera que empedrar, arena que extraer, angarillas para transportar piedras y arena, zanjas que cavar, ladrillos que trasladar de un montón a otro. Repartidas en varios equipos con las polacas, cuando nos cruzábamos intercambiábamos una sonrisa triste.

Desde que brillaba el sol, hacía menos frío. Durante el descanso de mediodía nos habíamos sentado a comer encima de unos materiales. Una vez engullida la sopa —tardábamos apenas unos minutos, lo más largo era la distribución, la espera en filas delante del bidón—, nos quedaba un poco de tiempo antes de volver a las piedras, a la arena, a la carretera, a la zanja y a los ladrillos. Matábamos los piojos del escote de los vestidos. Es donde más se meten. Matarlos no cambiaba nada, de tantos como había. Era nuestro recreo. Lúgubre. La diversión de mediodía, cuando podíamos sentarnos porque hacía bueno.

Reunidas en grupitos de amigas, charlábamos. Cada una nombraba su región, su casa, invitaba a las demás a visitarla. Vendréis, ¿verdad? Vendréis. Nosotras lo prometíamos. Cuántos viajes hemos hecho.

«Weiter.» El grito quebranta el arrullo de nuestros sueños.

«Weiter.» ¿A quién se dirige?

«Weiter.»

Una mujer avanza hacia el riachuelo, con la escudilla en la mano, seguramente para lavarla. Se detiene, indecisa.

«Weiter.» ¿Es a ella?

«Weiter.» En la voz del SS hay una suerte de burla.

La mujer vacila. ¿Debe ir más lejos? ¿No está permitido inclinarse sobre el riachuelo en este lugar?

«Weiter», ordena el SS, más imperioso.

La mujer se aleja, se detiene de nuevo. De pie en el fondo de la ciénaga, todo en ella inquieta: «¿Y aquí, está permitido?».

«Weiter», vocifera el SS.

Entonces, la mujer camina. Remonta el curso del riachuelo.

«Weiter.»

Un disparo. La mujer se desploma.

El SS vuelve a guardarse el arma en bandolera, silba a su perro, se acerca a la mujer. Inclinado sobre ella, le da la vuelta como se hace con una pieza de caza.

Los otros SS ríen desde sus puestos.

La mujer había traspasado el límite por apenas veinte pasos.

Nos contamos. ¿Estamos todas?

Cuando el SS empuñó el arma y apuntó, la mujer avanzaba bajo el sol.

Murió en el acto.  
Era una polaca.

Algunas no han visto nada y hacen preguntas. Las otras se preguntan si han visto algo y no dicen nada.



## La sed

La sed es el relato de los exploradores, ya sabéis, en los libros de nuestra infancia. Se da en el desierto. Quienes ven espejismos y caminan hacia el inasible oasis. Tienen sed durante tres días. El capítulo patético del libro. Al término del capítulo, llega la caravana del avituallamiento, se había extraviado por los caminos enturbiados por la tempestad. Los exploradores perforan los odres, beben. Beben y dejan de tener sed. Es la sed del sol, del viento cálido. El desierto. Una palmera de filigrana sobre la arena rojiza.

Pero la sed de la ciénaga es más ardiente que la del desierto. La sed de la ciénaga dura semanas. Los odres no llegan nunca. La razón se tambalea. La razón es derrotada por la sed. La razón lo resiste todo, pero cede a la sed. En la ciénaga no hay espejismos, no hay esperanza de un oasis. Fango, fango. Fango, y nada de agua.

Está la sed de la mañana y la sed de la tarde.

Está la sed del día y la sed de la noche.

Por la mañana, al despertar, los labios hablan y no sale sonido alguno de los labios. La angustia se apodera de todo tu ser, una angustia tan fulgurante como la del sueño. ¿Estar muerta es esto? Los labios intentan hablar, la boca está paralizada. La boca no forma palabras cuando está seca, cuando no le queda saliva. Y la mirada va a la deriva, es la mirada de la locura. Las otras dicen: «Está loca, se ha vuelto loca durante la noche», y apelan a las palabras capaces de despertar la razón. Sería menester explicarles. Los labios se niegan. Los músculos de la boca quieren tentar los movimientos de la articulación y no articulan. Y se produce la desesperación de la impotencia para expresarles la angustia que me ha atenazado, la impresión de estar muerta y saberlo.

En cuanto oigo su ruido, acudo corriendo a los bidones de infusión. No son los odres de la caravana. Litros y litros de infusión, pero divididos en porciones pequeñas, una para cada una, y todas beben aún cuando yo ya he bebido. Mi boca no se ha humedecido siquiera y las palabras siguen negándose. Las mejillas se pegan a los dientes, la lengua está dura, rígida, las mandíbulas bloqueadas, y todavía esta impresión de estar muerta, de estar muerta y saberlo. Y el espanto aumenta en los ojos. Siento aumentar el espanto en mis ojos hasta la demencia. Todo se hunde, todo se escapa. La razón deja de ejercer control. La sed. ¿Estoy respirando? Tengo sed. ¿Hay que salir para el recuento? Me pierdo en la multitud, no sé adónde voy. Tengo sed. Hace más frío o menos frío, no lo percibo. Tengo sed, sed para gritar. Y el dedo que me paso por las encías experimenta la sequedad de mi boca. Mi voluntad se desploma. Queda una idea fija: beber.

Y si la blockhova me manda ir a buscar su libro, cuando encuentro en su cuchitril el barreño de infusión jabonosa en la que se ha lavado, mi primer movimiento es el de apartar la espuma sucia, arrodillarme junto al barreño y beber como un perro que lamiera con lengua ágil. Retrocedo. Infusión de jabón donde ellas se han lavado los pies. Al borde de la sinrazón, pondero hasta qué punto la sed me hace perder el juicio.

Vuelvo al recuento. Y a la idea fija. Beber. Mientras tomemos la carretera de la derecha. Hay un riachuelo a la altura del puentecito. Beber. Mis ojos no ven nada, nada más que el riachuelo, el riachuelo a lo lejos, del que me separa el recuento, y el recuento es más largo de atravesar que un sáhara. Se forma la columna para partir. Beber. Me coloco en el exterior de la fila, del lado donde la margen es más accesible.

El riachuelo. Mucho antes de llegar, estoy dispuesta a abalanzarme como un animal. Mucho antes de que el riachuelo sea visible, ya tengo la escudilla en la mano. Y cuando el riachuelo aparece, hay que salirse de la fila, correr hacia delante, bajar por la margen resbaladiza. A veces está congelado; hay que quebrar rápidamente el hielo, por suerte el frío disminuye, no es una capa espesa, quebrar rápidamente el hielo con el borde de la escudilla, coger agua y ascender la margen resbaladiza, correr para volver a mi lugar, los ojos ávidos en el agua que se derrama si voy demasiado rápido. El SS viene hacia mí. Grita. Su perro corre delante de él, casi me alcanza. Las compañeras me agarran y la fila me engulle. Con los ojos ávidos en el agua que se mueve con cada paso no veo la inquietud en sus rostros, la inquietud que les he provocado. Mi ausencia se les ha hecho interminable. Beber. Yo no he tenido miedo. Beber. Como cada mañana, dicen que es una locura bajar al riachuelo con el SS y el perro detrás de mí. El otro día mandó devorar a una polaca. Además, es agua de ciénaga, es agua que da fiebres tifoideas. No, no es agua de ciénaga. Bebo. No hay nada más complicado que beber de una escudilla de boca ancha caminando. El agua oscila de un borde al otro, se escapa de los labios. Bebo. No, no es agua de ciénaga, es un riachuelo. No respondo porque todavía no puedo hablar. No es agua de ciénaga, pero sabe a hojas podridas, y tengo ese sabor en la boca hoy nada más pensar en esa agua, incluso cuando no pienso en ella. Bebo. Bebo y estoy mejor. La saliva vuelve a mi boca. Las palabras vuelven a mis labios, pero no hablo. La mirada vuelve a mis ojos. La vida vuelve. Recupero mi respiración, mi corazón. Sé que estoy viva. Chupo despacio mi saliva. La lucidez vuelve, y la mirada. Y veo a la pequeña Aurora. Está enferma, agotada por la fiebre, los labios descoloridos, los ojos azorados. Tiene sed. No tiene fuerza para bajar al riachuelo. Y nadie quiere ir en su lugar. No debe beber esta agua malsana, está enferma. La veo y pienso: podría beber de esta agua, ya que va a morir. Cada mañana se coloca junto a mí. Espera que le deje unas pocas gotas en el fondo de mi escudilla. ¿Por qué iba a darle de mi agua? Si de todos modos va a morir. Aguarda. Sus ojos imploran y yo no la miro. Noto sobre mí sus ojos de sed, el dolor en sus ojos cuando vuelvo a colgarme la escudilla del cinturón. La vida vuelve en mí, y siento vergüenza. Y cada mañana permanezco insensible a la súplica de su mirada y de sus labios descoloridos por la sed, y cada mañana siento vergüenza después de haber bebido.

Mi boca se humedece. Podría hablar ahora. No hablo. Quisiera que durase mucho esta saliva en mi boca. Y la idea fija: ¿cuándo volveré a beber? ¿Habrà agua donde vamos a trabajar? Nunca hay agua. Es la ciénaga. La ciénaga de fango.

Mis compañeras me creían loca. Lulu me decía: «Ten cuidado. Sabes muy bien que aquí siempre hay que estar alerta. Harás que te maten». Yo no oía. Ellas no me dejaban sola y decían entre ellas: «Hay que estar pendiente de C., está loca. No ve a las kapos, ni a los SS, ni a los perros. Se queda plantada, con la mirada perdida, en vez de trabajar. No entiende cuando gritan, va donde se le antoja. Van a matarla». Temían por mí, temían mirarme con esos ojos locos que yo tenía. Me creían loca y seguramente lo estaba. No he recordado nada de esas semanas. Y durante

esas semanas, que fueron las más duras, tantas y tantas que yo quería murieron, y no he recordado que había sabido de sus muertes.

Los días en los que tomamos la otra dirección, la opuesta al riachuelo, no sé cómo soporto la decepción.

Está la sed de la mañana y la sed del día.

Desde por la mañana, solo pienso en beber. Cuando sirven la sopa del mediodía está salada, salada, escuece en la boca ardiente de llagas. «Come. Tienes que comer». Tantas habían muerto ya por haber rechazado la comida. «Inténtalo. Hoy está bastante líquida.» «No, está salada.» Rechazo la cucharada que he intentado tragar. Nada pasa cuando no hay saliva en la boca.

Algunas veces vamos hasta las vagonetas. Una obra de demolición con arbustos secos entre las casas en ruinas. Están cubiertos de escarcha. Con cada angarilla de piedras que traslado a la vagoneta, rozo un arbusto del que arranco una ramita. Lamo la escarcha, pero no forma agua en la boca. En cuanto el SS se aparta, corro hacia la nieve limpia, queda un jirón como una sábana tendida para que se seque. Cojo un puñado de nieve, y la nieve no forma agua en la boca.

Si paso cerca de la cisterna abierta a ras de suelo me asalta el vértigo, me da vueltas la cabeza. Si no me tiro es porque estoy con Carmen o con Viva. Y cada vez que pasamos ellas se afanan por dar un rodeo. Pero yo las arrastro, ellas me siguen para no dejarme sola, y en el borde tiran de mí con violencia.

Durante el descanso, las polacas se juntan alrededor de la cisterna y extraen agua con una escudilla atada a un alambre. El alambre es demasiado corto. La que se inclina tiene casi todo el cuerpo dentro de la cisterna, sus compañeras la sujetan por las piernas. Saca un poco de agua turbia en el fondo de la escudilla y bebe. Le toca extraer a otra. Me acerco a ellas y les hago entender que quiero un poco. La escudilla baja de nuevo asida al extremo del alambre, la polaca se inclina hasta casi caer, saca una vez más un poco de agua que me ofrece diciendo: «Kleba?». No tengo pan. Doy todo mi pan por la tarde para tener té. Respondo que no tengo pan con una súplica en los labios. Ella derrama la escudilla y el agua se esparce. Yo caería si Carmen o Viva no vinieran a socorrerme.

Cuando estamos en la ciénaga, pienso todo el día en el camino de regreso, en el riachuelo. Pero el SS recuerda lo de la mañana. Desde el recodo desde el que se divisa el puentecito, se adelanta. Baja al riachuelo y pone a su perro a chapotear. Cuando llegamos, el agua está fangosa y fétida. Yo aun así bebería un poco; imposible: todas las anweiserinas están pendientes.

Está la sed del día y la sed de la tarde.

Por la tarde, mientras pasan lista, pienso en la infusión que van a repartir. Soy de las primeras en ser servidas. La sed me vuelve atrevida. Aparto todo a mi paso para que me sirvan antes que a las demás. Bebo, y cuando he bebido, tengo más sed todavía. Esta infusión no sacia la sed.

Ahora tengo mi pan en la mano, mi mendrugo de pan y los escasos gramos de margarina que constituyen el rancho nocturno. Los sostengo en la mano y los ofrezco de pellizco en pellizco a quien quiera cambiarlos por su infusión. Tiemblo porque ninguna quiera. Siempre hay alguna que acepta. Todas las tardes intercambio mi pan por unos cuantos sorbos. Bebo inmediatamente y tengo más sed todavía. Cuando vuelvo a nuestro nicho, Viva me dice: «Te he guardado mi té (té o infusión, no es ni una cosa ni la otra), resérvalo para antes de dormir». No puede hacerme esperar hasta entonces. Bebo, y tengo más sed todavía. Y pienso en el agua del riachuelo que el perro ha

estropeado hace un momento, de la que podría haber sacado una escudilla entera, y tengo sed, más sed todavía.

Está la sed de la tarde y la sed de la noche, la más atroz. Porque, de noche, bebo, bebo y el agua se vuelve inmediatamente seca y sólida dentro de mi boca. Y cuanto más bebo, más se me llena la boca de hojas podridas que se endurecen.

O bien es un gajo de naranja. Estalla entre mis dientes y es un gajo de naranja — extraordinario que se encuentren naranjas aquí—, es un gajo de naranja, tengo el sabor de la naranja en la boca, el jugo se extiende hasta por debajo de mi lengua, me toca el paladar, las encías, fluye por mi garganta. Es una naranja un poco ácida y maravillosamente fresca. Ese sabor a naranja y la sensación de frescor que fluye me despiertan. El despertar es espantoso. Sin embargo, el instante en que la piel de la naranja cede entre mis dientes es tan delicioso que quisiera inducirme ese sueño. Lo persigo, lo fuerzo. Pero de nuevo es la pasta de hojas podridas como mortero petrificado. Tengo la boca seca. No amarga. Cuando una siente la boca amarga es porque no ha perdido el sentido del gusto, es porque todavía queda saliva en la boca.

## La casa

Llovía. Una cortina de lluvia delimitaba la llanura.

Habíamos caminado largo rato. La carretera no era más que barrizales. Cuando estábamos tentadas de rodearlos, las anweiserinas gritaban: «En filas. ¡Mantened las filas!», y empujaban al barro a las que vacilaban por culpa de los zapatos. Ninguna descripción puede dar una idea de los zapatos que calzábamos.

Habíamos llegado a una gran parcela de labor. Había que quitar las raíces de mala hierba que el arado había removido. Encorvadas, arrancábamos los filamentos blancuzcos y nos los guardábamos en el mandil. Daban frío y humedad en el vientre. Y pesaban. En un extremo de la parcela, vaciábamos el mandil y enfilábamos otro surco. Llovía. Encorvadas sobre los surcos, surco tras surco. La lluvia había empapado nuestra ropa. Estábamos desnudas. Un riachuelo helado se formaba entre los omóplatos y caía por el hueco de la espalda. Ya no prestábamos atención. Solo que la mano que quitaba la mala hierba estaba muerta. Y los terrones se pegaban cada vez más a los zapatos y los lastraban, y costaba cada vez más levantarlos del suelo. Desde por la mañana, llovía.

Las anweiserinas se habían cobijado bajo una techumbre de ramas. Gritaban desde lejos. Cuando nos encontrábamos en el extremo de la parcela, no las oíamos. Nos demorábamos un poco. Aun así, había que encorvarse sobre los surcos, ellas nos veían. Y erguirse dolía demasiado.

Íbamos de dos en dos. Hablábamos mientras caminábamos. Hablábamos del pasado y el pasado se volvía irreal. Hablábamos más aún del porvenir y el futuro se volvía certeza. Hacíamos muchos planes. Hacíamos planes sin cesar.

A mediodía, la lluvia había arreciado. Ya no se veía la parcela transformada en barrizal.

Más allá había una casa abandonada. Aquella casa no era para nosotras. La SS silbaba ya para que volviéramos a formar filas, después del descanso. Estábamos resignadas a volver a las raíces de mala hierba, a los terrones fangosos. Pero la columna dejó la parcela de labor tras de sí. Geneviève dijo: «Ojalá nos dejaran cobijarnos en la casa...». Formulaba el deseo que todas albergábamos. Expresarlo manifestaba hasta qué punto era irrealizable. Sin embargo, nos dirigimos hacia la casa. Estamos muy cerca. La columna se detiene. Un SS grita que vamos a entrar, pero que si hacemos ruido saldremos inmediatamente. ¿Debemos creerlo?

Entramos en la casa como en una iglesia. Es una casa de campesinos que ha empezado a demolerse. Demuelen todas las casas de campesinos, quitan las vallas y los cercados, nivelan los jardines para formar un terreno amplio. Así es como aquí se liquida el pequeño cultivo. Los agricultores fueron liquidados en primer lugar. La casa está marcada con una «J» hecha con pintura negra. La habitaban judíos.

Accedemos a un olor a escayola mojada. Los entarimados y los papeles han sido arrancados. Casi todas las puertas y las ventanas también. Nos sentamos en el suelo, sobre los escombros.

Notamos más el frío de nuestros vestidos y chaquetas. Las primeras se han asegurado un sitio contra la pared, se apoyan en ella. Las demás se apretujan donde pueden, por todas partes.

Miramos la casa como si hubiéramos olvidado y damos con palabras nuevas. «Es una sala muy bonita.» «Sí, luminosa.» «La mesa debía de estar ahí.» «O la cama.» «No, es el comedor. Fijaos en el papel. Todavía cuelga un jirón de papel. Yo pondría un diván aquí, cerca de la chimenea.» «Unas cortinas rústicas quedarían bien. De tela de Jouy, ¿sabéis cómo os digo?»

La casa se engalana con todos sus muebles, barnizados, cómodos, familiares. Aunque ya está acabada, seguimos añadiendo detalles. «Hace falta una radio junto al diván.» «Aquí hay ventanas dobles. Se pueden cultivar plantas suculentas.» «¿A ti te gustan las plantas suculentas? Yo prefiero los jacintos. Se ponen los bulbos en agua y salen las flores antes de primavera.» «No me gusta el olor de los jacintos.»

Las anweiserinas se han instalado en la otra estancia. Los SS dormitan junto a ellas. Nosotras nos apretujamos unas contra otras. Nuestro calor hace que nuestra ropa desprenda un vaho que sube hacia los agujeros de las ventanas. La casa se vuelve tibia, habitada. Estamos bien. Miramos la lluvia deseando que dure hasta la noche.

## La tarde

Al toque del silbato, hay que soltar las herramientas, limpiarlas, colocarlas en un montón bien hecho. Formar filas. Guardar silencio. No moverse. Anweiserinas y kapos cuentan. ¿Se han equivocado? Vuelven a contar. Chillan. Faltan dos. Recuentan. Las dos de media tarde. Dos que se desplomaban sobre sus layas. Las furias se precipitaban sobre ellas, las golpeaban, las golpeaban. No nos acostumbramos a ver cómo golpean a las demás. Los golpes no cambiaban nada. La laya se escapaba de unas manos de las que se había retirado la sangre, la vida las abandonaba a las dos y los ojos no suplicaban. Los ojos estaban mudos. Las furias se ensañaban con las dos mujeres, que ya no se movían. Si no reaccionan a los golpes, es porque ya no hay nada que hacer. Que se las lleven. Nosotras las habíamos llevado con delicadeza a lo largo del terraplén, donde la hierba está seca, y habíamos vuelto a nuestras layas.

Ahora, faltan. No todas lo saben, algunas preguntan. Los nombres pasan de boca en boca en un murmullo exento de toda emoción. Estamos demasiado cansadas. Berthe y Anne-Marie han muerto. ¿Qué Berthe? Berthe, la de Burdeos. Las contaron esta mañana al salir, tienen que contarlas a la vuelta. Habrá que llevarlas. Ninguna se mueve. Involuntariamente, todas agachan la cabeza, quisieran fundirse en la masa, pasar desapercibidas, no hacerse notar. Tan extenuadas que sopesan con terror lo que todavía podría extraerse de sus piernas. La mayoría camina siendo un lastre en brazos de las otras. Las anweiserinas repasan las filas, examinan los semblantes y los pies. Escogerán a las más fuertes. Las que se apoyan en una menos débil temen que esta última sea elegida. ¿Cómo regresarán ellas si el brazo que las sostiene las abandona? Las anweiserinas buscan a las mejor calzadas, a las más altas. «Du. Du. Du.» Convocan a tres. Las demás se designan. Nos apartamos del grupo y vamos hacia las muertas. Las miramos, apuradas. ¿Cómo agarrarlas? Las anweiserinas indican que cada una debe levantar por una extremidad. Y rápido.

Nos inclinamos sobre nuestras compañeras. Todavía no están rígidas. Cuando agarramos los tobillos y las muñecas, el cuerpo se dobla, se dobla hasta el suelo y es imposible mantenerlo en alto. Sería mejor levantarlas por las rodillas y los hombros, pero no hay forma de asirlas. Por fin lo conseguimos. Nos colocamos al final de la columna. Vuelven a contar. Esta vez, el número casa. La columna se pone en marcha.

¿Cuántos kilómetros hay que recorrer? Medimos las distancias según el esfuerzo que nos cuestan. Son inmensas.

La columna se ha puesto en marcha.

En un primer momento es a Berthe y a Anne-Marie a quienes cargamos. Poco después no son más que dos fardos demasiado pesados, que se nos escapan con cada movimiento. Desde el principio nos rezagamos. Pedimos que se diga a las de la primera fila que aminoren el paso. La columna continúa igual de rápido. La kapo va en cabeza. Lleva buenos zapatos. Tiene prisa.

Los SS nos siguen. Arrastran sus botas porque nosotras vamos muy despacio. La anweiserin ríe con ellos. Les muestra pasos de baile, gastando bromas infames. Se divierten de lo lindo.

Hace una tarde pálida y casi agradable. En nuestra tierra deben de haber salido los primeros brotes. Un SS se saca una armónica del bolsillo. Toca y nuestro sufrimiento se convierte en malestar.

Pedimos que nos releven. Nadie nos oye. Nadie acude. Nadie se siente con fuerzas para sustituirnos. Cada vez nos cuesta más, encorvadas, descoyuntadas.

Carmen divisa en la cuneta los trozos de unas tablas rotas. Soltamos a nuestras compañeras en la carretera para recoger las tablas. Los SS aguardan. El segundo saca la navaja y pela la rama que le sirve de garrote. La anweiserin acompaña a la armónica. Canta «J'attendrai». Su canción favorita.

Colocamos cada cuerpo atravesado en dos tablas que agarramos por sus extremos y reanudamos el camino. Carmen dice: «Te acuerdas, Lulu, de cuando nuestras madres nos decían: No toques ese madero sucio. Te vas a clavar una astilla y se te va a infectar el dedo». Nuestras madres.

Al principio parece que la cosa mejora, pero luego los cuerpos resbalan, se doblan por el centro, caen. Cada paso supone un reajuste en ese cuerpo inerte y en las tablas. Los SS soplan en la armónica por turnos, ríen y canturrean. Ríen escandalosamente, la chica más escandalosamente todavía.

La columna toma la delantera. Nosotras, sin embargo, hacemos un esfuerzo del que no nos creíamos capaces. Llega un camión. La columna se detiene a un lado para dejar paso. Nosotras aprovechamos para ganar algo de terreno. Es el camión que recoge los bidones en los que han llevado la sopa a las obras, a mediodía. Hay varias obras en los alrededores. Lejos, en los alrededores, hay pilas de palas y layas. El conductor frena, habla con los SS. Yo estoy cerca del de la armónica. Es un niño. Aparenta diecisiete años. La edad de mi hermano más pequeño. Me dirijo a él: «¿No podríamos meter a nuestras compañeras en ese camión que va al campo?». Su risita burlona nos insulta, y acto seguido estalla en una carcajada. Ríe, ríe, ¡le parece graciosísimo! La risa lo estremece, y el otro lo imita, y también la chica, que me da un bofetón forzando la risa. Siento vergüenza. ¿Cómo es posible pedirles nada? El camión se aleja.

Pero ya basta. Se dan cuenta de que el desenfado ha durado bastante, y los perros brincan con la correa floja. Guardan la armónica, encabritan a los animales y gritan: «Schneller jetzt!». Nos ponemos tensas. Con los perros pisándonos los talones, ahora debemos dar alcance a la columna.

Debemos. Debemos.

Debemos... ¿Por qué debemos, si nos da igual morir en el acto, atacadas por los perros o los bastones, en la carretera, en medio de la tarde pálida? No. Debemos. A causa de su risa de hace un momento, tal vez. Debemos.

Logramos incorporarnos a la columna, casi la tocamos. Suplicamos que alguien nos releve. Vienen dos. Sustituyen a las dos más débiles, que desfallecen. Cambiamos de mano sin dejar de caminar. Tenemos los hocicos de los perros en las pantorrillas. Una señal, una sacudida de la correa, y morderán. Caminamos con los cadáveres que resbalan, que recolocamos, que vuelven a resbalar. Sus pies raspan la carretera, la cabeza inclinada hasta casi tocar el suelo. No podemos soportar más la visión de esa cabeza, con los ojos hacia abajo. Berthe. Anne-Marie. Con la mano que no carga, la sostenemos un momento. Pero hay que renunciar. Abandonar esa cabeza cuyos párpados no hemos tenido el valor de cerrar.



No miramos, porque las lágrimas resbalan por nuestras mejillas, resbalan sin que lloremos. Las lágrimas resbalan de cansancio y de impotencia. Y sufrimos por esta carne muerta como si estuviera viva. La tabla bajo los muslos las desuella, les hace cortes. Berthe. AnneMarie.

Para que las manos no cuelguen, intentamos cruzarlas sobre el pecho. Sería menester mantenerlas ahí. Las manos cuelgan y nos golpean las piernas con el balanceo de la marcha.

Los SS avanzan a paso militar detrás de nosotras. Se acabó el paseo, dicen. Agarran corto las correas. Los perros están cada vez más cerca. No nos damos la vuelta. Intentamos no sentir sus morros, su respiración cálida y acelerada, no oír sus andares cuadruplicados, sus irritantes andares perrunos, rascando las piedras del camino con sus garras. No oír el martilleo del garrote contra nosotras. Ahora está del todo pelado, y es de un blanco húmedo.

Caminamos, en tensión. Nuestro corazón late, late como si fuera a estallar, y pensamos: mi corazón no va a aguantar, mi corazón va a ceder. No cede todavía, aguanta todavía. ¿Durante cuántos metros? Nuestra angustia descompone los kilómetros en pasos, en metros, en postes de electricidad, en curvas. Nos equivocamos siempre por un poste o por una curva. Es la llanura, la llanura cubierta de ciénagas hasta donde alcanza la vista, donde no hay puntos de referencia, a veces una mata de vegetación enrojecida por la helada que se confunde sin cesar con otra. Y la desesperación nos machaca.

Pero debemos. Debemos.

Nos acercamos. La proximidad del campo se percibe en el olor. Olor a carroña, olor a diarrea que envuelve el olor más denso y sofocante del crematorio. Cuando estamos allí, no lo olemos. Al volver por la tarde, nos preguntamos cómo podemos respirar este hedor.

Desde este lugar, el lugar donde se identifica el olor, deben de quedar dos kilómetros.

Pasado el puentecito, apretamos el paso. Solo un kilómetro más.

Cómo lo hemos conseguido es algo que ignoro. Antes de la entrada, nuestra columna se ha detenido para dejar pasar a otras. Hemos soltado nuestra carga. Cuando hemos tenido que levantarla de nuevo, hemos creído que no podríamos.

En la puerta, nos hemos erguido. Hemos apretado la mandíbula, hemos mirado al frente. Era un juramento que nos habíamos hecho Viva y yo. La cabeza bien alta delante de la Drexler, delante de Taube. Dijimos incluso: «La cabeza bien alta o los pies por delante». Ay, Viva.

La SS que cuenta a nuestro paso pregunta con su bastón. «Zwei Französinnen», responde la anweiserin, asqueada.

Llevamos a nuestras compañeras al recuento. Son dos filas que alteran la alineación: las cuatro porteadoras y su muerta tendida ante ellas.

Los comandos de judías regresan también. Esta tarde traen dos. Como nosotras. Todas las tardes traen alguna. Las han colocado sobre unas puertas, sacadas de las casas que demuelen, y han levantado las puertas sobre sus hombros. Están desfiguradas por el esfuerzo. Las compadecemos. Las compadecemos hasta las lágrimas. Las muertas están tumbadas completamente en horizontal, con la cara mirando al cielo. Pensamos: ojalá hubiéramos tenido puertas.

El recuento ha sido tan largo como de costumbre. A nosotras nos ha parecido más corto. El corazón nos llenaba el pecho y latía fuerte, fuerte, y nos hacía compañía, igual que un reloj de pulsera cuando estás sola. Y escuchábamos ese corazón que todo lo dominaba, que poco a poco, despacio, recuperaba su hueco, se reinstalaba en él, y los latidos se espaciaban, se espaciaban y

atenuaban. Y cuando solo hemos oído su ritmo acostumbrado, nos hemos quedado tan desconcertadas como al borde de la soledad.

En ese momento, nuestras manos han enjugado nuestras lágrimas.

El recuento ha durado hasta que los reflectores han iluminado las alambradas de púas, hasta la noche.

No las hemos mirado en todo el recuento.

Un cadáver. El ojo izquierdo devorado por una rata. El otro ojo abierto con su franja de pestañas.

Intentad mirar. Probad a ver.

Un hombre que ya no puede seguir. El perro lo agarra por el trasero. El hombre no se detiene. Camina con el perro caminando detrás de él sobre dos patas, con el hocico en su trasero.

El hombre camina. No ha proferido grito alguno. La sangre marca las rayas del pantalón. Por dentro, una mancha que se amplía como sobre papel secante.

El hombre camina con los colmillos del perro hincados en la carne.

Intentad mirar. Probad a ver.

Una mujer de la que tiran dos por los brazos. Una judía. No quiere ir al 25. Las otras dos la arrastran. Ella resiste. Sus rodillas raspan el suelo. La prenda de la que tiran por las mangas se le sube hasta el cuello. El pantalón desatado —un pantalón de hombre— arrastra tras ella, del revés, agarrado a los tobillos. Una rana despellejada. Los riñones al aire, las nalgas con huecos provocados por la delgadez, sucios de sangre y sanies.

Chilla. Las rodillas se desgarran contra las piedras.

Intentad mirar. Probad a ver.

# Auschwitz

Esta ciudad por la que pasábamos  
era una ciudad extraña.  
Las mujeres llevaban sombrero  
sombreros calados sobre cabellos con bucles.  
Llevaban también zapatos y medias  
como en la ciudad.  
Ningún habitante de esta ciudad  
tenía rostro  
y para no confesarlo  
todos volvían la cabeza a nuestro paso  
incluso un niño que tenía en la mano  
una lechera tan alta como sus piernas  
de esmalte morado  
y que huyó al vernos.  
Mirábamos a esos seres sin rostro  
y éramos nosotras las sorprendidas.  
También las decepcionadas  
esperábamos ver fruta y verdura en los comercios.  
Tampoco había tiendas  
solo escaparates  
donde me habría gustado reconocerme  
en las filas que se deslizaban por los cristales.  
Levanté un brazo  
pero todas querían reconocerse  
todas levantaban el brazo  
y ninguna supo cuál era.  
El reloj de la estación daba la hora  
nos alegramos de verla  
la hora era correcta  
y fue un alivio llegar a los silos de remolacha  
donde íbamos a trabajar  
al otro lado de la ciudad  
que habíamos atravesado como un mareo matinal.

## **El maniquí**

Al otro lado de la carretera, hay un terreno al que van los SS para adiestrar a los perros. Los vemos ir hacia allí, con los perros atados con correas, de dos en dos. El SS que encabeza la marcha lleva un maniquí. Es un muñeco grande vestido como nosotras. Prendas de rayas descoloridas, mugrientas, con las mangas demasiado largas. El SS lo sostiene por un brazo. Deja que arrastren los pies, que raspan las piedras. Incluso le han calzado unos zuecos.

No mires. No mires ese maniquí que arrastra por el suelo. No te mires.

## Domingo

El domingo no se pasaba lista tan temprano. No tan lejos del alba. El domingo las columnas no salían. Se trabajaba dentro del campo. El domingo era el día más temido de todos.

Aquel domingo hacía muy bueno. El día se había levantado en un cielo sin reflejos rojizos, sin mantos de fuego. El día se había levantado azul desde el principio, como un día de primavera. El sol también era primaveral. No pensar en la casa, en el jardín, en la primera excursión de la temporada. No pensar. No pensar.

Aquí, el buen tiempo difería del mal tiempo en que había polvo en lugar de nieve o fango, en que el olor era más pestilente, el paisaje más desolado con sol que con nieve, más desesperado.

Un toque de silbato marca el fin del recuento. Hay que mantener las filas, que lentamente se ponen en marcha hacia el bloque 25. Cada domingo era diferente. ¿Al bloque 25 por qué? Tenemos miedo. Alguien dice: «El bloque 25 no es lo bastante grande para todas. Nos mandarían directamente a la cámara de gas», y nos despabilamos.

¿Qué van a hacer? Esperamos. Esperamos mucho tiempo. Hasta que llegan unos hombres, con palas. Se dirigen hacia el foso. Durante la semana, se ha ahondado el foso que aísla las alambradas por dentro. ¿Hay demasiados suicidios? Son los disparos que se oyen de noche. Cuando una mujer se acerca a las alambradas, el centinela de la atalaya dispara antes de que ella las alcance. Entonces, ¿por qué el foso?

¿Por qué todo?

Los hombres están en sus puestos, a lo largo del foso, palas en mano.

Las columnas se estiran en fila india. Miles de mujeres formando una única fila. Una fila sin fin. Nosotras vamos detrás. ¿Qué hacen las que nos preceden? Las vemos ponerse ante los hombres, estirar el mandil. Ellos les echan dos paletadas de la tierra extraída del foso excavado. ¿Qué van a hacer con esa tierra? Nosotras vamos detrás. Ellas echan a correr. Nosotras corremos. Empiezan a llover bastonazos y correazos. Intentamos protegernos la cara, los ojos. Los palos caen en la nuca, en la espalda. Schnell. Schnell. Correr.

A ambos lados de la fila, kapos y anweiserinas gritan. Schneller. Schneller. Gritan y golpean. Nos llenan el mandil y corremos.

Corremos. Hay que mantener la fila, nada de desbandadas.

Corremos.

La puerta.

Es ahí donde las furias están más apretadas. SS en falda y en calzones se les han unido. Correr.

Una vez franqueada la puerta, ir a la izquierda, aventurarse por una tabla mal equilibrada entre los dos bordes de un foso. Pasar sobre la tabla corriendo. Bastonazo antes y después.

Correr. Vaciar el delantal en el lugar que indican los gritos.

Otras con rastrillos nivelan la tierra que traemos.

Correr. Bordear la alambrada. No rozarla, los pilotos están en rojo.



De nuevo franquear la puerta para volver. El pasaje es estrecho. Hay que correr más rápido aún. Peor para las que caen, son pisoteadas.

Correr. Schneller. Correr.

Volver ante los hombres que llenan de nuevo el mandil de tierra.

Tienen que actuar rápido, les pegan. Paletadas bien llenas, les pegan, nos pegan.

Lleno el mandil, bastonazos. Schneller.

Correr hacia la puerta, pasar bajo las correas y las fustas, correr sobre la tabla que se mueve y se tambalea. Cuidado con el bastón del jefe SS que está al final de la tabla. Vaciar el mandil bajo un rastrillo, correr, franquear la puerta por el paso cada vez más estrecho —las apaleadoras se concentran en ese tramo—, correr hacia los hombres para volver a coger dos paletadas de tierra, correr hasta la puerta, en un circuito ininterrumpido.

Quieren hacer un jardín en la entrada del campo.

Dos paletadas de tierra no pesan mucho. Van pesando paulatinamente. Van pesando y anquilosan los brazos. Nos arriesgamos a sostener mal los picos del mandil para que la tierra se derrame un poco. Si una furia lo ve, nos muele a palos. Sin embargo, lo hacemos, pesa demasiado.

Entre los hombres hay un francés. Calculamos con astucia la carrera para que sea él quien nos despache. Intentamos intercambiar algunas palabras. Él habla sin mover los labios, sin levantar la vista, como se aprende a hablar en la cárcel. Hacen falta tres viajes para obtener una frase.

El corro ya no avanza lo bastante deprisa. Las furias gritan más fuerte, pegan más fuerte. Se forman atascos, porque algunas mujeres se desploman y sus compañeras las ayudan a levantarse, mientras las otras, las de atrás, movidas por los palos, quieren seguir corriendo. Y también porque las judías creen que les pegan más que a nosotras y se cuelan entre nuestros vestidos de rayas. Nos dan lástima. Nos dan lástima por su atuendo. No tienen mandil. Las han obligado a ponerse el abrigo del revés, abotonado a la espalda, para que cojan la tierra con el bajo del abrigo, que sostienen por el dobladillo. Recuerdan a un espantapájaros y también a un pingüino, con las mangas del revés obstruyéndoles los brazos. Y las que tienen un abrigo de hombre rajado... Una comicidad aterradora.

Nos dan pena, pero no queremos separarnos. Nos protegemos mutuamente. Cada una quiere estar cerca de una compañera, algunas delante de una más débil para recibir los golpes en su lugar, otras detrás de una que ya no puede correr más para agarrarla si se cae.

El francés llegó hace poco. Es de Charonne. La resistencia se extiende en Francia. Nos enfrentaríamos a cualquier cosa con tal de hablar con él.

Correr hacia la puerta—schnell—pasar—weiter— tambalearse sobre la tabla por encima del foso—schneller—vaciar el mandil—correr—cuidado con la alambrada—de nuevo la puerta siempre hay una con la que tropezamos ahí está ahora el oficial con su bastón—correr hasta los hombres extender el mandil—bastonazos— correr hacia la puerta. Una carrera alucinada.

Pensamos en huir para escondernos en un bloque. Imposible, todas las salidas están custodiadas por bastones. Las que intentan forzar las barreras son molidas a palos.

Prohibido ir a las letrinas. Prohibido detenerse un minuto.

Al principio, disminuir la velocidad es más difícil que mantenerla. A la menor desaceleración, los golpes arrecian. Luego, preferiríamos ser golpeadas y no correr, nuestras

piernas no nos obedecen. Pero, en cuanto disminuimos la velocidad, llegan los palos, tan terribles que reemprendemos la carrera otra vez.

Caen mujeres. Las furias las sacan de la fila y las llevan a rastras hasta la puerta del 25. Taube está ahí. La confusión aumenta. Hay cada vez más judías entre nosotras. Con cada viaje, nuestro grupo se deshace. Conseguimos permanecer unidas de dos en dos. Esas dos no se separan, se agarran y tiran la una de la otra cuando en el pasaje de la entrada se ven atrapadas en el pánico de las que son pisoteadas y las que tienen miedo de caer sobre las otras. Una carrera alucinada.

Caen mujeres. El corro continúa. Correr. Correr siempre. Sin disminuir la velocidad. Sin detenerse. A las que caen no las miramos. Vamos de dos en dos y esto requiere toda nuestra atención. No podemos ocuparnos de las demás.

Caen mujeres. El corro continúa. Schnell. Schnell.

El parterre se agranda. Hay que alargar el circuito.

Correr. Pasar sobre la tabla inestable que se tambalea cada vez más—schnell—verter la tierra—schnell—la puerta—schnell—llenar el mandil—schnell—la puerta otra vez—schnell—la tabla. Es una carrera alucinada.

Para pensar en algo, contamos los golpes. Al llegar a treinta, no ha sido un viaje muy duro. Al llegar a cincuenta, dejamos de contar.

Al francés no le quitan ojo. Un kapo se ha puesto a su lado. Ya no podemos hacer que nos despache él. A veces intercambiamos una mirada. Entre dientes, dice: «Cabrones, cabrones». Uno nuevo. Hay lágrimas. Nos compadece. Para él es menos difícil. No se mueve y no hace frío.

Se nos hinchan las piernas. Se nos crispan las facciones. Con cada viaje estamos un poco más derrotadas.

Correr—schnell—la puerta—schnell—la tabla— schnell—vaciar la tierra—schnell—alambrada—schnell— la puerta—schnell—correr—mandil—correr—correr correr correr schnell schnell schnell schnell. Es una carrera alucinada.

Cada una mira a las demás, cada vez más feas, y no se ve.

Cerca de nosotras, una judía abandona la fila. Se dirige hacia Taube, habla con él. Este abre la puerta y le da un bofetón que la tumba en el patio del 25. Ha abandonado. Cuando Taube se vuelve, hace una señal a otra y la lanza también al patio del 25. Corremos todo lo que podemos. Que no crea que ya no somos capaces de correr.

El corro continúa. El sol está alto. Ya es por la tarde. La carrera continúa, los golpes y los gritos. Con cada viaje, caen otras. Las que tienen diarrea huelen mal. Regueros de diarrea se secan en sus piernas. Seguimos dando vueltas. ¿Hasta cuándo daremos vueltas? Es una carrera alucinada que corren semblantes alucinados.

Al vaciar el mandil, miramos cómo va el parterre. Lo creíamos terminado, pero la capa de tierra no es lo bastante alta. Hay que volver a empezar.

La tarde avanza. El corro continúa. Los golpes. Los gritos.

Cuando Taube tocó el silbato, cuando las furias gritaron: «¡Al barracón!», volvimos sosteniéndonos unas a otras. Sentadas en nuestros nichos, no teníamos fuerza ni para descalzarnos. No teníamos fuerza ni para hablar. Nos preguntábamos cómo habíamos podido, una vez más.

Al día siguiente, muchas de las nuestras ingresaron en el revir. Las sacaron en camilla.

El cielo estaba azul, el sol había reaparecido. Era un domingo de marzo.

## Los hombres

Esperan delante del barracón. Callados. En sus ojos pugnan la resignación y la rebelión. Es necesario que prevalezca la resignación.

Un SS los vigila. Los empuja. Sin que sepamos por qué, de repente se abalanza sobre ellos, grita y golpea. Los hombres permanecen callados, rectifican la fila, pegan las manos al cuerpo. No prestan atención al SS ni los unos a los otros. Cada uno está solo dentro de sí mismo.

Hay entre ellos varios chiquillos, muy jóvenes, que no entienden nada. Observan a los hombres y se contagian de su gravedad.

Antes de entrar en el barracón, se desvisten, doblan su ropa y se la colocan sobre el brazo. Trabajan a torso descubierto desde que el tiempo ha mejorado. Desvestidos, parece que lleven un largo calzón blanco que se les adhiere a los huesos.

La espera es larga. Esperan y saben.

Es un barracón nuevo que acaba de ser acondicionado en el recinto de la enfermería. Varios camiones han descargado máquinas lacadas y niqueladas, un lujo de propiedad apenas creíble. Han montado en el barracón una sala de radiografía, diatermia, rayos X.

La primera vez que unos hombres reciben cuidados en nuestro campo. El campo de los hombres está abajo. Cuenta con un revir, que es mejor que el nuestro, o eso dicen. Quizá solo menos terrorífico. ¿Por qué los mandan aquí? ¿Ahora tratan a la gente aquí?

Los hombres siguen esperando. Callados. La mirada perdida y sin color.

Uno por uno, empiezan a salir los primeros. Se visten en la puerta. Su mirada rehúye la de quienes esperan. Y cuando distinguimos sus rostros, comprendemos.

Cómo expresar el sufrimiento en sus gestos. La humillación en sus ojos.

A las mujeres las esterilizan con cirugía.

¿Y qué más da? Si ninguno de ellos volverá. Si ninguno de nosotros volverá.

## Diálogo

—¡Ay, Sally! ¿Te has acordado de lo que te pedí?

Sally corre por la Lagerstrasse. Por su indumentaria, se nota que trabaja en Effekts. Effekts es el comando que clasifica, inventaría, ordena todo lo que contienen las maletas de los judíos, las maletas que los recién llegados dejan en el andén. Las que trabajan en Effekts tienen de todo.

—Sí, cariño, no se me ha olvidado, pero ahora mismo no hay. Hace ocho días que no llega un convoy. Esperamos uno esta noche. De Hungría. Ya era hora, no nos quedaba de nada. Adiós. Hasta mañana. Te conseguiré el jabón.

Acaban de instalar agua corriente en el campo.

## El comandante

Dos muchachos rubios, cabello como haces de espigas maduras, piernas desnudas, torso desnudo. Dos niños pequeños. Once años, siete años. Hermanos. Los dos rubios, ojos azules, la piel bronceada. La nuca más oscura.

El mayor reprende al pequeño. El pequeño está malhumorado. Gruñe y al final masculla:

—No. No, siempre te toca a ti.

—Pues claro. Soy el mayor.

—No. No es justo. Nunca me toca a mí.

A regañadientes, porque hay que tomar una decisión, el mayor propone:

—Vale, escúchame. Jugamos una vez más así y luego cambiamos. Luego nos iremos turnando. ¿Te parece?

El pequeño sorbe los mocos, se separa de mala gana del muro donde está apoyado, testarudo, los párpados entornados por culpa del sol, y se acerca a su hermano arrastrando los pies. El otro lo zarandea:

—¿Vienes? ¿Jugamos?

Y empieza a ser el que quiere ser. Al mismo tiempo, vigila si el pequeño le sigue el juego. El pequeño espera. Todavía no entra en el juego. Espera a que su hermano esté preparado.

El mayor se prepara. Se abotona una chaqueta, se ciñe un cinturón, desliza con firmeza la espada a un lado, y se cala con las dos manos abiertas la gorra en la cabeza. Despacio, con un puño, lustra el borde de la gorra, se cala la visera sobre los ojos.

A medida que se viste de su personaje, sus rasgos se endurecen, y su boca también. Sus labios se afinan. Echa la cabeza hacia atrás, los ojos como obstaculizados por una visera, arquea la cintura, coloca la mano izquierda a la espalda, con la palma hacia fuera, con la mano derecha ajusta un monóculo imaginario y mira en derredor.

Pero ahora está inquieto. Se percata de que ha olvidado algo. Abandona su personaje por un instante para buscar su vara. Es una vara de verdad, que se encuentra entre la hierba —una rama flexible que utiliza con frecuencia—, retoma la pose y se da varios golpecitos en las botas con la vara. Está listo. Se da la vuelta.

Instantáneamente, el pequeño también se mete en su personaje. Él se esmera menos. Solo se pone tenso al primer vistazo de su hermano, e inmediatamente da un paso adelante, se inmoviliza, chasquea los talones —no se oye el chasquido, va descalzo—, levanta el brazo derecho, mirando hacia delante, inexpresivo. El otro responde con un saludo breve, apenas esbozado, de superior. El pequeño baja el brazo, vuelve a chasquear los talones y el mayor abre la marcha. Muy erguido, con la barbilla levantada y la boca de desprecio, la vara girando ligeramente entre el pulgar y el índice para golpetear sus pantorrillas desnudas. El pequeño lo sigue a cierta distancia. Camina menos tieso. Un simple soldado.

Atraviesan el jardín. Es un jardín con parcelas cuadradas de césped, flores alineadas al borde del césped. Atraviesan el jardín. El comandante mira como quien inspecciona, desde arriba.

El ordenanza lo sigue y no mira nada, embrutecido. El soldado.

Al fondo, junto a un seto de rosales de tallo largo, se detienen. El comandante primero, el ordenanza dos pasos por detrás. El comandante se coloca en posición, la pierna derecha un poco adelantada, la rodilla un poco flexionada, una mano en los riñones, la otra, que sostiene la fusta por el centro, a la cadera. Domina los rosales. Su expresión se torna mezquina y lanza órdenes. Grita: «Schnell! Rechts! Links!». Su pecho se infla. «Rechts! Links!» Acto seguido, invierte los términos: «Links! Rechts!», cada vez más rápido, cada vez más alto. «Links! Rechts! Links! Rechts! Links!», más rápido, más y más rápido.

Al cabo de poco, los prisioneros a los que se dirigen las órdenes no pueden seguir. Trastabillan, pierden el paso. El comandante se pone lívido de ira. Con la vara pega, pega y vuelve a pegar. Sin moverse, con los hombros aún rectos, las cejas levantadas. Chilla, enfurecido: «Schnell! Schneller! Aber los!», pegando con cada orden.

De pronto, al final de la columna algo no va bien. Se precipita dando zancadas amenazadoras hasta llegar a la altura de su hermano, que ha abandonado el papel de ordenanza. Ahora interpreta al prisionero pillado en falta, el espinazo arqueado, las piernas que no quieren sostener el cuerpo, el semblante descompuesto, la boca desfigurada, la boca de quien no puede más. El comandante cambia de mano la fusta, cierra el puño derecho, le asesta un golpe en todo el pecho (un puñetazo fingido, están jugando). El pequeño se tambalea, da vueltas, cae derribado sobre el césped. El comandante considera al prisionero que ha tumbado en el suelo con desprecio, la saliva en los labios. Y el furor decae. Ya solo experimenta asco. Le propina una patada (fingida, va descalzo y están jugando). Pero el pequeño conoce el juego. La patada lo gira igual que un bulto flácido. Se estira, la boca abierta, el ojo inerte.

Entonces, el mayor, con una señal de la varita hacia los prisioneros invisibles que lo rodean, ordena: «Zum Krematorium», y se aleja. Tieso, satisfecho y asqueado.

El comandante del campo vive muy cerca, al otro lado de la alambrada electrificada. Una casa de ladrillos, con un jardín de rosales y de césped, begonias de colores brillantes en sus jardineras pintadas de azul. Entre el seto de rosales y la alambrada pasa el camino que lleva al horno crematorio. Es el camino que siguen las camillas sobre las que transportan a los muertos. Los muertos se suceden durante todo el día. La chimenea humea durante todo el día. Las horas desplazan sobre la arena de los senderos y sobre el césped la sombra de la chimenea.

Los hijos del comandante juegan en el jardín. Juegan al caballito, a la pelota, o bien juegan al comandante y el prisionero.

## El recuento

Esta mañana, no termina nunca.

Las blockhovas se alteran, cuentan, recuentan. Las SS con capa van de un grupo a otro, entran en la oficina, salen con unas hojas, las comprueban. Comprueban las cifras de esta contabilidad humana. El recuento durará hasta que las cifras encajen.

Llega Taube. Toma el mando de las pesquisas. Se dirige con el perro a los barracones para registrarlos. Las blockhovas se irritan, reparten puñetazos y correazos a diestro y siniestro. Todas desean que no sea en su barracón donde falte una.

Esperamos.

Las SS con capa examinan las cifras, hacen una vez más las sumas humanas.

Esperamos.

Vuelve Taube. Tiene la respuesta. Silba flojo para llamar al perro, que lo sigue. El perro arrastra a una mujer, agarrándola por la nuca con las fauces.

Taube conduce al perro hasta el grupo del barracón al que pertenecía la mujer. Salen las cuentas.

Taube toca el silbato. El recuento ha terminado.

Alguien dice: «Esperemos que estuviera ya muerta».



## Lulu

Desde la mañana estábamos en el fondo de la zanja. Éramos tres. El comando trabajaba más lejos. Las kapos solo se nos acercaban de vez en cuando, para ver a qué altura de la zanja que volvíamos a cavar nos encontrábamos. Podíamos hablar. Desde la mañana, hablábamos.

Hablar era hacer planes para el regreso, porque creer en el regreso era una manera de forzar la suerte. Las que habían dejado de creer en el regreso estaban muertas. Había que creer, creer a pesar de todo, contra todo, dar verosimilitud a ese regreso, realidad y color, planeándolo, materializándolo en todos sus detalles.

A veces, una que expresaba el sentir común interrumpía con un: «Pero ¿cómo os imagináis vosotras la salida?». Recuperábamos la consciencia. La pregunta caía en el silencio.

Para sacudir ese silencio y la ansiedad que recubría, otra aventuraba: «Quizá un día no nos despertarán para el recuento. Dormiremos más rato. Cuando despertemos, será ya pleno día y el campo estará muy tranquilo. Las que salgan primero de los barracones se darán cuenta de que el puesto de guardia está vacío, de que las atalayas están vacías. Todos los SS habrán huido. Varias horas más tarde llegarán las avanzadillas rusas».

Otro silencio respondía a la anticipación.

Añadía: «Antes, oiremos cañonazos. A lo lejos al principio, y luego cada vez más cerca. La batalla de Cracovia. Después de que tomen Cracovia, todo habrá acabado. Ya veréis, los SS saldrán por pies».

Cuanto más especificaba, menos la creíamos. Y, por acuerdo tácito, dejábamos el tema para volver a nuestros planes, esos planes irrealizables que poseían la lógica que poseen los propósitos de los locos.

Desde la mañana, hablábamos. Nos alegrábamos de estar separadas del comando porque así no oíamos los gritos de las kapos. No recibíamos los bastonazos que acompañaban los gritos. La zanja se hacía más profunda con el paso de las horas. Nuestras cabezas ya no sobresalían. Una vez alcanzada la capa de marga, teníamos los pies sumergidos en agua. El fango que arrojábamos por encima de nuestras cabezas era blanco. No hacía frío, uno de los primeros días en que ya no hizo frío. El sol nos calentaba los hombros. Estábamos tranquilas.

Irrumpe una kapo. Grita. Obliga a subir a mis dos compañeras y se las lleva. La zanja ya casi es lo bastante honda, tres son demasiadas para terminarla. Ellas se van y me dicen adiós con la mano, a regañadientes. Conocen la aprensión de verse separada de las otras, de estar sola. Para animarme, dicen: «Date prisa y vendrás con nosotras».

Me quedo sola en el fondo de la zanja y caigo presa de la desesperación. La presencia de las otras, sus palabras, hacían posible el regreso. Se van, y yo tengo miedo. No creo en el regreso cuando estoy sola. Con ellas, que parecen creer en él con tanto ahínco, yo también creo. En cuanto me abandonan, tengo miedo. Todas dejamos de creer en el regreso cuando estamos solas.

Aquí estoy, en el fondo de esta zanja, sola, tan desanimada que me pregunto si llegaré al final de la jornada. ¿Cuántas horas quedan todavía para el toque de silbato que marca el fin del trabajo,

el momento en que volvemos a formar la columna para regresar al campo, en filas de cinco, cogiéndonos del brazo y charlando, charlando hasta quedar aturdidas?

Aquí estoy, sola. Ya no puedo pensar en nada porque todos mis pensamientos se topan con la angustia que nos habita a todas: ¿Cómo saldremos de aquí? ¿Cuándo saldremos de aquí? Quisiera no pensar en nada. Y si esto dura mucho, ninguna saldrá. Las que viven todavía se dicen cada día que es un milagro haber aguantado ocho semanas. Nadie es capaz de prever más de una semana ante sí.

Estoy sola y tengo miedo. Intento empecinarme en cavar. El trabajo no avanza. Arremeto contra un último bulto para nivelar este fondo, quizá la kapo juzgue que ya es suficiente. Y noto la espalda dolorida, la espalda paralizada en su curvatura, los hombros dislocados por la pala, los brazos sin fuerza ya para lanzar más paletadas de marga fangosa por encima del borde. Estoy aquí, sola. Tengo ganas de tumbarme en el fango y esperar. Esperar a que la kapo me encuentre muerta. No es tan fácil morir. Es espantoso lo mucho que hay que golpear a alguien, a palazos o a bastonazos, antes de que muera.

Cavo aún un poco más. Levanto aún dos o tres paletadas. Es demasiado duro. En cuanto te quedas sola, piensas: ¿Para qué? ¿De qué sirve? Por qué no claudicar... Mejor ahora mismo. En medio de las demás, aguantas.

Estoy sola, con mis prisas por terminar para juntarme con mis compañeras y la tentación de abandonar. ¿Por qué? ¿Por qué tengo que cavar esta zanja?

«Ya basta. ¡Ya basta!» Una voz chilla por encima de mí: «Komm, schnell!». Me ayudo con la pala para trepar. Qué cansados tengo los brazos, qué dolorida la nuca. La kapo corre. Tengo que seguirla. Cruza la carretera que hay al borde de la ciénaga. Los trabajos de excavación. Mujeres como hormigas. Unas llevan arena a otras que, con pisonos, nivelan el terreno. Un gran espacio llano, a pleno sol. Centenares de mujeres en pie, formando un friso de sombras contra el sol.

Sigo a la kapo, que me da al mismo tiempo un pisón y un sopapo y me manda hacia un grupo. Busco con la mirada a mis compañeras. Lulu me llama: «Ven a mi lado, hay sitio», y se aparta un poco para que me coloque a su vera, en la fila de mujeres que golpean el suelo, sosteniendo con ambas manos el pisón que levantan y dejan caer. «Ven para acá, ¡a moler arroz!» ¿De dónde saca Viva las fuerzas para soltar comentarios así? No consigo mover los labios para esbozar un amago de sonrisa. Lulu se preocupa:

—¿Qué te pasa? ¿Estás mala?

—No, no estoy mala. Ya no puedo más. Hoy ya no puedo más.

—No te preocupes. Pasará.

—No, Lulu, no pasará. Te digo que ya no puedo más.

No tiene respuesta. Es la primera vez que me oye hablar así. Con ánimo práctico, sopesa mi herramienta.

—Cómo pesa tu pilón. Coge el mío. Es más ligero, y tú estás más cansada que yo por culpa de la zanja.

Intercambiamos las herramientas. Empiezo a martillar la arena yo también. Miro a todas esas mujeres que hacen el mismo gesto con sus brazos cada vez más débiles para levantar una masa pesada, a las kapos con sus bastones que van de una a otra, y la desesperación me aniquila.

—¿Cómo vamos a salir de aquí?

Lulu me mira. Me sonrío. Su mano roza la mía para consolarme. Y para que le quede claro que es inútil, repito:

—Te aseguro que hoy ya no puedo más. Esta vez es verdad.

Lulu mira a nuestro alrededor, comprueba que en ese momento no hay ninguna kapo cerca, me agarra por la muñeca y dice:

—Ponte detrás de mí, que no se te vea. Así podrás llorar.

Habla en voz baja, tímidamente. Seguramente es justo lo que necesito que me digan, pues obedezco a su amable empujoncito. Dejo caer mi herramienta, me apoyo en el mango y lloro. No quería llorar, pero las lágrimas afloran, ruedan por mis mejillas. Las dejo rodar y, cuando una lágrima toca mis labios, noto la sal y sigo llorando.

Lulu trabaja y vigila. A veces se da la vuelta y, con delicadeza, me enjuga el rostro con su manga. Yo lloro. No pienso en nada; lloro.

Ya no sé por qué lloro cuando Lulu tira de mí: «Ya está bien. Vamos, a trabajar. Está ahí». Con tanta bondad que no me avergüenza haber llorado. Es como si hubiese llorado contra el pecho de mi madre.

## La orquesta

Se colocaba en lo alto de un terraplén, cerca de la puerta.

La que dirigía había sido famosa en Viena. Todas eran buenas músicas. Habían hecho un examen para salir elegidas entre un gran número de candidatas. Le debían el aplazamiento a la música.

Porque con el buen tiempo había hecho falta una orquesta. A menos que hubiera sido cosa del comandante nuevo. Le gustaba la música. Cuando pedía que tocaran para él, mandaba distribuir a las músicas media ración de pan suplementaria. Y cuando los recién llegados bajaban de los vagones para entrar en fila en la cámara de gas, le gustaba que fuera al ritmo de una marcha alegre.

Tocaban por la mañana, cuando las columnas salían. Al pasar, debíamos acompañarnos. Luego, tocaban valeses. Valeses que habíamos oído en otra parte, en un tiempo remoto y abolido. Oírlos allí resultaba intolerable.

Ellas, sentadas en taburetes, tocan. No mires los dedos de la chelista, ni sus ojos cuando toca, no podrías soportarlo.

No mires los gestos de la que dirige. Parodia a la que fue en ese gran café de Viena donde ya entonces dirigía una orquesta femenina, y se nota que piensa en aquella que fue en otros tiempos.

Todas llevan una falda plisada azul marino, una blusa clara, un pañuelo de color lavanda en la cabeza. Van así vestidas para dar el paso a las que van a las ciénagas con los vestidos con los que duermen, de lo contrario los vestidos no se secarían nunca.

Las columnas ya se han marchado. La orquesta toca todavía un poco más.

No mires, no escuches, sobre todo si tocan «La viuda alegre» mientras, detrás de la segunda alambrada, salen hombres uno por uno de un barracón y los kapos, provistos de cinturones, pegan uno por uno a los hombres que salen y que están desnudos.

No mires la orquesta que toca «La viuda alegre».

No escuches. Solo oirías los golpes en la espalda de los hombres y el ruido metálico que hace la hebilla cuando vuela el cinturón.

No mires a las músicas que tocan a la vez que unos hombres esqueléticos y desnudos salen movidos por unos golpes que los hacen trastabillar. Van a la desinfección, porque definitivamente hay demasiados piojos en ese barracón.

No mires a la violinista. Toca un violín que sería el de Yehudi si Yehudi no estuviera al otro lado de un océano. ¿De qué Yehudi será el violín?

No mires, no escuches.

No pienses en todos los Yehudis que se habían traído su violín.

## Conque creáis

Conque creáis que de los labios de los moribundos solo brotan palabras solemnes  
porque lo solemne florece de manera natural en el lecho  
de muerte siempre hay un lecho preparado para el boato de las  
exequias con la familia en el borde  
el dolor sincero el aire de circunstancia.

Desnudas en los catres del revir, casi todas nuestras compañeras decían:

«Esta vez estiro la pata».

Estaban desnudas sobre las tablas desnudas.

Estaban sucias y las tablas estaban sucias de diarrea y de pus.

No sabían que les complicaban la tarea a quienes sobrevivían, que tendrían que trasladar a los padres esas últimas palabras. Los padres esperaban lo solemne. Imposible defraudarlos. Lo trivial es indigno en el florilegio de las últimas palabras.

Pero no estaba permitido mostrarse débil con una misma.

De modo que decían: «Voy a estirar la pata» para no arrebatarse a las otras su valor y contaban tan poco con que una sola sobreviviera que nunca confiaban mensaje alguno.

## La primavera

Todas las carnes que habían perdido el color y la vida de la carne se desplegaban sobre el fango seco convertido en polvo, acababan de marchitarse al sol, de deshacerse —carnes parduscas, violáceas, grises todas—, se confundían tan bien con el suelo de polvo que había que hacer un esfuerzo para distinguir mujeres ahí, para distinguir en esas pieles arrugadas y flácidas pechos de mujer, pechos vacíos.

Oh, vosotros que les dijisteis adiós en el umbral de una cárcel o en el umbral de vuestra muerte en la mañana desteñida de un largo velatorio fúnebre, felices vosotros porque no podéis ver lo que han hecho con vuestras mujeres, con su pecho que osasteis tocar una última vez en el umbral de la muerte, pechos de mujer tan suaves siempre, de una suavidad tan perturbadora para vosotros, que ibais a morir. Vuestras mujeres.

Se requería un esfuerzo para distinguir rostros en las facciones donde las pupilas ya no iluminaban, rostros que tenían color de ceniza o de tierra, tallados en tocones podridos o desprendidos de un bajorrelieve muy antiguo, pero que el tiempo no habría podido atenuar a la altura de los pómulos —un revoltijo de cabezas—, cabezas sin cabellera, increíblemente pequeñas —cabezas de búho con un arco superciliar desproporcionado—, oh, todos esos rostros sin mirada, cabezas y rostros, cuerpos contra cuerpos semirreclinados en el fango seco convertido en polvo.

Entre los andrajos —lo que vosotros llamáis andrajos serían, en comparación, tapices—, entre los harapos terrosos aparecían manos, manos aparecían porque se movían, porque los dedos se doblaban y se crispaban, porque hurgaban entre los andrajos, registraban las axilas, y los piojos entre las uñas de los pulgares crujían. La sangre creaba una mancha oscura en las uñas que aplastaban los piojos.

Lo que quedaba de vida en los ojos y en las manos vivía aún a través de ese gesto, pero las piernas en el polvo —piernas desnudas rezumantes de abscesos, socavadas de llagas— las piernas en el polvo estaban inertes como pilones de madera —inertes— pesadas

las cabezas ladeadas unidas a los cuellos como cabezas de madera, pesadas

y las mujeres que al calor del primer sol se despojaban de sus harapos para despiojarlos, dejando al descubierto sus cuellos que no eran más que nudos y sogas, sus hombros que eran más bien clavículas, su pecho donde los senos no impedían que se vieran las costillas, cer cos

todas esas mujeres apoyadas las unas en las otras, inmóviles en el fango seco convertido en polvo, ensayaban sin saber

—pero sí sabían, lo sabéis— y eso es más espantoso aún

ensayaban la escena en que morirían al día siguiente, o un día muy cercano

pues morirían al día siguiente o un día muy cercano

pues cada una muere mil veces su propia muerte.

Al día siguiente o un día muy cercano serían cadáveres en el polvo que sucedía a la nieve y al fango del invierno. Habían aguantado todo el invierno, en las ciénagas, en el fango, en la nieve.

No podían ir más allá del primer sol.

El primer sol del año sobre la tierra desnuda.

La tierra, por primera vez, no era el elemento hostil que amenaza cada paso —si caes, si te dejas caer, no volverás a levantarte—

por primera vez podía una sentarse en la tierra.

La tierra, por primera vez desnuda, por primera vez seca, dejaba de ejercer su atracción vertiginosa, dejarse deslizar en la tierra, dejarse deslizar en la muerte como en la nieve, en el olvido —abandonarse— dejar de dar órdenes a brazos, a piernas y a tantos músculos menores para que ninguno ceda, para mantenerse en pie —para mantenerse con vida— deslizar —dejarse deslizar en la nieve— dejarse deslizar en la muerte con su abrazo reblandecido de nieve.

El fango pegajoso y la nieve sucia eran por primera vez polvo.

Polvo seco, entibiado de sol

es más duro morir en el polvo

más duro morir cuando hace sol.

El sol brillaba, pálido como en el este. El cielo estaba muy azul. En alguna parte cantaba la primavera.

Cantaba la primavera en mi memoria, en mi memoria.

Ese canto me sorprendía tanto que no estaba segura de estar oyéndolo realmente. Creía que lo oía en sueños. Y trataba de negarlo, de no oírlo, y miraba con ojos desesperados a las compañeras a mi alrededor. Estaban aglutinadas ahí, al sol, en el espacio que separaba los barracones de las alambradas. Las alambradas tan blancas al sol.

Ese domingo.

Un domingo extraordinario porque era un domingo de descanso y estaba permitido sentarse en la tierra.

Todas las mujeres estábamos sentadas en el polvo de fango seco formando un rebaño miserable que recordaba a un enjambre de moscas sobre el estiércol. Seguramente debido al olor. El olor era tan denso y tan fétido que parecía que respirásemos no aire sino un fluido diferente, más espeso y viscoso, que envolvía y aislaba esa parte de la tierra en una atmósfera sobreañadida donde solo podían moverse criaturas adaptadas. Nosotras.

Hedor a diarrea y a carroña. Por encima de esa pestilencia el cielo estaba azul. Y en mi memoria cantaba la primavera.

¿Por qué entre todas estas criaturas solo yo había conservado la memoria? En mi memoria cantaba la primavera. ¿Por qué esta diferencia?

Los brotes de los sauces titilan argénteos al sol —un chopo se comba con el viento—, la hierba está tan verde que las flores de la primavera brillan con colores sorprendentes. La primavera todo lo baña con su aire ligero, ligero, embriagador. La primavera se sube a la cabeza. La primavera es esa sinfonía que estalla por todas partes, que estalla, que estalla.

Que estalla. En mi cabeza que va a estallar.

¿Por qué he conservado la memoria? ¿Por qué esta injusticia?

Y de mi memoria solo surgen imágenes tan pobres que me brotan lágrimas de desesperación.

En primavera, pasear por los *quais* y los plátanos del Louvre tan finamente cincelados junto a los castaños ya frondosos de las Tullerías.

En primavera, atravesar los Jardines de Luxemburgo antes de llegar a la oficina. Los niños corren por los paseos, con la cartera bajo el brazo. Niños. Pensar en niños aquí.

En primavera, el mirlo de la acacia bajo la ventana despierta antes del alba. Desde antes del alba aprende a silbar. Silba mal todavía. Solo estamos a primeros de abril.

¿Por qué dejarme solo a mí la memoria? Y mi memoria no encuentra más que tópicos. «Bella nave, oh, memoria mía»... ¿Dónde estás, memoria verdadera mía? ¿Dónde estás, memoria terrestre mía?

El cielo estaba muy azul, de un azul tan azul sobre los postes de cemento blancos y las alambradas también blancas, de un azul tan azul que la red de cables eléctricos parecía más blanca, más implacable,  
aquí nada es verde  
aquí nada es vegetal  
aquí nada está vivo.

Lejos, más allá de los cables, la primavera revolotea, la primavera tiembla, la primavera canta. En mi memoria. ¿Por qué he conservado la memoria?

¿Por qué haber conservado el recuerdo de las calles de adoquines sonoros, de los pífanos de primavera en los tenderetes de los verduleros del mercado, de las saetas de sol sobre el entarimado rubio al despertar, el recuerdo de las risas y los sombreros, de las campanas en el aire de la tarde, de las primeras blusas y las anémonas?

Aquí, el sol no es de la primavera. Es el sol de la eternidad, es el sol de antes de la creación. Y yo había conservado el recuerdo del sol que brilla sobre la tierra de los vivos, del sol sobre la tierra de los trigales.

Bajo el sol de la eternidad, la carne deja de palpar, los párpados se amoratan, las manos se amustian, las lenguas se hinchan y ennegrecen, las bocas se pudren.

Aquí, fuera del tiempo, bajo el sol de antes de la creación, los ojos palidecen. Los ojos se apagan. Los labios palidecen. Los labios mueren.

Todas las palabras están marchitas desde hace tiempo

Todas las palabras están desteñidas desde hace tiempo

Gramínea—umbela—manantial—un ramillete de lilas—el aguacero—todas las imágenes están lívidas desde hace tiempo.

¿Por qué he conservado la memoria? No puedo hallar el sabor de mi saliva en mi boca en primavera, el sabor de una brizna de hierba al chuparla. No puedo hallar el olor de los cabellos donde juega el viento, su mano reconfortante y su ternura.

Mi memoria está más exangüe que una hoja otoñal

Mi memoria ha olvidado el rocío

Mi memoria ha perdido la savia. Mi memoria ha perdido toda la sangre.

Es entonces cuando el corazón debe parar de latir —parar de latir— de latir.

Es por eso por lo que no puedo acercarme a la que me llama. Mi vecina. ¿Me llama? ¿Por qué me llama? De pronto ha tenido la muerte en la cara, la muerte violeta en las aletas de la nariz, la muerte en el fondo de las órbitas, la muerte en sus dedos que se retuercen y se anudan como ramitas mordidas por la llama, y pronuncia en una lengua desconocida palabras que no oigo.

Las alambradas están muy blancas sobre el cielo azul.

¿Me llamaba? Ahora está inmóvil, la cabeza caída sobre el polvo sucio.



Lejos, más allá de las alambradas, canta la primavera.  
Sus ojos se han vaciado  
Y nosotros hemos perdido la memoria.

Ninguno de nosotros volverá.

Ninguno de nosotros debería haber vuelto.

## **Un conocimiento inútil**

Llegábamos de muy lejos para merecer vuestra confianza.

Paul Claudel

## Los hombres

Experimentábamos una profunda ternura por los hombres. Los veíamos dar vueltas en el patio, durante el paseo. Les lanzábamos notitas por encima de la alambrada, burlábamos la vigilancia para intercambiar unas cuantas palabras con ellos. Los amábamos. Se lo decíamos con los ojos, nunca con los labios. Les habría resultado extraño. Habría sido como decirles que sabíamos lo frágiles que eran sus vidas. Disimulábamos nuestros temores. No les decíamos nada que pudiera revelárselos, pero espiábamos cada una de sus apariciones, en un pasillo o en una ventana, para que sintieran siempre presentes nuestros pensamientos y nuestras atenciones.

Algunas, que tenían entre ellos a su marido, solo lo veían a él, localizaban enseguida su mirada entre el manojo de miradas que nos buscaban. Las que no tenían marido amaban a todos los hombres sin conocerlos.

Ninguno de ellos era mi hermano ni mi amante, pero yo no amaba a los hombres. No los miraba nunca. Rehuía sus rostros. Los que me abordaban por segunda vez —furtivamente, cuando iban a buscar la sopa a las cocinas— se extrañaban de que yo no reconociera ni su voz ni su silueta. Frente a ellos, sentía una conmiseración inmensa y un terror inmenso. Conmiseración y terror en los que no participaba realmente. Albergaba en lo más hondo de mi ser una indiferencia terrible, la indiferencia que nace de un corazón hecho cenizas. Me prohibía guardarles rencor. Guardaba rencor a todos los vivos. Todavía no había hallado dentro de mí una plegaria de perdón para los que seguían vivos.

Los hombres también nos amaban, aunque miserablemente. Experimentaban una sensación más punzante que cualquier otra, la de ver mermados su fuerza y su deber como hombres, pues no podían hacer nada por las mujeres. Si nosotras sufríamos por verlos infelices, hambrientos, desposeídos, ellos sufrían más aún por no estar ya en condiciones de protegernos, de defendernos, de no asumir ya solos el destino. Sin embargo, las mujeres, desde el primer momento, los habían descargado de toda responsabilidad. Los habían exonerado enseguida de su preocupación masculina hacia las mujeres. Querían convencerlos de que ellas, las mujeres, no corrían ningún riesgo. Su feminidad las amparaba, como se creía aún. Y si bien ellos, los hombres, tenían mucho que temer, ellas, por su parte, podían estar tranquilas. Solo necesitaban tener paciencia y valor, dos virtudes que estaban seguras de poseer, pues formaban parte de su día a día. Y por eso consolaban a los hombres, no dejaban traslucir ni desánimo, ni tristeza, ni, sobre todo, inquietud. Serían dignas de ellos, que sabían de la amenaza que se cernía sobre sus vidas. Los hombres, por su parte, se esforzaban por mostrar su lado más natural y cotidiano. Se las ingeniaban para resultarnos útiles, buscaban qué servicios podían prestarnos. Por desgracia, en el sufrimiento material en que se encontraban no había nada que las mujeres pudieran pedirles. Estas, sometidas a un sufrimiento de igual magnitud, tenían aún sus recursos, los recursos que siempre poseen las mujeres. Podían lavar la ropa, remendar la única camisa, ahora hecha harapos, que ellos llevaban puesta el día que fueron detenidos, cortar retales de las mantas para confeccionarles pantuflas. Se privaban de una parte de su pan para dárselo a ellos. Un hombre tiene que comer más. Cada

domingo, organizaban un divertimento que tenía lugar en el patio, al que asistían los hombres, de pie detrás de las alambradas levantadas entre los dos sectores. Las mujeres trabajaban toda la semana; cosían, ensayaban para el domingo. Cuando los preparativos de la fiesta se veían amenazados por la falta de entusiasmo o el mal humor, siempre había alguna mujer que decía: «Que sí, hay que hacerlo, hay que hacerlo por los hombres». Por los hombres, cantaban y bailaban; por los hombres, fingían despreocupación y regocijo. Era un juego desgarrador. Pero la animación que suscitaba lograba en ocasiones parecer real, incluso a las que sabían bien cuán ridículo era todo.

Aquel domingo, por lo demás, fue más triste que ningún otro. El comandante del fuerte había prohibido la representación. Los hombres estaban recluidos en sus barracones, las mujeres, en los suyos. Y no era solo por eso por lo que nos sentíamos de repente ociosas y ausentes. Todas teníamos un presentimiento vago al que no nos abandonábamos porque estaban las demás, y tratábamos de apartarlo escudriñando la actitud de nuestras compañeras. Representábamos tan bien el papel que ninguna se dejaba embaucar.

Estábamos preocupadas. Las que oían los ruidos a través del tabique —del lado de los hombres—, atentas, con la oreja pegada como en una auscultación, respondían a las preguntas con un: «No, no se oye nada». No se oía nada y el malestar aumentaba a medida que avanzaba la tarde.

Era un domingo de septiembre, soleado como un domingo de verano y a la vez marcado por la melancolía del otoño; es decir, que, desde la mañana, todo en el aire, y en las hojas de los árboles que divisábamos por la ventana, en el aliento del viento sobre la hierba de los glaciares, en el color del cielo por encima del fuerte y en el color de los ojos, todo desde la mañana poseía la opacidad de los días que más tarde se califican de atípicos.

—¿Y tú, Yvette, ves algo en la ventana?

—No, nada.

De pronto, se oyeron pasos en el pasillo, en nuestra zona, y un ruido de llaves en nuestra puerta. Entró la jefa del campo, acompañada de una centinela. Era una prisionera, jamás circulaba sola.

—¿Qué pasa, Josée?

—Nada, nada. ¿Qué os pasa a vosotras, a qué vienen esas caras descompuestas? No pasa nada. Vengo a buscar la ropa de los hombres. Aunque no esté lista, hay que devolvérsela ahora mismo.

—¿Devolvérsela? ¿Ahora mismo? ¿Por qué?

Todas se afanaban, preparaban hatillos con las camisas y los calcetines, deshacían el paquete porque habían olvidado un pañuelo, contentas de salir de la pasiva espera que las atenazaba desde la mañana, como si por fin pudieran hacer algo, y ese algo fuese útil.

—¿Se van los hombres?

—No lo sé. No sé nada.

Josée no quería soltar prenda. Una preguntó:

—¿Qué hora es?

Y todas habríamos de recordar que en aquel momento eran las cuatro.

Josée salió con la ropa, la puerta volvió a cerrarse, y cada una regresó a su cama. El dormitorio se volvió otra vez asfixiante de silencio y de espera.

Cualquier tentativa de diversión o distracción se topaba con una inercia, con una angustia inexpresada. ¿Y si leíamos algo? Nadie contestaba.

—Oigo ruidos. Están bajando las escaleras.

—¿Qué es lo que pasa?

Las cabezas se alzaban en el fondo del dormitorio, las preguntas convergían en la que tenía el oído en el tabique.

—Los hacen bajar.

—¿A todos?

—No. A todos, no. Ha parado.

Varios meses confinadas en la celda nos habían proporcionado a todas un sexto sentido para interpretar sonidos y susurros, respiraciones y pasos.

De nuevo el silencio. De nuevo la espera.

Algunas intentaban convencerse de que no había nada que esperar. ¿Por qué esperábamos? ¿Qué esperábamos y por qué esperar? Sin embargo, no lograban desprenderse de la sensación de la espera y la angustia. El silencio, otro rato largo.

Hasta que oímos pasos en el pasillo, en nuestro pasillo, pasos de botas esta vez, y todas las mujeres están de pie entre las camas, preparadas, cuando aparece el suboficial. Extrae un papel de su bolsillo, pronuncia varios nombres, y las que oyen el suyo se colocan cerca de la puerta, y en sus facciones la inquietud cede paso a la resolución y la rigidez. El alemán pronuncia diecisiete nombres, dobla la lista, sale con las diecisiete mujeres, vuelve a cerrar con llave. El dormitorio se antoja a las otras, que se han quedado de pie en sus puestos, vacío y sonoro, con esa sonoridad característica que se establece en un lugar donde va a pasar algo.

Yo no tenía un marido al otro lado. A mí me habían sacado de la prisión de La Santé cuatro meses antes. Una mañana.

Esperábamos. Esperábamos que volvieran nuestras compañeras para poner nombre a nuestra angustia.

Oímos que regresan. El suboficial las hace entrar, y solo cuando ha echado el cerrojo se esfuman la rigidez y la resolución de sus caras. Sus caras aparecen de pronto desprovistas de toda expresión o convención, con esa desnudez que otorga una súbita iluminación o una verdad atroz.

Las esperábamos. Una suerte de distensión se opera en nosotras, algo cede en nuestro interior cuando vemos que están todas. Esperábamos un relato de los hechos. No, ellas vuelven a sus camas. Cada una se dirige a su sitio sin pronunciar palabra, con los ojos vacíos. Y las otras, que quieren saber, se acercan a la que más unida están de las diecisiete, para interrogarla. Yo me quedo en mi sitio. No me acerco ni a Regina, que me cae bien, ni a Margot. Y ninguna de las que habían salido de La Santé la misma mañana que yo se mueve. Nosotras sabemos.

Ahora, el dormitorio entero es un bisbiseo. Averiguamos algunos detalles.

—Mi marido me ha dado su alianza.

—El comandante les ha anunciado que se irán mañana por la mañana.

—Se los llevan a pasar la noche a las casamatas.

—Han puesto todos sus cigarrillos en común.

—Jean estaba muy pálido, tenía los ojos tan hundidos que me ha dado miedo.

Y oigo que, en un grupito cercano a mi cama, una murmura: «René le ha dicho a Betty que los iban a fusilar, pero que habían acordado no decir nada a las mujeres, hacerles creer que los van a

deportar. Naturalmente, a Betty se lo podía decir. Solo que no se puede difundir».

Entonces, una de nosotras avanza hacia el centro del dormitorio y en voz alta, dirigiéndose a todas, dice:

—Amigas, todavía disponemos de algo de tiempo hasta que apaguen las luces; deberíamos leer unos poemas.

Las más jóvenes disponen los bancos. Todo el mundo toma asiento. Era como la primera comida tras un entierro, cuando alguien prueba a pronunciar de nuevo palabras familiares y logra hablar con los demás de comida y bebida. Pero cuando la recitadora dice: «Pues nada hay que eleve el espíritu / Como haber amado a una persona muerta / Saldrás fortalecido de por vida / Y ya a nadie necesitarás», cada una sabe, merced al alcance de estas palabras, que, a pesar de la mentira de los hombres y la hipocresía del comandante con la ropa para devolver, cada una sabe que ha experimentado inmediatamente la sensación de la muerte, y su certeza. Eran valientes y tiernos, los hombres que amábamos.

Y yo me avergonzaba de haber sido capaz de reprocharles tan breve aplazamiento. Me avergonzaba de no haber querido amarlos. No había querido mirarlos, mirar sus caras, sus ojos, oír sus voces, y ahora ya no era capaz de distinguir a uno de otro. Lloraba de arrepentimiento. Y cuando me hablan hoy de Pierre, que había matado a tres alemanes, o de Raymond, el bajito lisiado por una bala recibida en España, es todo el grupo indistinto y fraternal de los hombres que amábamos lo que asoma a mi memoria.



Yo lo llamaba mi árbol joven  
Era hermoso como un pino  
La primera vez que lo vi  
Su piel era tan suave  
la primera vez que lo abracé  
y todas las demás veces  
tan suave  
que al pensarlo hoy  
es como si no me sintiera la boca  
Yo lo llamaba mi árbol joven  
liso y recto  
cuando lo estrechaba contra mí  
pensaba en el viento  
en un abedul o en un fresno  
Cuando él me estrechaba entre sus brazos  
yo ya no pensaba en nada.



Qué desnudo está  
el que se va  
ojos desnudos  
carne desnuda  
el que se va a la guerra  
Qué desnudo está  
el que se va  
corazón desnudo  
cuerpo desnudo  
el que se va en pos de la muerte.



En el umbral de la prisión  
la mañana de la separación  
un veintiuno de marzo  
Hace el tiempo de los abandonos  
de los brazos desenlazados  
de los labios secos

Hace el tiempo de la estación  
del cielo límpido  
de los junquillos frescos.



Yo lo llamaba  
mi enamorado del mes de mayo  
de los días de su niñez  
tan feliz  
yo lo dejaba  
ser  
cuando nadie miraba  
mi enamorado del mes de mayo  
incluso en diciembre  
niño y tierno  
cuando caminábamos agarrados  
el bosque era todavía  
el bosque de nuestra infancia  
ya no teníamos recuerdos separados  
él besaba mis dedos  
tenían frío  
él pronunciaba las palabras que pronuncian los  
    enamorados del mes de mayo  
yo era la única que las oía  
No escuchamos esas palabras  
Por qué  
Escuchamos el corazón que late  
Creemos que oiremos toda la vida  
esas palabras tiernas  
Hay tantos meses de mayo  
toda la vida  
para dos que se aman.  
Hasta que  
lo fusilaron un mes de mayo



Los envidio  
a quienes dieron a los suyos  
aceptando el sacrificio  
Yo

me rebelé  
apenas si logré  
no chillar delante de él  
Necesitaba todo su valor  
y ya bastante tenía  
un hombre joven  
con dejar a una mujer  
que seguiría viviendo después de él.



Yo no lo entregué  
la muerte me lo arrebató  
y también esa causa  
más fuerte que mi amor.  
Por esa causa  
había que morir  
por mi amor  
había que vivir.  
Creéis que es fácil  
acaso  
ser mujer y no estar celosa  
de otra  
Puedes matarla  
de una idea  
hay que morir también  
Yo no pude morir con él  
Y no he muerto por ello.



Llorar a un héroe  
mejor que amar a un cobarde  
Puede que tengáis razón  
quienes tenéis palabras para todo  
Pero  
había algunos  
ni fuertes ni débiles  
que no llegaron  
ni al sacrificio  
ni a la traición  
Alguna vez he pensado

que él podría haber sido de esos  
y he sentido vergüenza  
Quisiera estar segura  
de haber sentido vergüenza  
Tenéis  
tenéis  
que tener razón.



Me preguntaba  
por quién  
por quién moría él  
por cuál de sus amigos  
Había acaso alguien vivo  
que mereciera la vida de él  
él  
el más querido.  
Espacio, volvió  
de allá donde había estado  
volvió para contarme  
que murió por el pasado  
y por todos los porvenires  
Sentí que me estallaba la garganta  
mis labios quisieron sonreír  
pero era porque volvía a verlo.



No podéis comprender  
quienes no habéis escuchado  
el latido del corazón  
de quien está a punto de morir



También lloré  
porque los dos creímos  
que el amor obraría como talismán  
Era más que perder una creencia  
era como si me reprochase  
no haberlo amado con un amor más grande.



Yo lo amaba  
porque era hermoso  
es un motivo fútil  
Yo lo amaba  
porque él me amaba  
es un motivo egoísta  
Pero  
es por vosotros  
por lo que busco motivos  
para mí no los tenía  
Yo lo amaba como una mujer ama a un hombre  
sin palabras para expresarlo



Murió  
porque una historia de amor  
para ser hermosa  
necesita un final trágico  
La nuestra era magnífica  
Por qué siempre tenéis que salir con la vuestra  
al final  
con vuestros lugares comunes.



De amor y de dolor  
se secó mi corazón  
De dolor y de amor  
se agostó día a día

## La marselesa decapitada

Las jornadas no tenían fin. Jornadas en las que no había nada. El reparto del café a la mañana, de la sopa a las once, del pan a las cinco. Pasábamos el rato siguiendo el dibujo que formaban en la pared los siete barrotes de la ventana, cuya sombra se desplazaba despacio, de una pared a otra. Cuando ya solo quedaban tres o cuatro barrotes a punto de borrarse en el revoque descascarillado del rincón de la izquierda, la jornada había acabado, caía la tarde. Era el momento en que el centinela que daba vueltas y más vueltas en el patio se marchaba, el momento en que la prisión se animaba. De una ventana a otra, de una orilla a otra, empezaban las conversaciones, raudas, antes del relevo nocturno. Cada cual hablaba con una voz conocida, por encima de las otras voces que se entrecruzaban.

Nuestra ventana estaba tan alta —a ras del techo— que para arrimarse a ella había que subir a la estructura de la cama, ponerse de puntillas, atrapar los barrotes con las manos y agarrarse muy fuerte. Las manos dolían, los barrotes se marcaban en rojo en el hueco de las palmas. Nos encaramábamos por turnos para hablar con los presos «de derecho común» del ala contigua, que había permanecido bajo la administración penitenciaria francesa. La mayor parte de La Santé estaba en manos de los alemanes y poblada por presos políticos, que todavía no eran conocidos como «resistentes». Los de «derecho común» trabajaban en varios talleres y volvían a las celdas por la tarde. Ellos también vigilaban la marcha del centinela para hablar con nosotras. Recibían cartas, leían la prensa y nos transmitían las noticias. Cuando se habían enterado de algo importante, silbaban para llamarnos y gritaban: «¡Pst, chicas, ya está! Los ingleses han recuperado Tobruk. ¡Menuda carrera!». A nosotras se nos escapaba el alcance de aquella victoria. La campaña de Libia había arrancado después de que nos detuvieran. Preguntábamos:

—¿Y en Rusia?

—Siguen avanzando.

—¿Quiénes?

—Los Fritz.

Aquella tarde, Lucien y René se retrasaban. Su ventana estaba vacía. Durante todo el día, contando las horas que sonaban con un segundo de intervalo en los relojes del barrio, aguzábamos el oído e intentábamos situar todos los relojes. ¡Cuántos había! Yo había vivido en el barrio, nunca los había oído. No contamos el tiempo cuando somos libres; durante toda la jornada contábamos el tiempo que faltaba para la tarde. La jornada no era más que la espera de la tarde, de noticias.

—Pero ¿dónde se han metido hoy? ¿Qué estarán haciendo?

—A lo mejor están en el calabozo.

—Nos lo habrían dicho sus compañeros.

—Sus compañeros están muy lejos. No se los oye desde aquí.

—Harían señas por la ventana.

—¿Sigues sin verlos?

—No. Nada —respondía la que estaba agarrada a los barrotes a las compañeras de celda que, a su vez, no quitaban ojo a la puerta para estar preparadas en caso de que la vigilante irrumpiera de improviso.

—¿Nada?

Estábamos desesperadas, presas de esa desesperación tonta que hace llorar a un niño cuando no le dan lo que le han prometido.

—¡Ya está, ya estamos aquí! —Lucien, sin aliento, asoma la cabeza entre los barrotes de su celda, en la otra punta del patio.

Nos tranquilizamos enseguida. Y la que está agarrada a nuestra ventana grita:

—¿Por qué habéis vuelto tan tarde? Ya casi no nos queda tiempo.

—Hemos estado faenando. Nos han puesto a instalar la bañera grande.

—¿La bañera grande? ¿Qué es eso?

—El canasto. Para la cabeza. En la guillotina. Mañana pasan a cuatro. Por eso hay que colocar la grande. Los cuatro de la rue de Buci, sabéis, ¿no?

Nosotras no sabíamos.

—Es verdad, no lo sabéis. Ya estabais aquí. Cuatro tipos que alzaron la voz en pleno mercado de la rue de Buci. Una mañana. A la hora del mercado. Con todas las mujeres haciendo cola. Al parecer, uno se subió a un tenderete; llamó a la lucha contra los Fritz. Luego, quiso salir por pies con los tres compañeros que lo protegían. Pero la policía los cogió. Los juzgó un tribunal especial. Todos condenados a muerte. Los ejecutan mañana por la mañana. Aquí, donde los franceses.

Ruido de botas, tintineo de fusil. El centinela nocturno ha debido de entrar en el patio. La cabeza de Lucien se zambulle igual que un títere de teatro de guiñol. De golpe y porrazo, todo se detiene. Oímos los pasos del centinela.

Los cuatro de la rue de Buci. Cuatro de los nuestros. Si supiéramos cómo se llaman... Tal vez los conozcamos.

Aquella noche, ninguna de nosotras durmió. Oímos dar todas las horas. Vimos aclararse el techo, hacerse de día, aparecer la sombra de los primeros barrotes, borrosa, apenas marcada, en la pared.

—Las cuatro. Debe de ser la hora —dice Henriette cuando se extingue la cuarta campanada.

Lejana al principio, porque llega desde un ala situada detrás de la nuestra, luego cada vez más diáfana, estalla «La marselesa», cada vez más diáfana, a medida que los hombres avanzan hacia el centro del patio que debe de encontrarse en el centro de la prisión. Cada vez más alto, y distinguimos las voces, cuatro voces mal armonizadas, todas ellas alcanzando su máximo volumen. Concluida la primera estrofa —tienen que esperar, de pie, junto a la guillotina—, las voces dejan de moverse; retoman la respiración para atacar el estribillo, y las voces se hinchan de nuevo, colmadas, parejas. Pero, tras las dos primeras palabras del estribillo ya solo suenan tres voces, igual de parejas, articulando bien todas las palabras, y luego dos, y luego una sola voz que se afana y se amplía hasta el límite más extremo para, ella sola, hacerse oír en toda la prisión, una sola voz que también es cortada en seco. La cabeza ha caído dejando una palabra a medias. Una palabra que queda suspendida, cortada, en un silencio intolerable. Por un instante solamente, pues el canto se eleva de nuevo, reanudado por los presos políticos que cantan desde lo más profundo de sus celdas.

Fue en el verano de 1942.

«[...] La semana pasada, el nuevo gobierno llevó a cabo una acción de similar incoherencia, seguida por muchas otras: la ejecución en el patio de la siniestra fortaleza de Montluc, en Lyon, del patriota argelino Abderraman Laklifi, quien fue decapitado el sábado al alba, acompañado hasta el cadalso por el cántico de todos sus compañeros, tras los barrotes de sus celdas.»  
(*L'Express*, 4 de agosto de 1960.)



## LA MAÑANA DE LA LLEGADA

El infierno había vomitado a todos  
sus condenados  
eran ellos quienes nos recibían  
y enseguida  
entendimos  
por qué no nos hacían fiestas  
Añoraban los tormentos del infierno  
y nos veían llegar  
a los que veníamos de la tierra  
como personas que saben  
y pueden diferenciar  
y enseguida  
íbamos a saber también  
y a querer olvidar la vida.



En el infierno  
no ves morir a tus compañeros  
en el infierno  
la muerte no es una amenaza  
en el infierno  
dejas de tener hambre y sed  
en el infierno  
dejas de esperar  
en el infierno  
no hay ya esperanza  
y la esperanza es de angustia  
en el corazón del que se retira la sangre.  
Por qué decís que el infierno  
es esto.



A YVONNE BLECH

Estábamos ebrias de Apollinaire  
y de Claudel  
¿recuerdas?  
Es el inicio de un poema  
que yo quería recordar  
para recitártelo.  
He olvidado todas las palabras  
mi memoria se ha extraviado  
en las ruinas de los días pasados  
mi memoria ya no está  
y nuestra antigua embriaguez  
Apollinaire y Claudel  
mueren aquí con nosotras.



#### GRACIAS A LAS DEMÁS

Un fantasma bailarín del alambre  
que entrenaba por las noches  
sobre los cables del telégrafo  
No sabía que yo lo veía  
Bailaba  
Se había vestido de fantasma  
y sin embargo  
nadie lo veía.  
Yo no habría aguantado  
si nadie me hubiera visto,  
si no hubierais estado ahí.



Morir no tiene importancia  
en definitiva  
cuando se hace dignamente  
pero  
en la diarrea  
en el fango  
en la sangre  
y que dure  
que dure tanto



Un romance tonto  
una noche de verano  
La vida el pasado  
que añoramos  
No  
Aquí hemos desaprendido a añorar



He visto a hombres combatir  
y por fin he podido pensar en él  
él, muerto  
un día en que todavía era hermoso  
muerto en pie  
de muerte elegida.



Cuando vi lo que vi  
sufrir  
como vi sufrir  
morir  
como vi morir  
supe que nada  
nada era demasiado en esta lucha.



Ese punto en el mapa  
esa mancha negra en el centro de Europa  
esa mancha roja  
esa mancha de fuego esa mancha de hollín  
esa mancha de sangre esa mancha de ceniza  
para millones  
un lugar sin nombre.  
De todos los países de Europa  
de todos los puntos del horizonte  
convergían los trenes  
hacia lo in-nominado  
cargados con millones de criaturas  
que eran arrojadas allí sin saber dónde  
estaban arrojadas con sus vidas

con sus recuerdos  
con sus achaques  
y su gran asombro  
con su mirada que interrogaba  
y que no vio más que fuego,  
que ardieron allí sin saber dónde estaban.  
Hoy se sabe  
Desde hace unos años se sabe  
Se sabe que ese punto en el mapa  
es Auschwitz  
Eso se sabe  
Y lo demás se cree saberlo.

## Esther

Yo estaba ya acostada cuando una vecina me hace señas:

—Preguntan por ti.

—¿Quién?

—Una niña. En la puerta.

Salgo. Hay una muchacha esperando, pero no parece conocerme. Yo no la conozco. Miro a mi alrededor. La calle de nieve sucia que separa los bloques está vacía. La muchacha está sola. La miro. Una judía. Va vestida de calle. Me mira, da un paso hacia mí y dice en alemán:

—¿Tú eres C.?

—Sí. Soy yo.

—Me llamo Esther. Sé que eres una camarada.

Se aviva mi desconfianza.

—¿Cómo lo sabes?

—Ya te lo contaré. Escúchame. No tenemos mucho tiempo. Pronto sonará el toque de queda.

—Y después del toque de queda las atalayas disparan a todo lo que se mueva en el campo—. Soy judía, de Bielorrusia.

La miro. Es bajita, rechoncha, tiene las mejillas brillantes como manzanas. Veinte años, quizá menos. El pelo está recién rapado donde termina el pañuelo. A las judías les rapan la cabeza todos los meses; a las demás, solo a la llegada, salvo en caso de accidente. Está limpia, bien vestida. Comprende mi mirada, se disculpa:

—Trabajo en Effekts.

Es el comando que clasifica, ordena e inventaría lo que contienen las maletas de los judíos, que estos dejan en el andén a su llegada a Auschwitz. El comando de Effekts está compuesto por judías seleccionadas entre las que ingresan en el campo. Las más jóvenes y las más fuertes de cada convoy son escogidas para trabajar. Van al campo. Las demás van a la cámara de gas. Las chicas de Effekts van bien vestidas porque se quedan con algunas de las prendas que manipulan. (Son judías, y las judías, en el campo, no llevan el uniforme de rayas. Llevan ropa de calle con una cruz grande de minio en la espalda. Por lo tanto, las de Effekts no tienen más que marcar así la prenda que se enfundan en lugar de la suya.) No están flacas porque venden a las otras prisioneras unas bragas o un jersey a cambio del mendrugo de pan o la porción de margarina que constituyen la cena. Están aseadas porque se cambian de ropa y se lavan en su lugar de trabajo, donde tienen agua corriente. Y los SS exigen que vayan limpias, pues se encargan de ordenar las pertenencias que serán distribuidas por el Socorro de Invierno a los civiles alemanes damnificados. Nosotras, en cambio, jamás tenemos ropa de repuesto. Nunca nos aseamos. Salvo las privilegiadas de Effekts, que son unas pocas decenas de mujeres, salvo la aristocracia del campo —jefas y subjefas de bloque, policías y condenadas alemanas de derecho común—, nadie se asea jamás.

Miro a Esther, su pañuelo blanco. Miro sus dientes, que iluminan su rostro. Digo:

—Tienes unos dientes muy bonitos.

—Precisamente, he venido a ayudarte. ¿Qué necesitas?

¿Que qué necesito? ¿Qué responder a eso?

—Sí. Necesitas de todo, ¿verdad? Volveré mañana. ¡Adiós!

A la misma hora, al día siguiente, vuelve. Se saca de la blusa un tubo de pasta de dientes, un cepillo nuevo envuelto en papel transparente.

—Lávate los dientes con un poco del té de la mañana.

Una camisa de punto rosa.

—Cuando esté sucia, la tiras; te daré otra. Es lo único que he podido coger hoy. Te traeré más cosas mañana. Un camisón para que no duermas más vestida.

Miro los objetos que me ha puesto en las manos. El mango del cepillo de dientes tiene grabados unos signos desconocidos. El tubo de pasta también tiene impresos unos signos desconocidos. Los últimos convoyes procedían de Grecia.

Me siento incómoda. ¿Dónde voy a guardar esto? No tengo bolsillos. Si lo dejo debajo de mi manta, habrá desaparecido cuando regrese de trabajar por la tarde. Miro el cepillo de dientes, el tubo nuevo, la camisa limpia. Objetos que necesito, que son superfluos. Forman parte de una vida abolida. La vida donde una se lava los dientes. Y ¿cómo compartir? Lo compartimos todo. Pero Esther acecha el placer en mi semblante.

—Gracias, Esther. Eres muy amable.

—Si una tarde vuelvo más temprano y no estás demasiado cansada, podríamos charlar un rato.

Me estrecha la mano y se aleja. Se gira para sonreírme con sus dientes limpios, feliz del placer que me ha proporcionado.

¿Quién era Esther? Nunca más volví a verla. El comando de Effekts sufría registros a menudo, y las que no habían conseguido esconder sus hurtos eran enviadas a la columna disciplinaria o a la cámara de gas. Según el estado de ánimo del SS. Me enteré de que era de Grodno.

## Beber

Después del recuento, las hileras se transformaban en columnas para ir a trabajar. En filas de cinco, nos bastaba con dar media vuelta sin movernos del sitio para estar preparadas frente al portón, listas para partir. Pero las cosas no iban tan rápido. Todavía había que esperar, marcar el paso. Las kapos se afanaban para formar sus comandos. Nos contaban de cinco en cinco y, al llegar a cien, partían la columna. Cada kapo cortaba su loncha de mano de obra. Así fue como, esa mañana, el corte se hizo en medio de nuestro grupo, y unas trabajaron en una demolición mientras las otras iban a otro lugar. Por la tarde, cuando el recuento nos reunió, Carmen me dijo: «Mañana volvemos. Me he fijado bien en la kapo, la reconoceré. Tú no te separes de nosotras. Presta atención para no quedarte fuera del corte. Hay agua».

Yo tenía sed desde hacía días y días, una sed de perder la razón, una sed de no poder comer, porque no me quedaba saliva en la boca, una sed de no poder hablar, porque no se puede hablar cuando no te queda saliva en la boca. Tenía los labios rajados, las encías hinchadas, la lengua como un pedazo de madera. Las encías hinchadas y la lengua hinchada me impedían cerrar la boca, y yo dejaba la boca abierta, como una enajenada, con las pupilas dilatadas, como una enajenada, los ojos despavoridos. O eso fue lo que me dijeron las demás, después. Creían que me había vuelto loca. Yo no oía nada, yo no veía nada. Creían incluso que me había quedado ciega. Tardé mucho en explicarles, más tarde, que no estaba ciega, sino que no veía nada. Todos mis sentidos estaban anulados por la sed.

Carmen, con la esperanza de percibir un resplandor de inteligencia en mi mirada, me lo repitió varias veces: «Hay agua. Mañana podrás beber».

La noche fue interminable. Era atroz, qué sed pasaba por las noches; todavía me pregunto cómo pude llegar al final de aquella noche.

Por la mañana, agarrada a mis compañeras, muda aún, azorada, perdida, me dejé guiar: eran sobre todo ellas las que velaban por no perderme, pues por mi parte no había ya el menor reflejo, y sin ellas habría tropezado lo mismo con un SS que con una pila de ladrillos, o no me habría puesto en fila, y habría conseguido que me mataran. Solo la idea del agua me mantenía despierta. La buscaba por todas partes. La visión de un charco, de un reguero de fango un poco líquido, me hacía perder la cabeza, y ellas me retenían, porque yo quería abalanzarme sobre el charco o sobre el reguero de fango. Me habría abalanzado incluso sobre las fauces de los perros.

El camino era largo. Me parecía que no llegaríamos nunca. No pedía nada, porque no era capaz de hablar. Hacía mucho que ya ni siquiera intentaba formar palabras con los labios. Seguramente, mis ojos interrogaban con ansiedad; ellas me tranquilizaban sin cesar. «No tengas miedo. Estamos en el comando correcto. Hay agua, de verdad. Créenos.»

Por fin llegamos. Era un vivero. «Plantamos árboles. Árboles pequeños. Cuando están plantados, los regamos. Les echamos una regadera entera de agua a cada uno», explicaban las que habían estado la víspera. En efecto, había una hilera de regaderas, cerca de un pozo. Quise precipitarme de inmediato, salirme de la fila. Viva me agarró de un brazo con firmeza. «Espérate a

que la kapo termine de contar.» Una vez terminado el recuento, la kapo repartió los equipos. Ni yo ni ninguna de mis compañeras fuimos asignadas a las regaderas. Nosotras teníamos que mover arbustos y colocarlos junto a los hombres que plantaban. Yo estaba desesperada. Mientras todas se volcaban en consolarme, Carmen se hacía cargo de la situación. «Escúchame. Quédate tranquila cerca de Lulu. Pórtate bien, estate tranquila.» Me hablaba como a una enferma, despacio. «Trabaja. Toma, coge esto.» Me ponía en la mano, como una rama, un arbusto de tallo frágil. «El que saca el agua del pozo es polaco. Lo he reconocido, es el mismo de ayer. Él es el que llena las regaderas. Nosotras hemos traído un pan entero, ¿entiendes? Le pediré que, a cambio del pan, nos ponga agua ahí, detrás del grupo de árboles. Tú no te muevas. En cuanto esté todo listo, te haré una señal. No, no te muevas. Ahora vengo. Vuelvo enseguida.» Por suerte, no nos encontrábamos en un lugar llano y pelado. Había recovecos y recodos, aquí un cobertizo para herramientas, allá un tinglado de madera, de suerte que no estábamos siempre bajo la mirada de las kapos y los SS. Sostenida por Viva, rodeada y oculta por las demás, yo fingía trabajar. Iba y venía con ellas, con un arbusto en la mano, sin fuerzas para agacharme y dejar el arbusto junto a un surco donde un polaco lo cogía para plantarlo. Apenas me tenía en pie, no sabía lo que hacía. Creo incluso que había dejado de experimentar la sensación de sed. Inconsciente, aturdida, no sentía, no percibía ya nada.

Carmen volvió. Viva y ella, tras asegurarse de que teníamos vía libre, me agarraron cada una por un brazo y me llevaron a un rincón formado por un pedazo de muro y el montón de arbustos que debíamos transportar. «*Voilà!*», exclamó Carmen, enseñándome el cubo con agua. Era un cubo de zinc, de los que se usan en el campo para extraer agua de los pozos. Un cubo grande. Estaba lleno. Solté a Carmen y a Viva y me tiré sobre el cubo de agua. Me tiré, literalmente. Me arrodillé junto al cubo y bebí como bebe un caballo, metiendo la nariz en el agua, metiendo la cara entera. No sabría decir si el agua estaba fría —debía de estarlo, recién sacada, estábamos a primeros de marzo—, yo no sentía ni el frío ni la humedad en mi rostro. Bebía, bebía hasta quedarme sin respiración, y me veía obligada a sacar las fosas nasales del agua de vez en cuando para tomar aire. Lo hacía sin parar de beber. Bebía sin pensar en nada, sin pensar en el riesgo de tener que parar, de ser golpeada si aparecía una kapo. Bebía. Carmen, que vigilaba, dijo: «Ya está bien». Me había bebido la mitad del cubo. Hice una pequeña pausa, sin soltar el cubo, abrazándolo. «Ven», me dijo Carmen, «ya está bien.» Sin responder —habría podido hacer un ademán, un movimiento—, sin moverme, volví a sumergir la cabeza en el cubo. Bebí y bebí. Como un caballo, como un perro. Un perro lame con lengua ágil. Forma una cuchara ahuecando la lengua para transportar el líquido. Un caballo bebe. El agua disminuía. Incliné el cubo para apurar el fondo. Casi tumbada en el suelo, succioné hasta la última gota, sin derramar ni una sola. Aún habría querido lamer el borde del cubo. Tenía la lengua demasiado rígida. Demasiado rígida también para lamerme los labios. Con una mano me sequé la cara, y me sequé la mano en los labios. «Esta vez va en serio», dijo Carmen, «el polaco está reclamando el cubo», y al mismo tiempo hacía señas a alguien detrás de ella. Yo no quería desprenderme de mi cubo. No podía moverme, de lo que me pesaba la tripa. Parecía algo independiente, un peso o un fardo que hubiesen enganchado a mi esqueleto. Estaba muy delgada. Hacía días y días que no me comía la ración de pan, porque no quería tragar nada, sin saliva en la boca, días y días que no podía tomarme la sopa, ni siquiera cuando estaba muy aguada, porque la sopa estaba salada y era como fuego sobre las llagas que me



sangraban en la boca. Había bebido. Ya no tenía sed, y sin embargo no estaba del todo segura. Me lo había bebido todo, todo el cubo de agua. Sí, como un caballo.

Carmen llamó a Viva. Ellas me ayudaron a levantarme. Mi vientre estaba enorme. Y, de repente, sentí que la vida regresaba a mí. Era como si recuperase la conciencia de la sangre que circulaba, de los pulmones que respiraban, del corazón que latía. Estaba viva. La saliva volvía a mi boca. La quemazón de los párpados amainaba. Los ojos escuecen cuando las glándulas lacrimales están reseca. Mis oídos oían de nuevo. Vivía.

Viva me llevó con las demás mientras Carmen devolvía el cubo. A medida que mi boca se humedecía de nuevo, iba recuperando la vista. La cabeza se me aligeraba. Podía sostenerla derecha. Veía a Lulu, que me miraba con inquietud, que miraba mi vientre enorme, y oía que le decía a Viva: «Quizá no tendríais que haberla dejado beber tanto». Sentía que se formaba saliva en mi boca. Sentía que recuperaba la palabra. Mover los labios seguía siendo difícil. Al fin pude decir, con una voz que era extraña porque mi lengua me entorpecía aún, porque a duras penas recobraba la flexibilidad, al fin pude decir: «Ya no tengo sed». «¿Estaba buena el agua, al menos?», preguntó alguien. No respondí. No había percibido el sabor del agua. Había bebido, sin más.

—Intentaremos volver mañana —dijo Lulu.

—Tendremos que guardar pan esta noche —añadió Cécile.

Al día siguiente, desorientadas por los empujones que sucedían al recuento, no conseguimos deslizarnos en el comando del vivero. Ya no tenía importancia. Estaba curada.

Hay personas que dicen: «Tengo sed». Entran en un café y piden una cerveza.

Yvonne Picard murió  
tenía unos pechos preciosos.  
Yvonne Blech murió  
tenía los ojos almendrados  
y unas manos muy expresivas.  
Mounette murió  
tenía un cutis precioso  
una boca muy golosa  
y una risa argéntea.  
Aurore murió  
tenía los ojos color malva.

Tanta belleza tanta juventud  
tanto ardor tantas promesas...  
Todas un valor de tiempos romanos.

E Yvette también murió  
no era ni guapa ni nada  
y valiente como ella sola.

Y tú, Viva,  
y yo, Charlotte  
dentro de poco moriremos  
nosotras, que ya nada bueno poseemos.

## El riachuelo

Es curioso, no recuerdo nada de aquel día. Nada salvo el riachuelo. Como los días eran todos iguales, de una monotonía solo rota por los grandes castigos, por los grandes recuentos, como los días eran todos iguales, es seguro que hubo recuento, que después del recuento se formaron las columnas de trabajo, que estuve atenta para entrar en la misma columna que las de mi grupo, que luego, tras una larga espera, la columna franqueó el portón y que los SS de la garita contaron las filas al pasar. Pero ¿y después? La columna ¿giró a la derecha o a la izquierda? ¿A la derecha, hacia las ciénagas, o a la izquierda, hacia las demoliciones o los silos? ¿Cuánto rato caminamos? No lo sé. Y ¿qué trabajo estuvimos haciendo? Tampoco lo sé. Me acuerdo de la jefa de columna porque su recuerdo está estrechamente relacionado con el riachuelo. Era una política alemana, que chillaba sin recuperar jamás el aliento. Lo que podía llegar a chillar esa mujer... Chillaba sin motivo aparente, chillaba agitándose, agitando la cabeza, las manos, el bastón, y golpeaba a diestro y siniestro, hasta que dejaba de agitarse, pero sin dejar de chillar —órdenes incomprensibles e inejecutables—, y nos ordenaba que cantáramos mientras caminábamos. Se decía que era una antigua socialista y que había llegado a Birkenau tras haber pasado por todos los campos y todos los presidios desde el ascenso al poder de Hitler, que llevaba siete u ocho años encarcelada. Suficiente para volverse loca. Tal vez se hubiera acostumbrado a gritar para dar el pego y estar a la altura de su rango de kapo. Cuando agitaba el bastón, las más de las veces erraba el golpe; en cualquier caso, dejaba tiempo suficiente para esquivarlo. Realmente no soy capaz de recordar qué trabajo hicimos aquel día. Solo me acuerdo del riachuelo. Su recuerdo ha eliminado todas las demás impresiones de aquel día. Para reconstruir los hechos, tengo que esforzarme en reflexionar.

Como estábamos a primeros de abril —lo sé gracias a un cálculo: fue sesenta y siete días después de nuestra llegada, y llegamos el 27 de enero—, setenta de las nuestras seguían aún con vida. Esto se corresponde también a unas cuentas que hice por aquel entonces, y mi memoria está muy segura de ello. Pero no debíamos de ser setenta en el riachuelo aquel día porque, de las supervivientes, la mayoría estaban en el revir por culpa del tifus. Yvonne Picard ya había muerto, Yvonne Blech también, Viva todavía no; ella murió en julio. Yo estaba, pues, con mi grupito: Viva, Carmen, Lulu, Mado. Ellas también ingresaron en el revir cuando tuvieron el tifus, pero más tarde. En abril, estábamos las cinco en el campo. Íbamos siempre juntas a trabajar. Estábamos siempre juntas durante el recuento, caminábamos siempre cogidas del brazo, las cinco. Por lo tanto, es seguro que aquel día yo estaba con ellas. A pesar de que las veo con claridad en todos los lugares donde trabajamos, no las veo en absoluto a mi lado el día del riachuelo. A pesar de que veo sus gestos cuando layábamos en las ciénagas, cuando cavábamos una zanja, cuando transportábamos terrones helados y fangosos sobre esas angarillas que llamábamos «tragues», cuando trasladábamos ladrillos o cuando empujábamos vagonetas cargadas de arena, cuando quitábamos escombros de las casas demolidas, no veo nada de ellas aquel día. No tengo la menor idea del trabajo que teníamos que llevar a cabo cerca de aquel riachuelo. Solo veo el riachuelo. En mi

recuerdo, por mucho que insto a mi memoria, solo estamos el riachuelo y yo. Lo cual es falso, completamente falso. Nunca nadie estuvo a solas en ese lugar salvo que se encontrara en aislamiento, y no conozco a nadie a quien encerraran allí. Nadie de entre nosotras, quiero decir.

Simplemente porque no pudo ser de otro modo, la columna conducida por la kapo alemana medio loca llegó al lugar de trabajo. La kapo contó la columna —ciertamente, pues se hacía siempre— y cogimos las herramientas. Pero ¿cuáles y para hacer qué? Nos pusimos manos a la obra. ¿Con layas? ¿Con palas, o con las manos vacías, para los raíles y los ladrillos? No recuerdo más que la luz de aquel día, porque el recuerdo de esa luz está asociado al del riachuelo. Hubo —siempre era así— un toque de silbato para el descanso de mediodía, la fila y la cola ante los bidones de sopa: ¿nos tomamos la sopa de pie o sentadas? No lo sé. Sentadas, tal vez, porque hacía bueno. Pero ¿sentadas sobre qué? Si hubiéramos trabajado en una obra de demolición, habríamos encontrado puertas viejas o tablas viejas para sentarnos. Hacía bueno, pero no calor suficiente para sentarse en la hierba. Es más: ¿había hierba? Probablemente, porque estábamos cerca de un riachuelo. Debíamos de estar, por lo tanto, en un campo. Después de la sopa —en este punto mi recuerdo es muy preciso—, la kapo gritó: «Ahora, si queréis, podéis ir a lavaros al riachuelo». De esto estoy segura. Sin embargo, no veo con quién me dirigí hacia el riachuelo. Y es imposible que fuera sola. ¿Con quién estaba? En verdad, lo ignoro. Siempre permanecíamos al menos en parejas, parejas que no se separaban jamás. Sin lugar a dudas, fuimos las cinco juntas, y charlando, siempre estábamos charlando. No veo a las demás, no veo a Viva, que siempre me ayudaba a caminar. Me recuerdo bajando sola hasta la ribera del riachuelo. Era abril. Y podría decir la fecha exacta, porque fue al sexagésimo séptimo día de nuestra llegada, y nos habíamos tomado muchas molestias para contar los días a partir de la llegada, que fue el miércoles 27 de enero, para tratar al menos de recordar las fechas. ¿Las fechas? ¿Qué fechas? Y ¿qué importancia tenía que fuese viernes o sábado, el aniversario de esto o de lo otro? Las fechas que había que recordar eran la muerte de Yvonne o la muerte de Suzanne, la muerte de Rosette o la de Marcelle. Queríamos estar en condiciones de declarar: «Fulanita murió el...» cuando nos lo preguntaran, si algún día volvíamos. De ahí que lleváramos una cuenta escrupulosa de los días. Se producían largas discusiones entre nosotras cuando no nos poníamos de acuerdo con las cuentas. Pero me parece que las cuentas eran acertadas. Hacíamos comprobaciones constantemente: «No, lo de los perros fue anteayer, no ayer». Los domingos, las columnas no salían del campo. Esto nos proporcionaba un punto de referencia y permitía restablecer la cuenta cuando habíamos perdido el hilo de los días.

Llegué al borde del riachuelo. No hacía mucho que su agua había recuperado el movimiento. Creo incluso que era la primera vez que veíamos el agua de aquel riachuelo. Sin duda, había estado congelado hasta entonces y por eso no le habíamos prestado atención. De lo contrario, durante todas las semanas en las que tuve tanta sed, yo lo habría visto. Corría sobre guijarros, entre dos riberas herbosas. Sí, ahora me acuerdo de la hierba. De la mala hierba, aquí y allá, un arbusto cuyos brotes habían estallado.

Lo que me extraña, cuando lo pienso ahora, es que el aire era liviano, límpido, pero que no se olía absolutamente nada. Por lo tanto, debíamos de estar bastante lejos de los crematorios. O bien el viento soplaba en otra dirección aquel día. De todos modos, el olor de los crematorios ya no lo percibíamos. Sí, lo que me extraña es que el aire no transportara el más mínimo olor a primavera. Sin embargo, los brotes, la hierba, el agua, todo eso debía de oler a algo. No, ningún

olor en mi recuerdo. Cierto es que tampoco recuerdo mi olor cuando me arremangué el vestido. Lo que viene a demostrar que mis fosas nasales estaban obstruidas por nuestro propio hedor y que ya no percibían absolutamente nada.

Bajé con precaución a la ribera del riachuelo y medité de qué manera ejecutar, ajustar y coordinar mis gestos, con el fin de no perder un segundo. El descanso era breve y había que sacarle el máximo partido. La margen no era resbaladiza, pero no quería arriesgarme a mojarme los zapatos, hacía realmente poco tiempo que se habían secado por primera vez. Lo que significa que aquel riachuelo no estaba en la ciénaga, pues la ciénaga, en abril, se había deshelado y no era más que un barrizal. Por lo demás, me acuerdo muy bien de la hierba, ahora, y en la ciénaga no había hierba.

Calculé que podría lavarme la cara con los pies en el agua, lo que adelantaría el posterior lavado de pies. De modo que me senté en la hierba del talud y me quité los zapatos, que dejé bajo la chaqueta, por precaución. Eso significa que ni Viva ni ninguna otra de mi grupo estaba conmigo, pues habríamos puesto juntos los zapatos. Me había quitado la chaqueta, el pañuelo —para lavarme la cara y las orejas—, pero ni se me pasó por la cabeza deshacerme del vestido para lavarme el cuello y los brazos. Había luz, incluso sol, pero no hacía calor. Tras acomodar zapatos, chaqueta y pañuelo, me quité las medias. No me las había quitado desde la llegada, sesenta y siete días atrás. Me las quité dándoles la vuelta. En la punta del pie noté cierta resistencia. Las medias estaban pegadas. Tiré con más fuerza y las medias salieron, del revés, con un extraño dibujo en la punta. Miré el dibujo, que era realmente curioso. Me miré los pies. Estaban negros de mugre, y, en la punta, de un negro muy particular, más bien morado, había pegotes secos en los dedos; mis dedos estaban extrañamente disfrazados. Salvo los dos dedos gordos, todos habían perdido las uñas, y eran las uñas, desprendidas y pegadas a las medias, las que creaban el curioso dibujo. Naturalmente, no había tiempo para meditar acerca de aquel detalle. No había tiempo que perder si quería asearme. Más tarde comprendí que debían de haberseme congelado los dedos de los pies. O bien fueron las demás quienes me dieron la explicación cuando compartí mi asombro con ellas. Os aseguro que ver las uñas de tus pies incrustadas en unas medias resulta asombroso.

Veamos: la cara, los pies, las piernas. También habría que lavarse el trasero. Me quité las bragas y las dejé encima del montón formado por la chaqueta, el pañuelo y los zapatos. Las bragas debían de apestar. También era la primera vez que me las quitaba en sesenta y siete días. Pero no, lo cierto es que yo no olí nada. El olfato es todo un misterio. Tiempo después de volver a casa, seguía dándome al menos dos baños cada día —una auténtica manía— frotándome con un jabón bueno; hacía semanas que había vuelto a casa, pero yo seguía percibiendo en mi piel el olor del campo, un olor a purín y a carroña. Y aquel día, junto al riachuelo, me quité las bragas tiesas por la diarrea seca —si creéis que había papel o cualquier otra cosa, antes de que la hierba volviera a crecer...— y el olor no me repugnó.

Bajé al agua. Estaba tan fría que me cortó el resuello. Me llegaba apenas a los tobillos, pero resultaba sorprendente el contacto del agua sobre la piel.

Y ahora, ¿por dónde empiezo? ¿La cara o el trasero? Rápido, cogiendo agua a manos llenas, inclinándome bien para no mojarme el vestido, del que me había desabotonado el cuello, me eché agua en la cara. Primero despacio, porque la sensación del agua en el rostro era tan nueva, tan maravillosa, pero enseguida rectificué. No había tiempo que perder, y me puse a frotar

vigorosamente, sobre todo detrás de las orejas. ¿Por qué las madres insisten tanto en las orejas? No se ensucian más que otras partes del cuerpo.

¿En qué pensaba yo mientras trataba de limpiar mi piel por partes? ¿En la última ducha que me había dado, el día de la llegada? Después de raparnos, nos hicieron pasar por la ducha. Yo todavía tenía mi jabón y mi toalla de rizo. El resto habíamos tenido que dejarlo en las maletas, a la entrada del barracón. Cuando nos ordenaron que nos desnudáramos del todo, que pusiéramos todas nuestras cosas en las maletas sin guardarnos nada, yo vacié sobre mi cuello un frasquito de perfume que una amiga me había metido de extranjis en un paquete, uno de los últimos paquetes que había recibido antes de la partida. Hasta aquel momento yo me había racionado el perfume, hasta el punto de conformarme a veces con abrir el tapón y aspirar su aroma, de noche, antes de dormir. Desnuda en medio de las demás, miré con ternura el frasquito —Orgueil, de Lelong; bonito nombre para un perfume, «orgullo», en un día así—, y vertí despacio todo el Orgueil entre mis pechos. Luego, bajo la ducha, tuve cuidado de no enjabonar la zona del perfume, para conservar su rastro. No creo que aguantara mucho aquel rastro oloroso. Es cierto que, como acabo de decir, se nos ofuscó el olfato muy rápido. Yo me había propuesto lavarme cuidadosamente, pero una kapo gritó para acelerar los movimientos y el agua se cortó. Entré en la cámara de vapor donde estaban ya Viva, Yvonne y las demás, enjuagada solo a medias. Se echaron a reír. La última risa que resonó entre nosotras. «¡Qué bien hueles!», dijo una. «Deja que me siente a tu lado un momento. Ya no inhalaremos más aromas agradables.» Debía de ser de la zona de Tours, se expresaba muy bien. «Inhalaremos», esa palabra se me quedó grabada en la memoria, junto con la voz de quien la pronunció, pero ya no recuerdo quién fue, ni vuelvo a ver su cara.

De modo que aquel día, en el riachuelo, debí de pensar en esa última ducha, y quizá también en el placer que proporciona sumergirse en un agua tibia y amable. O bien en todas las que habían muerto desde nuestra llegada sin haberse echado agua en la cara. Pero todo esto no es más que un recuerdo añadido. Yo no pensaba en nada, en nada más que en el riachuelo, y toda mi reflexión se concentraba en lo que tenía que hacer para asearme, para quitarme la mayor suciedad posible en el menor tiempo posible. Frotaba con rapidez y firmeza, por suerte sin forma de comprobar el resultado, lo que me habría desanimado. La cara ya está bien, el tiempo pasa. Fue la única vez, allá abajo, en la que me habría gustado estirar un poco el tiempo. Había que considerar que la cara ya estaba bien. Entonces me arremangué el vestido y lo enrollé alrededor de la cintura, reteniéndolo con los codos, para acucillarme por encima del agua. Empezaba a tener frío en los pies, e intentaba frotarlos contra el fondo de cascajos. Enseguida renuncié, pues me hacía perder el equilibrio. Con el vestido subido, palpé apenas con las yemas de los dedos cómo los huesos se me marcaban en las caderas, de lo mucho que había adelgazado. Tenía demasiada prisa para detenerme en eso. Volví a coger agua ahuecando las palmas de las manos y empecé a frotar. Los pelos del pubis, que me habían afeitado al llegar, habían vuelto a crecer. Estaban pegados por la diarrea, y me costaba mucho desenredarlos. Si hubiera podido devolverles su largura y su rizo, habría experimentado una verdadera sensación de limpieza, pero habría tenido que tenerlos a remojo durante horas. Yo frotaba, frotaba hasta arañarme, sin conseguir lo que me proponía. Era repugnante. ¡Y qué fría estaba el agua! Me congelaba el vientre. Era el momento de atacar otra parte. Por lo demás, yo no veía lo que frotaba; lo que sí veía eran mis muslos y mis piernas, mis pies, negros de mugre. Mis pies, en la transparencia del agua donde llevaban un buen rato sumergidos, no habían, sin embargo, cambiado de color.

Para la cara, para el trasero, había pensado en coger un puñado de arena a guisa de jabón, pero no me había decidido. En los muslos y en las piernas, en cambio, la piel es más recia. Con la mano llena de tierra mojada, empecé a frotar el muslo derecho, por encima de la rodilla. La piel se aclaraba un poco, se enrojecía. Sí, en verdad me parecía que se aclaraba. Frotaba con toda mi energía, sobre todo la rodilla. Tuve que frotar otra zona cuando vi perlarse unas gotitas de sangre. Frotaba con demasiada fuerza y la arena era demasiado gruesa. Iba a ponerme con la otra rodilla cuando la kapo tocó el silbato. ¡En filas! El descanso había terminado. Rápidamente me puse de nuevo las bragas, me sequé los pies en la hierba, me calcé las medias y las uñas, los zapatos. Agarré la chaqueta y el pañuelo para unirme a las filas. Es decir, así debió de pasar, pues no me acuerdo de nada en absoluto. Solo me acuerdo del riachuelo.

Es la última vez que veré a Viva. Tengo un conocimiento tan preciso de la muerte que podría asegurar a qué hora morirá Viva. Antes de mañana por la mañana.

Es la última vez que vendré a visitar a Viva al revir de Birkenau. Si no fuera por Viva, no tendría arrestos de volver a este lugar.

Es la última vez que veré a Viva.

Sin sus rizos, no la habría reconocido. ¡Cómo le ha crecido el pelo! Cuánto tiempo habrá sufrido, Viva.

Está ahí, ya sin vida, sobre las tablas desnudas. Las tablas apestosas que han dejado a flor de piel el hueso, en la punta del hombro. Tenía unos hombros muy bonitos, Viva.

Sin su pelo, no la habría reconocido. La piel pegada a los maxilares, la piel pegada a las órbitas, la piel pegada a los pómulos. Viva tiene la muerte en la cara. La muerte afina la piel. La afina y la tensa, y le otorga una extraña transparencia.

Digo en voz baja: «Viva». Viva ya no me oye, ya no me ve. Le cojo la mano sin que nada en ella responda, ni el menor estremecimiento. Tiene la mano fría. La muerte ya se ha apoderado de su mano. Su pulso late lejos, muy lejos. La muerte subirá de la mano a los ojos. De aquí a mañana por la mañana.

Mañana por la mañana, por delante de las filas del recuento, Viva pasará en la camillita, con los pies por fuera y la cabeza colgando entre las varas de la camillita. Y puede que una de las que estén de pie en las filas del recuento, a sabiendas de que su turno para ir sobre la camillita está ya escrito, puede que una de ellas diga al ver los hermosos rizos negros de Viva: «Esa ha aguantado mucho tiempo». Un invierno entero, una primavera entera.

Sí, habrá luchado mucho tiempo, Viva. Me habrá ayudado mucho tiempo.

Es la última vez que veré a Viva.

Ni una lágrima derramé. Hace mucho mucho tiempo que no me quedan lágrimas.



## Lily

—¿Lily no está? ¿Dónde está Lily? —preguntaban las que habían pasado la mañana en los campos.

Las otras les hacían gestos para que bajaran la voz, señalando a Eva.

—Han venido a buscarla al laboratorio.

—Una pareja.

—¿Le cogemos la sopa igualmente?

—Ya se ha encargado su prima.

Eva estaba sentada. Comía. No miraba nada. Y nosotras no la mirábamos a ella. A su lado, el sitio de Lily estaba vacío. El taburete, la madera desnuda de la mesa, la escudilla con la sopa que se enfriaba. La ración de Lily. Nadie miraba la sopa ya espesa en la escudilla. Nadie miraba a Eva, que comía pausadamente, quizá con más calma que de costumbre.

Todo el mundo había terminado de comer. Estábamos recogiendo. En la mesa de Lily y de Eva, la que recogía las escudillas se saltó el sitio de Lily y dejó allí la sopa fría, como si no la hubiera visto.

Al toque del silbato, salíamos del comedor. Formábamos las filas para volver al trabajo. Nadie se acercaba a Eva, nadie le hablaba. Hablarle habría parecido uno de esos gestos de compasión que se tienen en momentos de desdicha.

Dos SS habían venido a buscar a Lily por la mañana. Ella estaba de pie delante de una balanza. Pesaba la tierra de unas macetas pequeñas y anotaba el peso de cada maceta en una hoja. Los SS habían pronunciado su nombre en voz alta, desde el umbral de la sala. Ella había dejado de pesar, había anotado una cifra más y había preguntado: «¿Yo?» en alemán. Lily hablaba muy bien alemán.

—Komme! —había dicho uno de los SS.

—¿Ahora?

—Ja. Schnell!

Sí, tú, rápido. Lily se había quitado la bata. Una compañera la había ayudado. Era una bata de ayudante de laboratorio abotonada a la espalda. Por las mañanas teníamos que ayudarnos mutuamente para abotonar todos esos botones a lo largo de la espalda, y por la tarde ayudarnos para desabotonarlos. Lily se había quitado la bata. Debajo, el vestido de rayas estaba limpio, bien ajustado, incluso un poco corto. Lily tenía veinte años. Su coquetería no cedía a la cautividad. Se había acortado el vestido de rayas.

Los SS estaban impacientes, pero no hacían gala de brutalidad. Estar en un laboratorio donde todo se les antojaba científico y complicado, ver a las químicas con sus batas blancas, con sus gestos precisos, el silencio, el ambiente serio, les causaba impresión. Lily no se daba ninguna prisa. Como habla alemán, pregunta a los SS dónde y por qué se la llevan. Uno de ellos saca un papel doblado del bolsillito exterior de la guerrera, mira al otro para obtener su aprobación («¿Se lo decimos?»), y responde: «Politische Abteilung» (Departamento político, es decir, la policía, la

Gestapo). Lily pone el pretexto de ir al baño para advertir a su prima, que dibuja en una sala contigua. Eva ya está al tanto. Una de las químicas, de gestos y andares estudiados, ya había llevado una probeta al despacho de Eva. Eva, por lo tanto, sabía, y se hacía preguntas. ¿Por qué convocaba la policía a Lily? Todas nos hacíamos preguntas.

Lily se marcha tras una breve despedida. Desde las ventanas la vemos alejarse, muy erguida entre los dos SS. Solo llevaba el vestido. Estábamos en verano. En verano no nos poníamos la chaqueta. La carretera estaba bañada de sol. La miramos hasta que dejamos de verla, muy erguida entre los dos SS, y sabiendo quizá por qué la llamaban. Nosotras no lo sabíamos, y nos lo preguntábamos. La policía no convocaba por nada. En verdad, no sabíamos por qué motivos podía convocarte la policía. Lily era la primera.

La veíamos caminar entre los dos SS. Veíamos su pelo negro y brillante, rapado hacía poco (Lily era judía. A las judías las rapaban con frecuencia), su pelo que volvía a crecer negro y brillante, como el pelaje brillante de un perro. El pelo le crecía también en la nuca, tan largo en la nuca como en el resto del cráneo. Lily se lo dejaba así, no lo igualaba. Cuando te han rapado la cabeza varias veces, ya no quieres cortarte el pelo jamás, ni siquiera para despejar el cuello.

Lily caminaba entre los dos SS. Ella sabía, tal vez. Los dos SS no sabían.

Por turnos, siempre con un cuenco o con un tubo de ensayo en la mano, íbamos a ver a Eva a su mesa de dibujo. Eva hacía unos dibujos muy bonitos: acuarelas con los diferentes tipos de hojas y flores, y los diferentes tipos de raíces, las características señaladas mediante flechitas que remitían a una explicación escrita con letra muy fina en tinta china en el borde de la página. Cuando no estaba Herr Doktor, el jefe SS del laboratorio, Eva dibujaba flores de verdad, follajes de verdad, pájaros y casas. También hacía retratos. Más tarde, cada una de nosotras recordaría que aquel día pensó: menos mal que Eva ha hecho un retrato de Lily. Pero aquel día no sabíamos.

A mediodía, Lily no había vuelto aún. Tampoco por la tarde. Entre nosotras, comentábamos: «La están interrogando». Los interrogatorios duran mucho. Ninguna decía lo que pensaba en lo más profundo de su alma, que no se atrevía a expresar y que se reprochaba pensar. Por lo demás, hablábamos mucho para no pensar, verbalizábamos nuestras conjeturas. En cuanto Eva aparecía, nos callábamos. Eva estaba ahora aún más sola, y no solo porque ya no tenía a Lily. Pero ¿cómo hablar con Eva? Evitar pronunciar el nombre de Lily no resultaba natural, pronunciarlo significaba manifestar la aprensión, y quizá Eva estuviera tan tranquila como aparentaba, así que ¿por qué transmitirle inquietud? Sabíamos también que si nos dábamos este argumento era por cobardía. Eva no podía estar tranquila. Más tarde nos dijo que la primera noche no pegó ojo. Su cama y la de Lily estaban juntas en el dormitorio. Eva, en estado de alerta, había aguardado, con la esperanza de reconocer entre los ruidos nocturnos los pasos de los SS que traerían de vuelta a Lily tras el interrogatorio. Tampoco durmió la segunda noche, en la que ya no esperaba oír a Lily volver.

Al día siguiente, seguíamos evitando a Eva. A mediodía, el sitio de Lily seguía libre, pero no se había llenado su escudilla. Mejor mantener caliente su ración de sopa.

... Desde mi mesa, veía a Lily de espaldas, su nuca de pelo recio, negro y liso como el pelaje de un perro, por encima del cuello del vestido. Incluso cuando no estaba, su taburete vacío, me parecía que estaba en su sitio, con su espalda afanosa, su nuca de chico a quien sus padres no le dan unas monedas para que vaya al barbero, y el pelo que vuelve a crecer, aplastado, liso y tieso, como el de los campesinos humildes.

Solo al tercer día lo supimos. Fuimos todas hacia Eva. La abrazamos. No fuimos capaces de hablar con ella. Eva no lloraba. Tenía el semblante vencido, la mirada aún más extenuada que antes. Lily era la única pariente que le quedaba. Toda su familia había sido gaseada. Todos los habitantes de la pequeña ciudad de Eslovaquia habían sido gaseados. Entonces, las otras, a la mesa, se espaciaron. Retiraron el taburete y ya no se apreciaba que faltaba Lily.

Ahora sabíamos. ¿Cómo lo supimos? Casi imposible decirlo. Por los hombres, seguramente. Por Eva no, en cualquier caso. Eva no había contado nada a nadie. Todas sabían sin que ninguna hubiera dicho nunca nada.

Trabajábamos en un laboratorio a pocos kilómetros del campo grande. Un día, los sabios alemanes habían decidido estudiar y aclimatar en Polonia el kok-saghyz que habían visto en Ucrania. El kok-saghyz es una especie de diente de león cuya raíz contiene látex, que los rusos cultivaban a escala industrial, extrayendo un caucho comparable al de la hevea. El asunto interesaba a los alemanes. Querían probar a cultivarlo en los territorios conquistados, y habían traído de Rusia costales con semillas. Para la sala de ensayos de Auschwitz habían necesitado químicas, biólogas, botanistas, agrónomas, traductoras, dibujantes, ayudantes de laboratorio, y habían sacado de Birkenau, el campo de la muerte, a las que ejercían esas profesiones. Para esas pocas —menos de un centenar— era la salvación.

Allí estábamos bien porque podíamos asearnos, disponer de vestidos limpios, trabajar bajo techo. El cultivo del kok-saghyz no daría resultados antes de 1948, la guerra habría acabado. Estábamos lejos del campo, ya no percibíamos el olor. Solo veíamos el humo que subía de los hornos crematorios. Algunas veces, el fuego era tan fuerte que brotaban llamas de las chimeneas, inmensas, hasta el cielo. Por la tarde, surgía en el horizonte un reflejo rojizo de altos hornos. Sabíamos que no eran altos hornos. Eran las chimeneas de los hornos crematorios, eran las personas que ardían. Era complicado estar bien y no pensar día y noche en todas esas personas que ardían día y noche, por millares.

Alrededor del laboratorio se extendía el jardín donde los prisioneros —un comando de hombres— cultivaban flores y hortalizas para los SS. Flores para las bodas y los entierros. Según preparasen los jardineros ramos o coronas, un SS se casaba, un SS había muerto. Hubo SS que murieron de tifus.

Los hombres, los jardineros, venían del campo de los hombres, cada mañana, para trabajar en el jardín. Teníamos prohibido hablar con ellos. Naturalmente, nosotras hablábamos con ellos. Detrás de un invernadero, desplazando las macetas, mientras regábamos nuestras semillas (pues el cultivo experimental del kok-saghyz era competencia del laboratorio, de nuestro comando), nos las arreglábamos para hablar con los hombres. Nos transmitían noticias. Los hombres estaban mejor organizados que nosotras para las noticias. Algunas de nosotras tenían algún amigo entre ellos, incluso a su prometido. Era el caso de Lily. Su prometido era un polaco. Se habían prometido intercambiando una mirada, mientras el hombre estaba inclinado sobre unas plantas. Se habían prometido intercambiando unas cuantas palabras sin mirarse, sin que pareciera que hablaban, pues el SS podía llegar de improviso y sorprenderlos. Por él, por su prometido, era Lily coqueta. Cuando salía del laboratorio, prendiéndose del brazo una cesta con raíces que fingía transportar a alguna parte, cuando salía al jardín tras haber espiado a su prometido por la ventana y ver que este se arrodillaba junto a un cajón invernadero, precisamente en el borde del camino por el que ella pasaría, Lily se ponía por encima del vestido un cuello blanco que el resto del

tiempo se guardaba por debajo. Estaba prohibido ponerse un cuello blanco por encima del vestido de rayas. Encontrar un retal de tela para hacerse un cuello, hilo, aguja, era una empresa difícil y complicada, pero se había establecido toda una cadena entre el taller de confección, situado en el campo de los hombres — donde las prisioneras trabajaban para los SS—, y el laboratorio con el que el comando de jardinería hacía de enlace.

Cuando su prometido traía algo para Lily —cigarrillos de su ración, un pepino robado—, lo escondía bajo las hojas de calabaza, cerca del pozo. E incluía una notita. Lily cogía lo que su prometido le había dejado, lo metía a hurtadillas en la cesta, con las raíces de koksaghyz, y dejaba a su vez, bajo las hojas de calabaza, una notita que él recogía a continuación. Estaba prohibido escribir a los hombres, estaba prohibido escribir, en general. Pero ¿cómo hablar, cómo hablarse al pasar de ese modo, incluso varias veces, con una cesta de raíces en el brazo, una cesta siempre llena de las mismas raíces, que cada mujer que salía a hablar con los hombres cogía y dejaba al volver detrás de la puerta del laboratorio, para que la usara otra? Así pues, Lily escribía. Dedicaba las noches a escribir. Y cada noche era feliz escribiendo.

Aquel día, el prometido de Lily no había venido. Lo habían enviado a otro comando. Había explicado a un compañero dónde encontrar la carta de Lily. Al franquear la puerta de entrada del campo —aquella puerta coronada con el lema «El trabajo libera»—, por la tarde, volviendo del trabajo, el compañero había perdido la nota, doblada muy pequeña, que se le había resbalado del pantalón (no del bolsillo, jamás había que guardarse nada en los bolsillos. Los registros empezaban siempre por los bolsillos, obviamente). Un SS había interceptado el papel, había llamado al compañero y, en la Politische, lo habían interrogado. Él había dicho que la nota era suya. Bien. Y ¿quién era la que la firmaba, la tal Lily? No había querido decirlo. Lo habían azotado y azotado. A los policías les resultaba muy sencillo buscar a una Lily en el laboratorio. Lo habían azotado igualmente. Luego, todos los hombres fueron convocados en la plaza del campo, frente a las cocinas. El comandante anunció que sería fusilado aquel que hubiera recibido una carta de una tal Lily en la que se transmitían consignas políticas (porque, para la Gestapo, todo estaba codificado, y las palabras de amor traducían por fuerza consignas políticas). Entonces, el prometido de Lily salió de la fila para que su compañero no fuera fusilado en su lugar. Los dos hombres fueron enviados al calabozo. Al día siguiente, dos SS vinieron a buscar a Lily. Ella se había marchado flanqueada por los dos SS, por la carretera bañada de sol, sabiendo quizá, quizá sin sospechar. Y los fusilaron a los tres.

En la carta de Lily a su prometido aparecía esta frase: «Aquí, somos como plantas llenas de vida y de savia, como plantas que quisieran crecer y vivir, y no puedo evitar pensar que estas plantas no están destinadas a vivir».

Nos lo dijo uno de los hombres que trabajaban en la Politische.

## El oso de peluche

Las polacas habían decidido que necesitábamos guisantes. Un vaso por persona. Las rusitas trabajaban precisamente en el ensacado de la cosecha, era fácil comprarles. Al volver por las tardes, vaciaban de los zapatos los guisantes secos que habían escondido (allí calzábamos zapatos grandes). Un vaso lleno a cambio de un mendrugo de pan.

Por supuesto, querían guisantes con coles. Las francesas nos mostrábamos escépticas... El jardinero, un polaco, regalaba las coles. Después habría patatas en salsa. Las patatas serían afanadas de la cocina. Si encontrábamos remolacha, empezariamos por un borsch. Y recitaban la receta del borsch, qué succulento, sobre todo con crema agria. Pero por mucho que buscáramos e imagináramos todas las artimañas, no habría crema agria.

La contribución de cada una se había fijado, además, en dos cebollas —que también debíamos comprar a las rusitas (otro mendrugo de pan que habría que restar a la ración)—, un pellizco de margarina, un paquete de fideos y dos terrones de azúcar. Las polacas se encargaban de aportar las semillas de amapola, que recibirían en sus paquetes. Sus paquetes llegaban con más regularidad que los nuestros. La comida de Navidad no se concebía sin los fideos con semillas de amapola.

Hanka lo recogía todo. Era una gran responsabilidad. Un registro podía provocar que descubrieran y confiscaran las provisiones, sin prejuicio del castigo que se infligiría al comando entero. Pero Hanka llevaba cuatro años en el campo. Era muy avispada.

La idea era montar una cena tradicional. Una cena polaca, porque las polacas eran las más numerosas. Las rusas, aunque también eran muchas, no estaban invitadas.

Noviembre había sido neblinoso. El globo del sol se hundía, cada día más bajo, anaranjado, en medio de la grisura de la llanura, sobre la línea indecisa de poniente. Con diciembre, el campo se había recubierto de una costra de hielo que brillaba con el claro de luna, por las noches. Y cuando salíamos para ir al baño oíamos, sobre la tierra helada, las pisadas del centinela que se paseaba sin cesar detrás de las alambradas, plateadas de escarcha. A veces era un SS que canturreaba óperas. A pleno pulmón, como si tuviera miedo. Creaba un efecto fantástico en la inmovilidad azulada de la noche. Luego, había nevado. Hacía falta nieve para celebrar la Navidad.

Una vez concluida la jornada, cada una, encaramada en su catre, se afanaba en sus regalos, cosía, dibujaba, bordaba, tejía. El menor jirón de tela, la menor hebra de lana encarnaban la recompensa de unos perspicaces ardides. Durante ese tiempo, las últimas tardes, las cocineras, que andaban preocupadas, instalaban sus marmitas sobre la estufa del laboratorio para que, cuando llegara el día, solo tuviéramos que calentar los platos justo antes de la comida. Hacía tanto frío que la conservación estaba asegurada. Wanda se encargaba del árbol. También nos prometía una sorpresa.

Y llegó la Nochebuena.

Terminábamos de trabajar a las cuatro. La cena se iniciaría con la aparición de la primera estrella, como manda la tradición polaca. Teníamos poco tiempo para ponernos guapas, planchar el vestido, por turnos, pues solo había una plancha y había que esperar a que se calentara en la estufa (¿de dónde había salido aquella plancha...?), peinarse. Las expertas se dedicaban a poner los rulos. «Cécile, después de Gilberte me toca a mí.» «¡No, a mí!» Disfrutábamos de nuestro pelo crecido, que sin embargo todavía no permitía bucles bien gruesos. Algunas se ponían unas medias de seda de misteriosa procedencia. Resulta extraordinario lo finas y relucientes que pueden ser las piernas. Las otras miraban con envidia. Nos poníamos cuellos blancos, cortados de los bajos de las camisas, por encima de los vestidos de rayas. Las morenas hacían tiras de papel y formaban flores que se colocaban en el cabello. En la enfermería habíamos recibido vaselina, que nos untábamos en los párpados. Y, en el dormitorio, reinaba el mismo ambiente de nerviosismo que antes de un baile. «¿Has terminado con la aguja?» «¿Quién puede prestarme el cepillo?» «¿Alguien ha visto mi cinturón?» «Daos prisa con la plancha, que por aquí todavía no ha llegado.»

Alguien vino a avisar de que todo estaba listo, que había que darse prisa. La primera estrella... En un segundo, la sala se llenó.

Casi no nos reconocíamos con el pelo arreglado y el maquillaje. Las químicas del laboratorio habían fabricado carmín para las mejillas y los labios, unos polvos. Pero solo habían podido hacer un color, lo que nos creaba cierta sensación de incomodidad; todas esas caras pintadas del mismo modo, con el mismo tono. Los vestidos de rayas se volvían todavía más idénticos. De pronto tuvimos la sensación de que nuestros esfuerzos y nuestros preparativos y el entusiasmo de celebrar una verdadera Nochebuena habían sido en vano. Nos habíamos arreglado con tanto esmero como para recibir invitados. Invitados que no llegaban. Nos encontrábamos entre nosotras, con rostros que no eran los nuestros. Un momento de tristeza que algunas risas, un tanto forzadas, sacudieron.

Las mesas del comedor, unidas, formaban una gran herradura. Las sábanas, lavadas para la ocasión, hacían las veces de manteles, y, bajo los manteles, habíamos puesto heno (otro rito). Guirnalda de papel colgaban del techo. En medio de la sala, el árbol titilaba, cubierto de guata, adornado con bolas de plata hechas con envoltorios de chocolate, serpentinillas, velas. El almacén del laboratorio había sido saqueado. Al pie del árbol, unos paquetes coquetamente envueltos: los regalos.

Los taburetes estaban alineados a lo largo de las mesas, pero no debíamos sentarnos antes de haber compartido las hostias, unas obleas de masa con lacre azul, rosa, malva, blanco, verde claro que las polacas se ofrecían mutuamente. Cada una partía un pedazo de la hostia de la otra, se lo comía, y las dos se besaban expresando deseos que les llenaban los ojos de lágrimas, de los que nosotras solo oíamos: «do domu» —en casa—, las palabras que siempre se repetían. La Navidad que viene, en casa. En casa...

Las francesas no tenían hostias. Ellas cogían las que les ofrecían, por cortesía, y se esforzaban por repetir las palabras mágicas: «Do domu», «Do domu» —en casa—. Las polacas explicaban: «Compartir la hostia es un símbolo. Significa que compartiremos también el pan». Las francesas acogían la explicación con indulgencia. No era el momento de recordar lo que nos mortificaba, el egoísmo de unas o de otras.

Las cocineras se colaban entre los grupos y llenaban los platos, la cristalería del laboratorio. Por nada del mundo habríamos tomado la comida de Navidad en las escudillas. Al final habían

tenido que renunciar al borsch, y estaban muy apenadas.

Nos dábamos besos. No terminábamos nunca de besarnos e intercambiar hostias y buenos deseos. Cada una tenía noventa y cuatro abrazos que dar y recibir. Nosotras —las francesas— nos sentíamos un poco incómodas, porque las polacas besaban en la boca, según la costumbre eslava.

Por fin tomamos asiento. Los guisantes con coles estaban fríos, pero había en cantidad. Servimos las patatas con la salsa de cebollas, y luego los fideos, que en Polonia se aderezaban con miel y nueces, me contaba mi vecina. Lo fundamental eran las semillas de amapola. Gracias a Dios, eso no había faltado. Los fideos estaban apelmazados. Pocas pudieron terminarlos. Cierto es que habíamos perdido la costumbre de comer hasta saciarnos.

La sorpresa de Wanda llegó con el postre. Era cerveza, un tonel entero que había «organizado» (robado) de la cocina de los SS. Wanda era imbatible organizando. Era una cerveza oscura y dulce.

Mi vecina me ofreció un cigarrillo, tendiéndome la pitillera. Tenía pitillera... Una presión de la uña sobre el cierre, un gesto recuperado que me pareció el colmo del refinamiento. Los cigarrillos los habían enviado los hombres, que recibían tabaco.

La comida estaba terminando. La luz se apagó. Ya solo distinguíamos las brasas de la punta de los cigarros. Entonces, una por una, las velas se encendieron. El árbol se liberó de la sombra con un halo fantasmal. Y el coro de las polacas se elevó.

Entonaron, a varias voces, un cántico con una melodía nostálgica cuyas letras no comprendíamos. La música, en la oscuridad en la que parpadeaban las velas, nos resultaba extraña y embriagadora. Ellas cantaban. Nosotras nos deslizábamos en un sueño. Soñar, una Nochebuena, allí. En nuestro sueño, nuestros recuerdos y esperanzas se volvían remotos y frágiles. ¿Y nuestras compañeras que no tenían la suerte de estar con nosotras en aquel comando privilegiado? ¿Cómo se pasaba la Navidad en el campo de la muerte? En el campo de la muerte, desde mediados de diciembre, había, plantado en medio de la plaza, un gran abeto cubierto de nieve de verdad. En la punta del abeto, una estrella roja alumbrada por una bombilla eléctrica. El abeto se alzaba junto a la horca.

El coro calló. Volvía a encenderse la luz. Cada una se reajustaba a la alegría que exigía la fiesta. Felicitamos a las cantoras. En verdad, cantaban muy bien. Y comenzó el reparto. Deshacíamos mucho papel para descubrir un jabón, una muñeca de trapo, un lazo de encaje hecho con aguja, un cinturón de cordel trenzado, un cuaderno con las tapas coloreadas.

En un extremo de la mesa, una muchacha acariciaba un osito que acababa de recibir. Un oso de peluche rosa con una cinta en el cuello.

«¡Mira, mira!», me dijo Madeleine. «¡Un osito! Un osito de niño.» Y su voz se alteró.

Yo miré el oso de peluche. Era espantoso.

Una mañana que pasábamos cerca de la estación para ir a los campos, nuestra columna se había detenido debido a la llegada de un convoy de judíos. La gente bajaba de los vagones igual que ganado, se colocaba en el andén según las órdenes que chillaban los SS. Las mujeres y los niños en primer lugar. En la primera fila, dando la mano a su madre, una niña pequeña. Llevaba su muñeco, que apretaba contra ella.

Así es como un muñeco, como un oso de peluche llegaba a Auschwitz. En los brazos de una niña pequeña que dejaría su juguete junto con su ropa bien doblada a la entrada de la ducha. Un prisionero del comando del cielo, como llamábamos a los que trabajaban en los crematorios, lo

encontraría entre la ropa amontonada en la antecámara de la ducha y lo cambiaría por unas cebollas.



## Al principio queríamos cantar

Una mañana de enero de 1943, llegábamos.

Los vagones se habían abierto al borde de una llanura helada. Era un lugar previo a la geografía. ¿Dónde estábamos? Aún debíamos averiguar —más tarde, dos meses más tarde al menos; nosotras, las que dos meses más tarde aún seguíamos con vida— que el lugar se llamaba Auschwitz. No habríamos sabido darle un nombre.

Al principio queríamos cantar. No es posible imaginar lo desgarradoras que eran aquellas voces que se quebraban, veladas por las ciénagas y la debilidad, repitiendo palabras que ya no suscitaban imagen alguna. Los fallecidos no cantan.

... Pero nada más resucitar, hacen teatro.

Fue lo que le ocurrió a un grupito que había sobrevivido a seis meses en el campo de la muerte y había sido enviado a cierta distancia de allí, en aquel comando privilegiado. Había jergones para dormir, agua para asearse. El trabajo era menos duro, a veces bajo techo, a veces sentadas. Nosotras, que al salir de la muerte apenas nos teníamos en pie —atravesar un pequeño prado cargando con una cesta vacía requería un esfuerzo y una voluntad extraordinarios—, al cabo de un tiempo, recobrábamos la apariencia humana. Al cabo de un tiempo, pensábamos en el teatro. Una de nosotras contaba obras a las demás, que se reunían alrededor de ella, layando o escardando. Preguntábamos: «¿Qué vamos a ver hoy?». Cada relato era repetido muchas veces. Todas querían oírlo, y el público no podía pasar de las cinco o seis personas. Sin embargo, el repertorio se agotaba. Pronto, soñábamos con «montar una obra». Nada menos. Sin texto, sin manera de conseguir uno, sin nada. Y, sobre todo, con tan poco tiempo libre.

Al volver, cuando he conocido hombres que fueron prisioneros de guerra, he ponderado lo incomunicable al escucharlos, y cuánto pesa. Ellos tienen cosas que contar. Nosotras tendríamos cosas que decir. Ellos cuentan el vacío de su espera. Nosotras no podemos expresar lo que fue la angustia de la nuestra. Para quienes estaban en Auschwitz, la espera era una carrera por delante de la muerte. De modo que no esperábamos. Nos aferrábamos a una esperanza forjada a partir de piezas frágiles que no hubieran superado un análisis, en caso de que hubiéramos conservado la sensatez. Perder la sensatez y perseverar en la locura de esperar fue lo que salvó a algunos. Son tan pocos que no demuestra nada.

Cuando escucho a los prisioneros de guerra, si bien los compadezco por haber sido víctimas de unos acontecimientos que se les escapaban, con la sensación de haber sido, yo, víctima de mi elección, cuando cuentan cómo colmaron la nada de tantos años, los envidio. Recibían libros, hacían teatro, montaban espectáculos. Tenían clavos, pegamento. Pudieron vivir en el plano de lo imaginario. Algunas veces, algunas horas, pero que contaban.

Diréis que al ser humano puede arrebatársele todo salvo la facultad de pensar e imaginar. No sabéis nada. Se puede convertir a un ser humano en un esqueleto que gorgotea diarrea, quitarle el tiempo para pensar, la fuerza para pensar. Lo imaginario es el primer lujo del cuerpo que recibe

suficiente alimento, goza de una franja de tiempo libre, dispone de rudimentos para fabricar sus sueños. En Auschwitz, no se soñaba, se deliraba.

No obstante, objetaréis, ¿acaso no contaba cada cual con su bagaje de recuerdos? No. El pasado no suponía socorro alguno, recurso alguno. Se había vuelto irreal, increíble. Todo lo que había sido nuestra existencia de antes se desvanecía. Hablar era la única evasión, nuestro delirio. ¿De qué hablábamos? De cosas materiales y comestibles, o realizables. Había que apartar todo lo que suscitaba dolor o añoranza. No hablábamos de amor.

Y hete aquí que en aquel pequeño campo volvíamos a la vida, y todo volvía a nosotras. Todos los deseos, todas las exigencias. Habríamos querido leer, escuchar música, ir al teatro. Íbamos a montar una obra. ¿Acaso no librábamos los domingos y una hora por las tardes?

Claudette, que trabajaba en el laboratorio, donde disponía de mesa, lápiz y papel, se propuso reescribir *El enfermo imaginario* de memoria. Una vez terminado el primer acto, comenzaron los ensayos.

Escribo esto como si hubiera sido tan sencillo. Por mucho que una tenga una obra en su cabeza, ver y oír a sus personajes es tarea difícil para quien se recupera del tifus y se ve constantemente dominada por el hambre. Las que podían, echaban una mano. Una réplica constituía a menudo la victoria de toda una jornada. Y los ensayos... se celebraban después del trabajo, después de la cena —pues llamábamos cena a doscientos gramos de pan duro y siete gramos de margarina—, en el momento en que más se acusa el cansancio, en un barracón congelado y oscuro. Emplear la persuasión y las amenazas, apelar al espíritu de camaradería, ejercer el halago y la injuria era el pan de cada día de las organizadoras. También intervenía la emulación, así como el amor propio. Se trataba de demostrar a las polacas con las que estábamos, y que cantaban tan bien, de lo que éramos capaces.

Ensayábamos cada noche, moviendo los pies y moviendo los brazos (estábamos en diciembre). En la oscuridad, una entonación precisa adquiría una extraña resonancia.

El día fijado para el espectáculo —el domingo después de Navidad— se acercaba. Pero era imposible instalar nada de antemano debido a la vigilante, una SS que andaba muy ocupada con sus amores, lo que al menos nos dejaba un poco de margen. Eva, la dibujante, hizo un cartel que colgamos del interior de la puerta del barracón el sábado, después de la última ronda de las SS. ¿Por qué un cartel, cuando todo el mundo estaba ya al corriente? Porque por fin nos movíamos en el ámbito de la ilusión. Un cartel de colores donde se leía: «*El enfermo imaginario*, de Molière, dirigido por Claudette. Vestuario: Cécile. Puesta en escena: Charlotte. Arreglos escénicos y atrezzo: Carmen». A continuación, el elenco, con Lulu en el papel de Argán. Pero nuestra obra constaba de cuatro actos. No habíamos conseguido recordar los cortes de Molière. Sin embargo, que yo recuerde, la obra estaba completa.

Desde por la mañana, desatendiendo por primera vez la sopa, las faenas y el pan, estuvimos trajinando. Lo que Cécile logró hacer con los jerséis transformados en jubones y casacas, los camisones y los pijamas transformados en calzones para los hombres (únicos elementos indumentarios que no procedían de los uniformes. Cómo los conseguimos sería demasiado largo de contar) resulta casi inimaginable. Las rayas se habían revelado inmetamorfoseables. Por suerte, para seleccionar las semillas de nuestras plantas (¿he contado ya que nos encontrábamos en una sala de ensayos donde se estudiaba un diente de león productor de látex que los alemanes habían descubierto en Rusia y pretendían aclimatar?) utilizábamos una especie de jaulas de tul. Y el tul se

transforma en chorreras, puños, bombines, lazos, bufandas. Una bata de guatiné azul —pieza de valor incalculable de nuestro vestuario— se convierte en un suntuoso vestido con vuelo para Belisa. Unos polvos amarillos verdosos cuya composición ignoro, tal vez un insecticida, sirve para el maquillaje de los médicos, maravillosamente bilioso. En el dormitorio alguien grita: «¡Las que tengan limpio el mandil negro (el mandil negro formaba parte del uniforme), que lo presten! ¡Ahora mismo, por favor, la figurinista está esperando!». Con seis mandiles, Cécile drapea a un médico al que coloca en la cabeza un cono de cartón ennegrecido con tinta, alrededor del cual ha fijado unos copos de madera a modo de mechones lacios. Claudette, la autora, está satisfecha con el resultado, pero no se consuela de que los hombres no tengan ni peluca ni sombrero, de que Belisa no tenga abanico. «¡Bajo el reinado de Luis XIV, nada menos!» Por desgracia, nuestro pelo, rapado a nuestra llegada, solo mide aún unos pocos centímetros. En cambio, hay báculos. Son bastones adornados con tul.

Las mesas del comedor, con las patas quitadas (de lo contrario, el escenario habría estado demasiado alto en un barracón con los techos muy bajos), yuxtapuestas, conforman una tarima. Las mantas, hábilmente manipuladas por Carmen —que tiene martillo, clavos y cordel, objetos que había codiciado durante mucho tiempo hasta que consiguió robarlos al SS jardinero—, las mantas forman una cortina que no es el menor de nuestros logros. Otras mantas, clavadas a las ventanas, oscurecen la sala. Solo está iluminado el escenario en el que Carmen, electricista además de tramoyista, ha instalado una lámpara portátil a guisa de foco. «¿De dónde ha robado Carmen todo esto?» «Ya os contaré...» Por el momento, se limita a clavetear y fijar. También tenemos nuestras bambalinas: mantas y cordeles. Y una apuntadora, con el texto en ristre, por favor.

Damos los tres golpes. Se levanta el telón (no, en realidad se aparta). Las polacas componen nuestro público. La mayoría entiende el francés.

Se levanta el telón. Argán, en una butaca hecha de cajas ocultas por mantas, él mismo envuelto en mantas, agita su campanilla: una lata de conserva que aloja un pedazo de cristal, creo. «No», había dicho Carmen, «piedras no quiero. Una piedra suena demasiado mal.»

Se levanta el telón. Es magnífico. Es magnífico porque Lulu es una actriz nata. Y no solo por su acento marsellés que recuerda a Raimu, sino por su cara, conmovedora en su sincera ingenuidad. Esa naturaleza de la humanidad, esa generosidad.

Es magnífico porque un puñado de réplicas de Molière, surgidas intactas de nuestra memoria, reviven inalteradas, cargadas de su poder mágico e inexplicable.

Es magnífico porque cada una, con humildad, interpreta la obra sin soñar con destacar en su papel. Milagro de los actores sin vanidad. Milagro del público que recupera de repente la infancia y la pureza, que resucita para lo imaginario.

Fue magnífico porque, durante dos horas, sin que las chimeneas dejaran de humear su humo de carne humana, durante dos horas, creímos en ello.

Creímos en ello más que en nuestra única creencia de entonces, la libertad, para la que todavía tendríamos que luchar quinientos días.

## El viaje

Estábamos en un tren. Un tren de verdad. Con sus asientos, sus ventanillas que bajan y suben, a placer, un disco que puede girarse a derecha o izquierda —inútil, por lo demás; el tren no disponía de calefacción—, un paisaje que se despliega a cada lado. Estábamos las ocho.

Por primera vez en años, teníamos la sensación de que viajábamos. De que hacíamos un viaje. Sensación tan turbadora que se nos olvidaba que viajábamos sin billete, que el revisor no pasaba por nuestro compartimento, aislado en el extremo del vagón.

Aun así, era un viaje de verdad. Tan de verdad que también olvidábamos a los SS que nos acompañaban y que dormitaban detrás de la separación. Un viaje de verdad. ¿Acaso no teníamos equipaje en las redecillas, maletas que podíamos coger, abrir para rebuscar y sacar algún objeto familiar, peine o barra de labios vieja, que había sido nuestro en otro tiempo y que de nuevo formaba parte de nosotras como si nunca nos hubiera abandonado? Sentadas en los bancos de madera, nos sentíamos bien. Un bonito viaje, en verdad.

Y la sensación no obstante falsa de libertad recobrada abolía todo lo que había sido la privación de libertad. Recuperábamos los gestos de la libertad, los gestos que son la libertad misma. Mirarse en un espejo de bolsillo, ir al baño y cerrar la puerta con un pestillo que indica «Ocupado». Lo curioso era que aquello no nos resultara en absoluto extraordinario. Todo era normal. Nos recuperábamos a nosotras mismas, como si hubiera bastado con una prenda de ropa descolgada de la entrada y enfundada después de mucho tiempo para devolverle a cada una su personalidad, su yo de antes. Más curioso aún porque no nos habíamos enfundado otras prendas de ropa. Llevábamos el vestido y la chaqueta de rayas, el pañuelo anudado bajo la barbilla, los zapatos demasiado grandes atados con cordeles. Increíbles, los zapatos que nos habían dado al partir. Tan grandes que resultaba evidente que lo habían hecho adrede. Entorpecían la marcha o la huida con la garantía de unas cadenas. El uniforme completaba las trabas.

Estábamos en aquel tren que avanzaba, que seguiría avanzando hasta el día siguiente, y el viaje se nos antojaba tan maravilloso que deseábamos que durase mucho tiempo, eternamente. Soñábamos con un viaje que no tuviera fin. Al término de aquel viaje —y ¿cuál era el término? Lo ignorábamos—, no esperábamos nada bueno. Pero nos sentíamos bien y experimentábamos ese bien sin pensar en lo que vendría a continuación. A ratos nos extrañaba el hecho de no estar más sorprendidas. No nos preguntábamos por qué, porque habíamos perdido años atrás la costumbre de preguntarnos por qué y asumíamos todo lo que ocurría sin hacer preguntas. Lo que no quita para que aquel viaje fuese sorprendente.

Casi no se había hecho de día aún, estábamos en el laboratorio desde hacía ya un rato, cuando llegó un SS y se corrió el rumor por todos los equipos: vienen a buscar a las francesas. Nuestra primera reacción había sido de inquietud. Flora, nuestra SS, nos acompañaría a Birkenau. Ya solo oír el nombre de Birkenau daba tiritera. Nos tranquilizamos porque nos esperaba una carreta. Jamás habríamos subido a un camión. Antes nos hubiéramos dejado matar. Los que salían rumbo a las cámaras de gas salían en camiones. El SS —el que tenía cara de pocos amigos, el que

nos inspiraba un terror sin límites cuando estábamos en Birkenau, meses antes—, el SS se sacó una hoja del bolsillo, leyó los nombres, diez nombres, y las diez convocadas se colocaron en fila. Luego nos dio tiempo para preparar nuestros paquetes, y Wanda dijo: «No os llevéis nada. Dejádselo todo a las compañeras, porque allí os lo quitarán». Dejamos el camisón obtenido después de tantos ardides y cálculos, las bragas y las medias de repuesto, las gomas. Conservamos un bolsito de tela que contenía nuestro cepillo de dientes, nuestro jabón y nuestra navaja. Las polacas, más duchas que nosotras y más acostumbradas a los traslados, aseguraban que no confiscaban la comida, de modo que el comando abandonó el trabajo inmediatamente y todas se juntaron en el comedor, revolviendo en sus casilleros, en sus cajas de provisiones, para sacar primero pan —sobre todo el pan, la experiencia ha enseñado a las prisioneras que lo fundamental es el pan—, azúcar, cebollas, y también cigarrillos, confiando en nosotras para los cigarrillos. Podían estar tranquilas. Habíamos adquirido bastante habilidad en pasar los cigarrillos a través de cualquier registro.

Cada una de nosotras tendría que llevar varios panes, hogazas enteras, de un kilo. Nunca habíamos sido tan ricas.

Nos afanábamos en empaquetar con cordeles todo aquello cuando Flora apareció en el umbral del comedor y dijo: «Schnell». Entonces, todas, de pie, cantamos «La marsellesa». Como si no hubiera otra cosa para cantar. Las polacas se la sabían en francés, y mejor que nosotras, sin omitir ni una sola estrofa. Luego, «Ce n'est qu'un au revoir», que me resultaba doloroso, insoportable, porque era lo que cantábamos a los hombres, en los presidios, cuando se los llevaban de buena mañana. Nos daba pena separarnos de las compañeras, en un día en que la nieve creaba una claridad sobrenatural. «¿Estáis ya? ¡En marcha!», había gritado Flora. Cogimos los hatillos y salimos.

El SS de Birkenau pronunció de nuevo los diez nombres, contó a las diez mujeres, y nos encaramamos al carro. Detrás de nosotras, las demás habían corrido hasta el límite del pequeño campo, agitando manos y pañuelos. La carreta había emprendido el camino de tierra trazado entre los nabares, y nosotras, mirando hacia atrás, decíamos adiós a las compañeras que nos veían partir. Nos siguieron con la mirada hasta que dejaron de vernos.

Cuando desaparecieron detrás de un pliegue del suelo, nos giramos hacia delante y nos pusimos a cantar. No porque estuviéramos contentas, sino porque hay momentos en que lo único que una puede hacer es cantar. Carmen, que era la que más canciones se sabía, encadenaba una tras otra. Y nosotras cantábamos desgañitándonos, agarradas a las barandillas de aquella carreta que atravesaba los campos cubiertos de nieve, con Flora envuelta en su manta y el SS con cara de pocos amigos guiando.

En el paso a nivel tuvimos que esperar. Carmen se arrancó: «Siempre hay / un paso a nivel / que bloquea el camino / qué fastidio», y nosotras cantamos con ella como si estuviésemos contentas. Pero en cuanto aparecieron las alambradas electrificadas, los tejados de los bloques casi enterrados bajo la nieve, fuimos incapaces de seguir. Y el tiro, cargado de nuestros silencios, se detuvo en el campo de la muerte, delante del barracón de la cuarentena.

Bajamos, mientras Flora y el SS sellaban su hoja en la garita, y entramos en el barracón. Olía a madera. Distinguímos voces francesas, procedentes de una sala contigua. Las supervivientes de nuestro convoy estaban en cuarentena en aquel barracón. Y poco después, so pretexto de ir al baño, algunas se nos acercaron y preguntaron: «¿Adónde vais? ¿Por qué os han convocado?».

Nosotras no lo sabíamos. Nosotras no sabíamos nada. Pero entonces una de ellas, que acababa de sorprender a unos SS intercambiando unas palabras, vino corriendo: «Os mandan a Ravensbrück. Os van a desvestir, a registrar y a vestiros otra vez. Si traéis cosas, dádnoslas. Os las devolveremos pasándolas por debajo de la puerta, después del registro». Nosotras les confiamos los cigarrillos, las navajas y nuestras cartas de casa.

Una SS vuelve con la jefa de bloque, una alemana histérica que no deja de chillar, y una kapo que carga a manos llenas una pila de vestidos de rayas. Nos desvestimos. Estamos desnudas. El médico SS llega con un SS siniestro que conocemos, Taube, y una doctora judía, prisionera, que trae termómetros. Distribuye los termómetros y nosotras permanecemos allí, desnudas, bajo la mirada de los SS, que nos examinan. El médico SS nos obliga a sacar la lengua. Taube, que no es médico, nos examina también, nos obliga a girar —imaginadnos, desnudas, con el termómetro en el trasero, y dando vueltas como peonzas—, nos palpa. La doctora reclama los termómetros, anota las temperaturas. Lucie y Geneviève tienen treinta y ocho y pico. No partirán. Ellas lloran. Intentamos intervenir para que la doctora corrija sus cifras. Ella grita y grita, le suplicamos que no atraiga la atención de los SS, y ella grita con más ganas.

Nuestras compañeras, a través de los agujeros que han hecho en los nudos del tabique de madera, nos miran.

Nos traen unos papeles para que firmemos, declarando que no hemos sido maltratadas, que no hemos padecido enfermedades (que no hemos tenido el tifus exantemático, obviamente), que nos han devuelto nuestras joyas y demás efectos personales. ¡Una firma! En las condiciones en que estamos... Firmamos y nos hacen pasar a un dormitorio para que volvamos a vestirnos.

Los vestidos están tan sucios, tan manchados de sangre, de diarrea, de pus, que experimentamos la misma náusea que a la llegada, el año anterior, cuando recibimos unos uniformes repugnantes y minados de piojos, que conservamos hasta que nos destinaron al comando del laboratorio, seis meses más tarde. Protestamos. La alemana histérica chilla en el tono más agudo que permite su voz. Cuando vuelve la SS, le señalamos la suciedad de los trapos. Ella llama a Taube, que grita y manda a la kapo a buscar otros vestidos. Entretanto, todas desnudas... Los otros vestidos están prácticamente igual de sucios. En fin.

La SS juzga también que vamos demasiado frescas y manda traer unas chaquetas de rayas que no estaban previstas. Con una temperatura de veinte bajo cero. Estamos listas, tras calzarnos las botas de siete leguas.

Nos llevan al barracón de enfrente —de paso, nuestras compañeras nos devuelven nuestros cigarrillos, nuestras navajas, nuestras cartas, que nos guardamos en las mangas con rapidez— y, nada más cruzar la puerta, nos embarga el frío. Las prendas de lana que nos habíamos procurado a duras penas, a cambio de cebollas robadas del jardín y de raciones, nos han sido arrebatadas.

En el barracón de enfrente se almacena la ropa de las recién llegadas. Para nuestra sorpresa, en aquella montaña —hoy vamos ya por el número 75.000 en Birkenau— encontramos pertenencias que se parecen mucho a las nuestras. Faltan muchas cosas, claro, pero vamos de sorpresa en sorpresa. A una le devuelven su alianza, a otra, su reloj de pulsera. A una, cuyos zapatos no encuentran, le preguntan qué número calza para darle otros, que están nuevos y que ella no tendrá derecho a calzar, pues no forman parte del uniforme.

Miramos nuestras maletas, recordamos nuestra llegada, y nos sumimos en un segundo estado de ánimo en el que todo es natural y está transfigurado. El año anterior, a la llegada —también era

enero, y el campo desaparecía también bajo la nieve—, éramos doscientas treinta. Quedamos unas cincuenta, y a las ocho que abandonamos el campo nos devuelven nuestras cosas, nos hacen firmar un descargo.

Afuera, Taube se impacienta. Conversa con otro SS y creemos entender que hemos perdido el tren, y también que tenemos que darnos prisa. Aquí llega el comandante, en su pequeño automóvil verde grisáceo. Él también se impacienta. Acuclillada en la escalera de la entrada —¡qué frío hace! No somos capaces de sostener las maletas, tenemos las manos entumecidas—, Carmen se debate con sus cordones, que no logra enhebrar, y los zapatos son tan grandes que si no se ata los cordeles no podrá dar ni un paso, seguro.

Y es entonces cuando asistimos a la escena más extraordinaria de todas. Taube —Taube, al que hemos visto enviar a miles de mujeres a la cámara de gas, al que hemos visto arrojar a su perro sobre muchas de nosotras para que las devore, al que hemos visto sacar su revólver y disparar a las judías del bloque 15 porque no entraban con suficiente rapidez (como si un millar de mujeres pudieran entrar rápido por una puerta de un solo batiente) en una mañana parecida a esta; Taube, que nos metía el miedo en el cuerpo nada más divisar su alta silueta, Taube, el SS más cruel, si es que existían gradaciones de crueldad entre los SS—, Taube se arrodilla delante de Carmen y, con su navaja, corta los extremos de los cordones para que pasen por los ojetes. Una vez llevada a cabo la operación, se levanta y dice con delicadeza: «Gut». Nos habría sorprendido menos que nos hubiera conducido al bloque 25, la antecámara del crematorio.

El comandante se impacienta cada vez más. Cuatro SS, que no hemos visto llegar, esperan a un lado. No llevan perros. El comandante y Taube discuten, y se deciden. Taube se apodera de nuestras maletas y se las da al comandante, que las apila en la trasera del coche. Guarda todo lo que cabe; el resto todavía nos pesa horrores; los dos suben al coche, lanzan una orden a los SS y el coche arranca. Partimos en dirección a la estación.

Nuestras compañeras, en las ventanas del bloque de cuarentena, nos dicen adiós.

Nos costaba una barbaridad caminar con aquellos zapatones, con aquellos bultos. Caminábamos por la carretera helada que habíamos tomado por primera vez un año antes, que no había perdido su aspecto de carretera sin esperanza, y todas experimentábamos una sensación extraña. Conque nos íbamos de Auschwitz. Nos íbamos vestidas de prisioneras, detalle en el que nunca habíamos pensado. Todo era un reto, todo era increíble e increíblemente raro. La sensación del sueño y la certeza de que era verdad, con el sueño que persistía.

Atajamos por las vías de los trenes de carga, entre los vagones parados, para llegar hasta un hangar donde pudimos cobijarnos. Teníamos cada vez más frío. Nuestros petates, cargados de pan, nos partían las muñecas.

El coche verde grisáceo está aquí. El comandante y Taube se orientan. Llamamos a nuestros SS, a los que seguimos con unos andares que los zapatones y los paquetes vuelven ridículos. Hombres con uniforme de rayas aguardan también. Miserables, como son siempre los hombres aquí. «¿Cómo se tienen en pie?», se pregunta una al verlos.

En la curva de los raíles, el tren asoma, reduce la velocidad, se detiene junto al andén, desplazando despacio un vagón tras otro, con una sacudida. Intentamos adivinar qué clase de vagón se detendrá delante de nosotras —es un tren mixto, de viajeros y mercancías—, y nos tememos, sin atrevernos a esperar algo mejor, que viajaremos en un vagón para el ganado, como el año anterior para venir. ¡Qué frío pasamos!

Pero el milagro no se acaba. El comandante se dirige a un compartimento de tercera clase, nos manda entrar, les alarga nuestras maletas y paquetes a nuestros SS. Una vez subidos los bultos, monta él también, los coloca en las redecillas, nos asigna con amabilidad nuestros asientos, les recuerda a los SS que deben velar por que no bajemos en las estaciones. Salta al andén, cierra la portezuela, y si hubiera añadido un «¡Buen viaje!» no habría incrementado nuestro estupor.

Estábamos en el tren que avanzaba a través de Silesia. Nos alegrábamos de que fuera de día, nos alegrábamos de ver algo de Katowice, una ciudad de ladrillos sucios y avenidas tristes. Una señora que empujaba un carrito de bebé y miraba el tren. No había automóviles. Nieve en los alféizares de las ventanas.

En una vía, a nuestro lado, avanzaba un convoy de carros y camiones que se cruzó con nuestro tren, de camino al este. Nuestros SS se levantaron y explicaron: «Panzer. Russland».

Yo me moría por acercarme a ellos, por entablar conversación, por saber, por poco que fuera, qué era un SS. ¿Cómo, por qué se hace uno SS? Las demás están de acuerdo. Me acerco. Son eslovenos. Dicen que han sido reclutados en las SS por la fuerza, que ignoraban qué era Auschwitz, todas esas chimeneas... Que si no... Nos ofrecen cigarrillos, fuego. En las paradas, bajan a la cafetería de la estación y nos traen ersatz de café que las enfermeras de la Cruz Roja reparten entre los soldados. Las estaciones están plagadas de soldados. Nunca habíamos visto una mirada de piedad, una mirada humana, en un SS. ¿Se desprenden del asesino al salir de Auschwitz?

Cae la noche. El paisaje se emborrona tras los cristales. Paisaje de fábricas, de altos hornos (¿o de más crematorios?), de construcciones negras, de campo negro, cercado por alambradas. O bien toda Alemania está sembrada de campos, o bien todos los campos se encuentran al pie de esta ruta. Paisaje desesperado.

Y en el compartimento estamos a gusto. Hemos sacado de las maletas jerséis y calcetines, pañuelos. Simone mira un libro que era de su hermana. No se atreve a abrirlo. Sin embargo, se alegra de que le quede un libro de su hermana, muerta el verano anterior. Gilberte no dice nada, no mira nada. No encontrará nada de su hermana. Y Lulu toma de la mano a Carmen, conmocionada por la suerte de ambas. Son las únicas hermanas que quedan.

La noche cae del todo. El tren no se ilumina. A oscuras, buscamos nuestras navajas y cortamos nuestro pan para prepararnos unas rebanadas con margarina. Después, encendemos unos cigarrillos, uno cada una. Estamos a gusto. Es de noche. Apoyadas las unas contra las otras, nos quedamos dormidas con el chirrido del tren.

Por la mañana, las afueras de Berlín.

«El teniente William L. Calley, que asesinó a ciento nueve vietnamitas y está pendiente de juicio, había recogido a una niña vietnamita. Una niña perdida, hambrienta, vestida con harapos. Ver niños desnudos y hambrientos vagando por las calles le partía el corazón al teniente William L. Calley. Había adoptado a la niña, la había alimentado, vestido y cuidado. Un día, al regreso de una operación, la chiquilla ya no estaba. Había escapado. El teniente William L. Calley sufrió mucho.» Es lo que afirma la hermana del teniente en el *New York Post* del 28 de noviembre de 1969.



## Berlín

El tren paraba ahora en todas las estaciones. A pesar del frío, en cuanto nos deteníamos junto al andén, bajábamos las ventanillas para ver mejor —los cristales estaban cubiertos de escarcha—, para oír. Los andenes bullían de una multitud imprecisa compuesta por obreros de camino al trabajo. Una bufanda enrollada en el cuello, un macuto al hombro, se movían con prisas, sin prestar atención a nada. Su respiración añadía a la bruma una nubecilla de vaho blanco, que revoloteaba por encima de ellos. Sus sombras se deslizaban unas contra otras, se confundían silenciosamente. Apenas clareaba el día. De pronto, oímos un vocerío en francés: «¡Por aquí, amigo!». Nosotras exclamamos: «¡Eh! ¡Eh, aquí! ¡Eh, franceses! ¿Sois franceses? ¡Nosotras somos francesas!». Un hombre se dio la vuelta, nos lanzó una mirada desagradable, respondió: «¡Mierda!» y reanudó su camino para subir al tren, en la vía de enfrente.

—Para ser el primer francés que nos encontramos... ¡Vaya recibimiento! —comentó Lulu.

Nuestra decepción era mayúscula. ¿Cómo era posible? Unas mujeres con uniforme de rayas interpelan a un hombre libre, y él ni siquiera pregunta quiénes son, de dónde vienen. Veníamos de Auschwitz. Todo el mundo tendría que haberlo sabido. Estábamos descubriendo el abismo entre el mundo y nosotras, y nos entristecíamos.

En una estación posterior, había un poco más de luz. Veíamos mejor a los viajeros en el andén. Por su aspecto, por su atuendo, en todo caso por sus boinas vascas, reconocíamos compatriotas. Pero esta vez nos cuidamos de llamarlos.

—Alemania tiene que estar llena de obreros franceses del Servicio de Trabajo Obligatorio —dijo una.

Nuestro tren entraba en Berlín. A lo largo de las vías, inmuebles destruidos por los bombardeos albergaban aún a sus habitantes. Se veía aquí y allá el tubo de una estufa saliendo del tragaluz de un sótano, de un refugio construido sobre un pedazo de muro en pie. La ciudad ofrecía una imagen espeluznante.

—Parece que esté completamente destruida...

—Les está bien empleado.

Experimentábamos la misma satisfacción que cuando, en Auschwitz, veíamos trenes sanitarios interminables con los techos pintados de blanco y enormes cruces rojas, que volvían del este, cargados de heridos. Las enfermeras iban y venían por los pasillos. Aquellos trenes avanzaban despacio, algunas veces se detenían por completo, largo rato, y nos daba tiempo a ver a los heridos en sus literas. «Les está bien empleado.» Algunos, con la cabeza vendada, se levantaban y nos miraban. ¿Qué decían ellos al vernos?

El tren se detenía bajo el vestíbulo de una estación. Nuestros SS se ajustaban el cinturón, juntaban sus cosas, se echaban el fusil al hombro y nos daban orden de prepararnos para bajar. De los vagones de cola se apeaban hombres con uniformes de rayas, probablemente los que habíamos visto en el andén de Auschwitz. Eran muchos, alrededor de sesenta. Ellos también cambiaban de campo. Presentaban esa delgadez que tan bien conocíamos, a la que nunca habíamos logrado

acostumbrarnos, y se colocaban en filas, como autómatas. A su lado nos sentíamos fuertes y ágiles. Los escudriñábamos. Podía haber entre ellos algún conocido, ¿quién sabe? Pero se asemejaban tanto debido a los ojos hundidos y febriles, a los labios hinchados, que todos resultaban igual de irreconocibles.

Nuestros SS ignoraban a los compañeros que escoltaban a los hombres. Solo tenían ojos para nosotras ocho. Sin contarnos ni obligarnos a ir de dos en dos, nos dirigieron hacia un paso subterráneo. Debían de ser campesinos. No estaban familiarizados con el metro. Tras intentar leer el itinerario en el plano, comparándolo con un papel que uno de ellos llevaba en la mano, decidieron que uno fuera a pedir información. Apiñadas junto al plano, mirábamos con curiosidad todo a nuestro alrededor, civiles que llevaban una vida ordinaria y cogían el metro. Una inscripción subrayada con una flecha indicaba los aseos. Pedimos permiso a nuestros SS para ir. Ellos accedieron. Nos esperarían en lo alto de la escalera, y se encendieron un cigarrillo. Las bastas suelas de madera, con las que había que pisar de través porque sobrepasaban los peldaños, y el estorbo de las maletas volvían peligrosa la escalera. La bajamos con la lentitud de un grupo de inválidas.

Los aseos nos parecieron muy cómodos: una fila de lavabos, una serie de puertas alineadas. La señora que se encargaba de los aseos, una anciana, nos vio entrar en su palacio de mosaicos con olor a desinfectante, sin sorpresa aparente. Debía de verse de todo en aquella época, en Berlín, y la anciana tenía un semblante consumido al que nada debía ya de sorprender. «¡Pobres chiquillas!», exclamó, no obstante, con una voz igualmente consumida, y nos desbloqueó las puertas de los baños de pago.

Abrimos las maletas para buscar con qué asearnos un poco. Pero no teníamos ni toalla, ni guante, ni cepillo, ni nada útil para tal fin. Todo nos lo habían robado. Una de nosotras dijo, hurgando entre su ropa:

—Podríamos cambiarnos y fugarnos.

—¿Y adónde íbamos a ir? No conocemos Berlín y casi ni somos capaces de chapurrear en alemán.

—Berlín tiene que estar lleno de franceses.

—Sí, ya has visto a los franceses, hace un momento. Si crees que nos echarían una mano...

La ocasión era demasiado inesperada para que nos planteásemos aprovecharla. Habíamos planeado demasiado, calculado demasiado cada uno de nuestros gestos, durante demasiado tiempo, como para lanzarnos sin preparativos a una aventura tan arriesgada.

Después de lavarnos la cara y peinarnos, cerramos de nuevo las maletas y fuimos al encuentro de nuestros SS, que fumaban tranquilamente. ¿Nos habían dado una oportunidad para huir? «Demasiado bobos para eso», dijo Carmen.

Con las maletas a nuestros pies, esperamos el metro. La gente afluía y se apartaba de nosotras, seguramente por temor a coger piojos. No nos miraban. Y nosotras murmurábamos, para que nos oyeran todos los que pasaban: «Somos francesas, prisioneras políticas; no somos criminales», en un alemán correcto, pues habíamos reflexionado para construir bien la frase. Una niña que iba de la mano de su madre, una mujer de nuestra edad, quiso soltarse para salir corriendo. Le dábamos miedo. Su madre la retuvo con delicadeza y dijo: «Son unas pobres mujeres. Anda, sonríeles», y ella misma nos dedicó una sonrisa amable. La niña se volvió hacia nosotras y trató de sonreír. Nos habría gustado dar un abrazo a la mujer. Madre e hija se alejaron.

Llegó el metro. Nuestros SS y los SS que escoltaban la columna masculina empujaron a los viajeros y custodiaron las puertas de un vagón para destinarlo a los prisioneros. La gente se apartaba con docilidad. Nuestros SS nos reservaron el fondo del vagón mientras que los hombres se quedaron de pie en el centro. A la luz del día —era una línea en superficie—, los rostros de los hombres nos parecieron aún más dignos de lástima. «Deberíamos darles pan», comentó Lulu. Recibieron el pan con indiferencia. Ni una mirada, ni un movimiento de labios, ni una señal en respuesta a nuestro gesto. Nos resultaron aún más desdichados.

En cada parada, los SS custodiaban las puertas del vagón para impedir que subieran viajeros. El viaje era largo. Nosotras deseábamos que fuese muy muy largo. Teníamos la sensación de estar atravesando toda la ciudad. Ruinas, ruinas por todas partes. Aquel espectáculo desolador nos llenaba de esperanza: «La victoria ya no queda lejos. Ya no pueden aguantar mucho más». Habría sido pedir demasiado que nos compadeciéramos de los niños que seguramente yacían bajo los escombros. Solo nos inspiraban lástima los niños de Auschwitz. Nos habían insensibilizado para los demás.

Bajamos del metro y nos encontramos en otra estación de ferrocarril. Unos prisioneros de guerra, vigilados por una pareja de soldados alemanes —ancianos—, despejaban escombros. Estaban verdosos, como sus uniformes andrajosos. Los interpelamos. Eran italianos, flacos, ¡flaquísimos! Aunque no tan flacos como los deportados. Queríamos hablar con ellos —entre prisioneros siempre se halla una lengua de comunicación; Auschwitz, por lo menos, nos había enseñado eso—, pero los viejos soldados que los vigilaban nos gritaron. Nuestros SS no decían nada.

El andén estaba abarrotado. Nuestros SS abrieron paso a codazos para hacernos subir a un compartimento vacío y ellos se quedaron en el pasillo. Impedían el acceso a los demás viajeros, que protestaban. Dos soldados alemanes, vestidas de gris, lograron convencer a nuestros SS de que tenían derecho a sentarse. Nos empujaron para que les dejáramos sitio. «¿No les da miedo coger piojos?», les pregunté cuando, a pesar de nuestra inercia, consiguieron colarse entre nosotras.

—¡Ah! ¡Francesas! Yo conozco Francia. Estuve en Amiens. Los franceses son cochinos —y se apartó todo lo posible para no tocarnos.

—En Francia no teníamos piojos, pero en Auschwitz estábamos minadas. Los piojos de Auschwitz transmiten el tifus.

Se interrogaron con la mirada y salieron del compartimento insultando a nuestros SS.

Ahora desfilaba ante nosotras otro paisaje, de terreno arenoso, sembrado de sotillos de pinos. A escasa distancia de Berlín aparecieron las atalayas que puntuaban una amplia muralla de alambradas. Estuvimos atentas a la siguiente estación para leer el nombre del sitio: Oranienburg. El topónimo no nos dijo gran cosa en un primer momento. Solo después, cuando recordamos que Carl von Ossietzki estaba allí cuando le fue concedido el Premio Nobel, adquirió aquel nombre toda su significación. «Está cerquísima de Berlín. ¡No tienen ningún pudor!» Otras alambradas sucedían a las primeras, de tal modo que nos preguntábamos si seguía siendo el mismo campo. Había hombres en traje de rayas trabajando por todas partes.

Después de algo más de una hora de viaje, llegamos. Era un simple apeadero, señalado por un pequeño edificio junto a un paso a nivel. Ravensbrück. Tuvimos que esperar que el tren reanudara su camino para atravesar las vías. Nuestros SS nos obligaron a colocarnos en filas de

dos y adoptar las apariencias reglamentarias. Ya no podían cargar ellos con nuestro equipaje. «Ha sido una tontería traer estas maletas para ponerlas en el vestuario de Ravensbrück. Tendríamos que haberlas dejado en los lavabos de Berlín». Unos chalés bastante coquetos, diseminados bajo los pinos, daban al lugar un aire de ciudad de vacaciones. Eran los chalés de los oficiales SS del campo. Habían sido construidos por las primeras prisioneras, que habían acarreado las piedras a mano. Lo supimos cuando estuvimos en el campo.

—Parece que estuviéramos en Fontainebleau —dijo Cécile.

—¡Ay, Fontainebleau! Yo solía ir de acampada casi todos los sábados, con la cuadrilla.

—Yo, si vuelvo, no creo que haga más acampadas...

Nos pareció que había mucha distancia entre el apeadero y el recinto del campo, delimitado por un muro alto pintado de verde.

—Impresiona menos que las alambradas electrificadas —opinó Poupette.

## El misántropo

Las gitanas eran realmente extraordinarias. Se paseaban por el campo, de noche, después del recuento —en verano, porque en invierno nadie se quedaba a la intemperie después del recuento—, y vendían toda clase de artículos sisados de aquí y de allá, en el vestuario, en las cocinas, y hasta cigarrillos que sustraían de los mismísimos bolsillos de los SS. Bastaba con que tuvieran una abertura más grande de la cuenta. Venían a nuestro encuentro y, con un gesto vivaracho, se entreabrían el vestido para mostrar la mercancía.

Solo había un precio: una ración de pan. Una ración de pan por un cigarrillo, una ración de pan por una cebolla. Una ración de pan por unas bragas o una camisa. Incluso nos topamos con varias que ofrecían un trozo de carne a la parrilla. Apetitoso, doradito. Por mucho que nos juraban por sus madres que lo habían robado de la cocina de los SS, nunca les compramos carne. Nos daba demasiado miedo que el asado proviniera del crematorio.

Aquella noche, la gitanilla que me había abordado se sacó de la manga y se volvió a guardar a toda prisa un opúsculo, un libro diminuto.

—Una ración de pan —dijo, en francés.

—Hablas bien francés, ¿de dónde eres?

—Soy francesa. De Lille.

—Y el libro ¿cuál es? Déjame verlo, por lo menos.

Sacó de nuevo el librito para que lo mirase, pero sin soltarlo. Era *El misántropo*, en la colección de los pequeños clásicos Larousse por un franco. *El misántropo*. No me podía creer lo que veían mis ojos. Alguien había cogido un ejemplar de *El misántropo* para el viaje a Ravensbrück...

Le di mi ración de pan. «Ya podrías hacerme precio. No es tan fácil de vender como unas bragas.» Imposible. La gitana había visto el brillo en mi mirada. ¿Quién ha pagado alguna vez tanto por un libro?

Guardándome con mucho cuidado mi *Misántropo* contra el pecho, fui a reunirme con mis compañeras al barracón. Ellas se disponían a cenar, es decir, a comerse su mendrugo de pan con margarina.

—¿Tú no comes?

—¿Qué has hecho con tu pan?

—¿Otra vez te has comprado un cigarrillo!

—No me lo habría fumado sola. No, he comprado un libro.

Me saqué *El misántropo* del pecho.

—¿Nos lo vas a leer?

Y cada una cortó una rebanadita de su pan para juntar una ración para mí.

Qué bien hablaba Alcestes. Qué precisa y firme era su lengua, qué pródigo su aspecto.

—La Celimena esta tiene la lengua tan afilada como tú, Cécile —decía Poupette, que escuchaba a Celimena por primera vez en su vida.

Desde Auschwitz, yo tenía miedo de perder la memoria. Perder la memoria es perderse una misma, es dejar de ser una misma. Así pues, me había inventado toda clase de ejercicios para poner la memoria a trabajar: recordar todos los números de teléfono que había memorizado, enumerar todas las estaciones de una línea de metro, todos los comercios de la rue Caumartin, entre el Athénée y la estación de metro Havre-Caumartin. A costa de un esfuerzo infinito, había conseguido recordar cincuenta y siete poemas. Tenía tanto miedo de verlos escapar que me los recitaba todos cada día, todos, uno detrás de otro, durante el recuento. ¡Cuánto trabajo me había costado recuperarlos! En ocasiones había necesitado días enteros para un solo verso, para una sola palabra, que se negaba a reaparecer. Y hete aquí que de golpe y porrazo disponía de un opúsculo entero para aprenderme, de un texto entero.

Me aprendí *El misántropo* de memoria, un fragmento cada noche, que luego me repetía durante el recuento de la mañana siguiente. No tardé mucho en saberme la obra entera, que duraba casi lo mismo que el recuento. Y hasta la partida conservé el opúsculo guardado en mi pecho.

## Late el corazón en Ravensbrück

Hacia muy buen tiempo aquel día de otoño. Muy buen tiempo ¿para quién? En el taller, las máquinas retumbaban, picoteando chaquetas y más chaquetas, centenares de chaquetas. Cada una en su lugar, cada una con su máquina, las trabajadoras se inclinaban sobre la obra. Las piezas pasaban de la que juntaba a la que montaba las mangas, a una tercera que colocaba el cuello, a una cuarta que abría los ojales, a la última, que cosía el forro. Una cadena. Tantas cadenas como hileras de máquinas entre las que circulaba la vigilante, una SS de gris, que gritaba —inútilmente, las máquinas tapaban los gritos—, que golpeaba. Ni levantar la vista, ni hablar, ni detenerse. El único modo de ralentizar la cadena era partir la aguja. En ese caso, podías abandonar el taburete, acercarte a la vigilante y pedirle otra aguja, que te daba a la vez que una bofetada, o un puñetazo. Íbamos partiendo las agujas por turnos. Y, a pesar de todo, se amontonaban los uniformes, en cuyas solapas ya solo quedaba por coser el escudo con las dos eses.

Las máquinas retumbaban, retumbaba su estruendo en la cabeza de las prisioneras, retumbaba sobre sus pensamientos y sus recuerdos de un día de otoño tibio y rojizo —antes—, retumbaba sobre sus proyectos para la libertad, si es que la recuperaban algún día. Las máquinas retumbaban con un estrépito que llenaba todo el taller.

De pronto, un SS aparece en la puerta, toca el silbato para dominar el estruendo y hacer que pare, y vocifera: «Halt! Alles raus!». Todo el mundo afuera. Las máquinas se detienen, primero las que se encuentran cerca de la puerta, luego las otras, luego las últimas. Las mujeres se levantan, forman las filas. «¿Por qué nos hacen salir? ¿Qué quieren? Un castigo, seguro.»

Salen al patio, vuelven a formar, esperan. Esperan a las del equipo nocturno, que dormían en sus barracones y llegan adormiladas, y preguntan. Ninguna sabe decir qué ocurre, qué va a ocurrir. El taller está al completo, en fila delante del barracón, bajo la dulce luz del otoño.

Las mujeres se preguntan qué van a pedirles. Esperan. Por fin llega el jefe del campo acompañado de un médico SS. Una orden: «¡Quitaos los zapatos y las medias! ¡Rápido!». Las mujeres se descalzan. «¡Levantaos los vestidos!» El suboficial SS —el jefe del campo— agarra a una y le levanta la falda hasta los muslos para explicar cómo hay que hacerlo. ¡Y rápido!

Entonces, con los pies descalzos, agarrando los zapatos con la mano izquierda y con la derecha el dobladillo del vestido de rayas, las mujeres desfilan delante de los SS. «Schneller!», grita el jefe del campo. Quiere que avancemos más deprisa.

Todas lo han entendido. Se yerguen. Rápidamente, las más jóvenes se deslizan a la parte exterior de las filas para disimular a las mayores en el centro. Las que apenas pueden poner un pie en el suelo, las renqueantes que otras compañeras habían conseguido hacer entrar en el taller de confección porque se trabaja sentada, las que estaban demasiado débiles y a las que había que evitarles las faenas con arena o carbón, todas marchan.

Los SS quieren que las prisioneras marchen rápido, pero también quieren ver. Las obligan a pasar ante ellos varias veces. Un vistazo a las piernas es decisivo. Apartan a las que tienen las piernas hinchadas, los pies deformados por los edemas. Y el desfile continúa, vestidos

remangados, pies descalzos sobre la escoria, que hace daño. Schnell! Schneller! Las mujeres pasan por delante de los SS. Tensas, crispadas en un esfuerzo por caminar con naturalidad, por moverse con facilidad, crispadas para no dejar traslucir el miedo en sus facciones. Con cada vuelta, la selección deshace las filas. Las que están a un lado irán al «campo juvenil», un barracón que está situado fuera del recinto principal, donde no te dan nada de beber ni de comer, donde te dejan morir. El miedo y la crispación aumentan a medida que se engrosa el grupo aparte.

Hay una que mira, que se mira la rodilla. Si los ojos tuvieran el poder de eliminar la rigidez de una rodilla que rechaza la orden...

Hay una a la que le tiembla la barbilla. Aprieta los labios para reprimir el temblor. Pero le rechinan los dientes y le tiembla la barbilla.

Hay una que con cada paso levanta un peso sobre el que su nuca se encorva cada vez más.

Hay una precedida por su cabeza: Está huyendo. La huida hacia delante. La huida imposible.

Y todas marchan como condenados en los pórticos de las catedrales.

El comandante del campo, con los puños en las caderas, se anima. «¡Ah! ¡Ah! Late el corazón, ¿eh?» Se divierte de lo lindo.



## Colócate en posición, ponte cómodo

Aquel último verano, las calles del campo no eran seguras. Eran peligrosas entre el recuento de la mañana y el recuento de la tarde. En cualquier momento podía haber una redada.

Las fábricas del Tercer Reich necesitaban cada vez más mano de obra. Los campos se la proporcionaban. Sucedió todo muy rápido. A una señal invisible, los toques de silbato estallaban por todas partes a la vez, las calles entre los barracones eran bloqueadas por las cintas rojas (las Polizei, presas que se encargaban de mantener el orden en el campo y que se distinguían por el brazalete rojo). Todas las prisioneras que estuvieran en las calles o en la puerta de los barracones eran perseguidas, cercadas. Huían en todas direcciones, con la Polizei pisándoles los talones, intentaban escapar, se daban de bruces con las barreras, eran agarradas por el pescuezo y empujadas a base de fuerza bruta, a puntapiés, a puñetazos, a bastonazos, hasta la columna que se formaba en medio del campo. Lo llamaban «marcharse en transporte».

Había opiniones divididas a propósito de dichos transportes. Algunas sostenían que era mejor estar en cualquier otra parte, en cualquier parte mejor que en Ravensbrück. Temían el final y vaticinaban que, una vez derrotados —y en el verano de 1944 la derrota ya no planteaba dudas, tras el desembarco—, los encolerizados SS darían rienda suelta a toda su crueldad. «Ya veréis, no nos soltarán así como así. Harán saltar por los aires el campo. Minarán las alcantarillas. Lo rociarán con bombas incendiarias. Envenenarán el agua y saldrán por pies para salvar el pellejo. Ya tienen sus escondrijos, eso seguro.» Otras se negaban a contribuir lo más mínimo a la industria alemana, a pesar de que, justo antes del fin de la guerra, aquella contribución resultaba inútil. Estas razonaban así: «Estamos más seguras aquí. Los aliados bombardean las fábricas. Jamás bombardearán Ravensbrück. Aquí estamos a salvo. Los SS desaparecerán antes de que lleguen los ejércitos aliados. Tienen demasiado miedo a que los hagan prisioneros. El otro día, se abrió el maletín de una aufseherin: dentro llevaba ropa de paisana.» Sin embargo, ambas partes estaban de acuerdo en un punto: era muy importante no separarse del grupo. O partir todas juntas o quedarse todas juntas. Cada una había aprendido a golpe de dura experiencia que el individuo aislado se encuentra indefenso, que es imposible sobrevivir sin las demás. Las demás son las de tu grupo, las que te sostienen o cargan contigo cuando ya no puedes caminar, las que te ayudan a aguantar cuando ya no te quedan ni fuerzas ni valor.

En mi grupo, la decisión estaba tomada: no debíamos marcharnos.

La manera más segura de evitar las redadas y los transportes era formar parte de una columna de trabajo, una de esas columnas que se ponían en marcha después del recuento para salir a descargar carbón, cargar arena o piedras, o talar árboles en el bosque. Pero tampoco queríamos trabajar, no queríamos trabajar nada. Después de tres años de cautiverio, teníamos que dosificar nuestras fuerzas si queríamos aguantar hasta el final, y el final parecía cerca. Así pues, cada mañana, cuando se reunían las columnas, nosotras echábamos mano a toda clase de estrategias, siempre reinventadas, para escondernos, para que no nos cogieran para trabajar. Cuando las

columnas se marchaban, teníamos que escondernos hasta el recuento de la tarde. Hasta entonces lo habíamos conseguido.

¿Por qué, aquel día, me encontraba sola en una calle del campo? Jamás nos movíamos salvo en grupo, con la vista y el oído bien alerta. ¿Por qué estaba sola aquel día, en el momento en que unos toques de silbato estallaron por todas partes, cuando las Polizei formaron cadenas al final de cada calle? Sin saber siquiera cómo ha ocurrido, me encuentro en una columna que unas SS forman a golpe de bota, que unas kapos mantienen en su sitio a golpe de bastón. ¿Cómo he podido dejarme atrapar tan tontamente? Estúpida que es una. ¡Ah, qué tonta, qué tonta!

Y aquí estoy, en medio de todas estas caras desconocidas. Rusas, polacas, nadie que recuerde haber visto antes, nadie que hable francés. Despacio, a fuerza de golpes y gritos, la columna se estabiliza. Ya no se disuelve. Tal vez todo el mundo se haya resignado. Mi mortificación arrecia. Y mi ansiedad. No volveré a ver a mis compañeras. ¿Adónde vamos? Nunca se sabe. ¿A qué clase de fábrica? Nunca se sabe. Estoy en el extremo de la fila, miro, escruto, busco una posible escapatoria. Unas kapos custodian los alrededores, ahora con bastante despreocupación. Están cansadas de haber corrido y usado los bastones. Dos SS nos vigilan, van y vienen de un extremo de la columna al otro. Esperamos. Esperamos a Pflaum, más conocido como «el traficante de esclavos», porque es él quien se encarga de los transportes, porque es con él con quien tratan los industriales interesados en la mano de obra. Cuando llegue, harán los números, formaremos el convoy. Nos marcharemos. Yo me marcharé y mis compañeras no sabrán dónde estoy. Esperamos.

Aparece una tercera SS que se suma a sus semejantes, y las tres se detienen. Yo las miro. No les quito ojo. Bastaría con que algo atrajera súbitamente su interés, el otro extremo de la columna, por ejemplo, para que... Observo sobre todo a la que me da la espalda. Por la manera en que apoya el peso sobre las piernas, me da la sensación de que está desplazando su atención, y, de pronto, en uno de esos destellos que se tienen en sueños, oigo la voz de Jouvét, en su clase del conservatorio, Jouvét diciéndole a un alumno que avanza por el escenario y emprende su escena: «No. Vuelve a empezar. No has entrado. Entra. Y espera. Eso es. Colócate en posición. Bien. No te muevas. Ponte cómodo. Ahora estás en posición. Ahora puedes hablar. Y nosotros sabemos que tienes algo que decir. Ahora te vamos a escuchar. Ahora sabemos que vas a hablar». Colócate en posición. Ponte cómodo. Las tres SS están en posición. Por su espalda, por sus botas, por sus hombros, comprendo que entablaban una conversación y no se moverán. Están cómodas. Entonces, rápidamente, me salgo de la fila dando un brinco. Con toda la fuerza que me permiten mis piernas, me meto en una calle frente a mí, corro, y mi carrera hace aparecer a una Polizei con la que me tropiezo, corro, corro hasta el final del campo, hasta nuestro barracón, al que llego sin aliento, agotada de tanto correr, de correr tan rápido, de tener tanto miedo, y me abalanzo sobre el grupo de mis compañeras, que me reciben con los brazos abiertos. «¿Dónde estabas? ¿Te habían cogido? Cuando hemos oído los silbatos y hemos visto que no estabas, nos ha entrado miedo. ¡Ay, qué miedo hemos pasado!» Yo también pasé miedo. Tardé mucho rato en recuperar la respiración, en oír que se espaciaban los latidos de mi corazón.

## La partida

De pronto, el sopor de la tarde del domingo se vio sacudido por unos temblores cuyo epicentro no distinguíamos, unos temblores que se inflaban, se amplificaban en alboroto, en agitación frenética, y después en caos generalizado. Los grupos corrían en todas direcciones, las cintas rojas se lanzaban a toda velocidad por las calles del campo, llamaban a las jefas de bloque, transmitían una orden, que repercutía enseguida en los barracones, buscaban personas aisladas o grupos de amigas que se paseaban y charlaban, con la camisa que acababan de lavar colgando del brazo, agitándola para que se secase más rápido, o que, sentadas a lo largo de los muros, bajo las ventanas de los barracones, sacudían la cabeza para airear el cabello y disfrutar de uno de los primeros días de sol. Pero de pronto todo era animación, preguntas, movimiento. «¿Sois francesas? ¡Pues rápido, a la Lagerplatz! ¡Todas las francesas, a la Lagerplatz! ¡Reunión!» «¡Las belgas! ¡A la Lagerplatz! ¡Reunión!» «¡A la Lagerplatz! ¡Con todas vuestras cosas!» ¿Con todas nuestras cosas? ¿Qué significaba eso? La escudilla, la cuchara, el cepillo de dientes y el trozo de jabón, las que tenían; quizá las cartas de casa, la última de las cuales databa de mayo de 1944; un objeto tan valioso como un pedazo de espejo o un cuchillo, conseguido después de infinitas negociaciones... Tesoros ridículos que resumían, cada uno de ellos, una larga codicia y unos cálculos minuciosos; recetas de cocina reunidas en trozos de papel obtenidos al precio de infinitas estrategias o regateos increíbles.

Las mujeres salían por centenares de los bloques y de los rincones donde se habían refugiado para pasar una tarde de descanso lo más tranquila posible, felicidad que había que saber aprovechar, por una vez que teníamos un domingo sin castigo, por una vez que hacía bueno y que podíamos incluso lavarnos el pelo con la suerte de secarlo al sol.

En un estruendo creciente de suelas de madera que arañaban la escoria compactada de los caminos, de gritos proferidos por las cintas rojas y las kapos de todas las lenguas para dirigir a las prisioneras hacia el lugar de reunión, de órdenes que se cruzaban por encima de las cabezas, los cuadrados se formaban en la plaza, enfrente de las cocinas. «¿Qué pasa?» La inquietud aumentaba. «¿Qué bicho les ha picado?» Las filas se formaban en desorden, y tardaron largo rato en ponerse en posición y no moverse. Las SS llegaban, contaban después de las jefas de bloque, se iban, volvían. Circulaban preguntas y rumores de una fila a otra.

—¿Por qué solo convocan a las francesas, las belgas y las luxemburguesas?

—También han llamado a las holandesas.

—Y a las noruegas.

—¿Hay noruegas? ¿Tú conoces a alguna?

—Están evacuando el campo.

—En ese caso, ¿por qué no convocan a todo el mundo?

—¿Por qué te empeñas en entender lo que pasa? Sabes muy bien que aquí nunca se entiende nada.

Entretanto, las filas volvían a disolverse y las cintas rojas intervenían. Pero nadie hacía caso de sus gritos.

Esperábamos. La espera se volvía fastidiosa.

—¡Mirad! Parece que por el final empiezan a moverse.

—Sí, las llevan a la ducha.

—Entonces, esto no es la evacuación. No nos harían pasar por las duchas para echarnos a los caminos.

—Como si fuera la primera vez que nos obligan a hacer alguna estupidez...

—Aun así, por muy ilógicos que sean...

Las filas se disolvían una por una, despacio. Una por una, las mujeres entraban en las duchas. Las que habían entrado primero salían ya, y las kapos las obligaban a formar otra fila, en la calle principal. Cuando nos llegó el turno, ya no quedaba agua en las duchas. Aun así, nos obligaron a desnudarnos. «Quitaos los vestidos. Dejaos puestos los zapatos. Entregad las escudillas.» El médico SS estaba allí, rodeado de varios SS, varones y mujeres, y todos nos examinaban. Seguíamos sin entender nada, especialmente por qué separaban a las que tenían el pelo recién rapado. Algunas, pocas, habían sido peladas hacía muy poco, so pretexto de que tenían piojos. Los SS las empujaban a otra fila y las muy desdichadas, separadas de sus compañeras, se sumían en la desesperación. Las demás, desnudas, con los zapatos en la mano, pasaban por delante del médico, que las palpaba al azar, y que enseguida se conformó con mirar a aquellas mujeres que desfilaban ante él. Una vez concluida la inspección, una prisionera, empleada en las duchas, nos entregaba a cada una un hatillo con prendas de rayas idénticas a las que acabábamos de quitarnos, pero desprovistas de número. Y, de cinco en cinco, salíamos de la ducha para alargar la columna que se formaba en la Lagerstrasse, que se ampliaba a medida que se reducían los cuadrados de la Lagerplatz.

Esperábamos, y seguíamos haciéndonos preguntas. «¿Tú entiendes algo?» Hasta que, de pronto, un ruido hace palpar las filas: «Nos han liberado. Las francesas están liberadas». Unas sonrisas cansadas acogen la noticia.

—¿Y por qué no? Ya liberaron el mes pasado a las que se fueron con los canadienses.

—Puede que se fueran. Pero ¿quién te ha dicho que hayan llegado?

—¿Liberarnos para ir adónde? Más bien nos echarán a la calle... con los SS y los perros.

Otros rumores precisaban:

—Hay camiones esperando en la puerta del campo.

—Sí. Llegaron anoche.

—¿Camiones? ¿Tú los has visto?

—No, a mí me lo ha dicho Martha. Ella sí los ha visto.

—Me lo creeré cuando los vea.

—Y aunque los vieras... ¿Quién te ha dicho que esos camiones son para nosotras?

—Sea como sea, algo pasa...

—También podría ser un transporte negro...

—Tú serías capaz de desmoralizar a un regimiento entero.

De la ducha salían grupos nuevos que iban a engrosar la columna.

—Nosotras no nos hemos cambiado de ropa. Ni nos hemos duchado. Nos han ordenado que arranquemos los números y los tiremos a una papelera.

—Ya no quedan ni agua ni vestidos.

El día declinaba. Alguien dijo:

—Creo que está lloviendo. Me ha caído una gota.

Alargábamos la mano para comprobarlo. Era una lluvia fina, una lluvia que no incordiaba demasiado. La excitación del principio había decaído. Empezábamos a tener frío, a estar cansadas. El tiempo no pasaba. No había nada que hacer aparte de zapatear. Habíamos agotado todas las conjeturas.

De repente apareció Pflaum en su bicicleta, saltó, tiró la bicicleta a un lado y le dijo a una de las SS que custodiaban la columna: «No se marchan hoy. ¡Al Straffblock a pasar la noche!».

Enseguida se difundió la noticia. «Vamos al Straffblock», y el miedo nos atenazó a todas. El bloque disciplinario, un poco apartado, detrás de un cercado, inspiraba terror. No sabíamos lo que ocurría dentro; cosas terribles, con toda seguridad.

Despacio, con paso fatigado, la columna se dirigió hacia el barracón, se adentró en él. El barracón estaba vacío. ¿Qué había sido de sus ocupantes, las castigadas? El suelo acababa de fregarse, todavía estaba mojado. Un olor a madera húmeda nos daba la bienvenida. «¡A la cama! ¡Acostaos!», gritó la jefa de bloque, una alemana.

«Y se ahorran la ración de pan.» No habían repartido el pan de la cena. Aunque a nadie parecía importarle. Agotadas por las horas de espera, todas aspirábamos únicamente a tumbarnos. Cuando Mado y yo entramos en el barracón, los camastros estaban todos ocupados. Solo nos quedaba la posibilidad de sentarnos en el suelo mojado del comedor, al fondo del cual habían amontonado mesas y taburetes. Por grupitos, las recién llegadas se sentaban en el suelo, y enseguida se formó una maraña con las preguntas de un grupo al otro:

—¿Tú crees que sí?

—Hombre, esta vez parece bastante seguro.

—Para evacuar el campo no nos habrían quitado los números.

—Ni nos habrían hecho pasar por las duchas.

—Cuando salimos de Auschwitz, nos devolvieron nuestras cosas.

—El año pasado tenían tiempo. Esta vez parece que no mucho.

—Sí, pero ¿para ir adónde? Dicen que los americanos están a cincuenta kilómetros.

—Precisamente. Para entregarnos en el puesto americano más cercano.

—Tú estás delirando. Todavía hay combates. ¿Acaso nos van a hacer atravesar la línea de fuego?

—Habrá un alto el fuego, lo que tardemos en pasar.

La respuesta fueron unas risas escépticas. Qué optimista era esta.

Unas se tumbaban, mudas, al límite de sus fuerzas. Otras, apoyándose en la pared, contaban cada respiración como si dudaran de poder sobrevivir hasta la mañana, con la mano en el corazón, como para ayudar al corazón a latir. Aquí y allá continuaba el parloteo, oscilando entre la esperanza —un tanto forzada— y la duda, siempre formuladas con frases interrogativas.

—¿Qué será lo primero que pidas cuando seas libre?

—Comida. Un pollo para mí sola. Un pollo asado, bien hechito, que los huesos se desprendan solos.

—Yo preferiría algo crujiente.

—Me meteré un muslo entero en la boca...

—¿Con todo el jugo chorreando...? Ni hablar. Yo lo que quiero es poder usar cuchillo y tenedor, cortar encima de un plato.

—Yo me tomaría un buen chocolate con mucho azúcar, muy espeso, y una tostada con mantequilla. Con la misma cantidad de mantequilla que de pan, para que se quedaran marcados todos los dientes en la capa de mantequilla.

—Yo creo que empezaré por un baño caliente. Perfumado, con sales de lavanda.

—Qué señorona.

—Pues yo no. Yo lo primero que haré será acostarme. No tendría valor de darme un baño.

—Con lo agradable que es un buen baño caliente.

—Eso, al día siguiente. Lo primero: acostarme, que me traigan la comida a la cama.

—Yo creo que si me acuesto no me despertaré al día siguiente. Me pasaré días y días durmiendo.

—Yo fumaría. Un cigarrillo de verdad. Uno entero para mí.

Raras veces habíamos conseguido cigarrillos. Las gitanas, que se los robaban a los SS, vendían cada cigarrillo a cambio de una ración de pan. El cigarrillo proporcionaba una calada a cada una de las que habían participado en la compra, que tenían que sufrir la reprobación de las otras: «¿Estáis locas? Mira que cambiar comida por tabaco, cuando apenas nos llega para no morirnos...».

—Y a ti, ¿qué te gustaría hacer?

—A mí, nada.

—¿Nada?

—No. Nada. Creérmelo. Convencerme. Acostumbrarme.

—Enseguida se acostumbra una.

—Acostumbrarse a levantarse tarde, a ir de acá para allá cuando te dé la gana... No, eso requiere tiempo.

—Pero no hay que preocuparse por esas cosas.

—Tienes razón, todavía no toca.

El cansancio se apoderaba ya de las más robustas. El tono bajaba, las voces se debilitaban. Los silencios interrumpían los murmullos, y en esos intervalos se oían las respiraciones sofocadas de las que estaban arrimadas a la pared, con la boca abierta, la mirada perdida. En todo momento había una mujer que salía del dormitorio, otra que se levantaba de su rincón. Pasaban por encima de las que estaban sentadas por el suelo para ir al baño, o bien preguntaban:

—¿Alguien tiene un jarrillo? Margot necesita beber agua, se encuentra mal.

—Mamá Suzon no va a aguantar. Respira muy fuerte. Nos da miedo.

Gritos, al principio lejanos, dominaban de repente los murmullos.

—Es Jeannette. Está delirando. Está ardiendo.

—No entiendo cómo le han dejado pasar la inspección. Se ve a la legua que tiene tifus.

—¿Habrías preferido que le impidieran irse?

Sentada junto a otras tíficas, todas ellas inmóviles, temblorosas, los labios sin color en su rostro moreno oscuro, casi pardo, Jeannette se hundía.

Las conversaciones se reanudaban:

—Yo llegaré sin avisar. ¡Holaaa! ¡Ya estoy aquí!

—No te quedará más remedio. ¿O te crees que en Francia funciona el teléfono?

—No llegaremos cada una por su lado. Nos esperarán en la estación.

—Qué maravilla, llegar a tiempo para el Primero de Mayo.

—¿Quieres desfilar el Primero de Mayo?

—Pues claro. Ya nos hemos perdido la Liberación.

—Conmigo que no cuenten para el desfile. No, gracias. Bastante he desfilado ya aquí.

—No será en filas de cinco...

—Ni de cinco ni de diez; se acabaron los desfiles.

—Eso es como decir que nunca más te levantarás de buena mañana porque aquí has estado levantándote a las cuatro.

—Precisamente. He tenido amaneceres suficientes de aquí al fin de mis días. Si veo alguno más, será volviendo de tomarme una sopita de cebolla en Les Halles. Y ni por esas...

—Las cosas habrán cambiado mucho cuando volvamos.

—Bueno, ya habían cambiado mucho cuando nos fuimos, el año pasado.

—Es verdad que vosotras todavía no lleváis un año aquí.

—Hay que ser tonta para que te metan en Romainville cuando los americanos están en Porte d'Orléans.

—Lo más gracioso es que entramos tan alegremente. Estábamos convencidas de que era un viaje de ida y vuelta. Lo que tardáramos en ver cómo era y transmitir las últimas noticias.

—Qué largo ha sido el invierno. Qué largo desde que París fue liberado. Habrán luchado hasta el final.

—Y ¿te crees que habrán luchado hasta el final para soltarnos así como así?

—Yo, cuando me fui de mi casa, tenía la colada en el fuego.

—Bien cocida estará a estas alturas.

—No, el policía cerró el gas.

—Un auténtico ángel de la guarda.

—Alguien habrá ido a tu casa y habrá puesto orden.

—No, nadie sabía dónde vivía.

—Podrías haber mandado una postal.

—¡Idiota!

—Mira, a mí lo que me gustaría hacer es ir al estanco de Ravensbrück y comprar unas postales.

—No tienes marcos.

—Yo no perdería ni un minuto más aquí. Cuando sea libre, no me voy a poner a hacer turismo.

—Yo no veo el momento de salir, pero no tengo ninguna prisa por volver. Ya sé lo que me espera y lo que no me espera. Si vuelvo, seré la única superviviente de mi familia.

—Vente a vivir conmigo, nosotros somos más de treinta.

—¿Tú de dónde eres?

—Del Poitou. Lo primero que voy a hacer va a ser pedir un plato de mongettes.

—¿De qué?

—¿Eso qué es?

—Judías. Judías blancas, guisadas con tocino. Mi madre las prepara... ¡Tan mantecosas que se derriten en la boca!

—Habláis todo el rato de comida, pero de beber, nada. Yo pediría algo bueno de beber, algo muy bueno.

—Un buen café.

—¿Crees que repartirán el café, antes de que nos vayamos? Tengo una sed...

De repente, todo se sume en el silencio. La puerta se abre con brutalidad. Pflaum aparece en el umbral, respirando ruidosamente, como si hubiera venido corriendo. La jefa del bloque, que estaba acostada en un cuchitril junto a la puerta, se acerca a él. «Que vuelvan a sus bloques. No se van», dice Pflaum en alemán, y desaparece por donde ha venido.

«¿Qué pasa? ¿Qué ha dicho?»

Con cierta vacilación, se eleva la voz de una mujer que se encuentra cerca de la puerta: «Ha dicho: Que vuelvan a sus bloques. No se van».

Un instante de estupor. Un grito. Un lamento. Un grito más largo. Como si todo se desmoronara.

La jefa de bloque atraviesa el comedor y grita: «¡Arriba! ¡Recuento!». ¡Recuento! Todas nos sentimos atrapadas en una pesadilla. La jefa de bloque sigue gritando: «¡En filas! ¡En filas, fuera! ¡Volved a vuestros respectivos bloques!».

Las que estaban dormidas salen desconcertadas del dormitorio. «¿Qué pasa? ¿Nos vamos ya?»

Debían de ser las cuatro de la mañana. Era noche cerrada. Hacía frío, un frío húmedo que nos calaba después de aquella noche que nuestros cuerpos pegados habían calentado. La jefa de bloque gritaba a pleno pulmón: «¡En fila con vuestras respectivas compañeras de bloque para el recuento!».

Las mujeres salían, tambaleándose, aturcidas. Tiraban de las enfermas a las que todavía les habría quedado un arrebato de vida para caminar hacia la libertad, y que ahora ya no se tenían en pie. Algunas, casi sin conocimiento, movían los labios para pedir una explicación. Nadie podía decir nada, explicar nada.

Paso a paso, ayudándonos mutuamente, nos juntamos con nuestras antiguas compañeras, ya alineadas para el recuento. Nos miraban sin comprender, pero sin hacer preguntas. Las prisioneras más antiguas, las checas, las polacas, habían perdido hacía mucho tiempo la costumbre de hacer preguntas.

Después del recuento se reanudó la rutina, pero de una manera extraña. Ya no nos mandaban a trabajar. Las cintas rojas ya no patrullaban por las calles del campo. Aquel simulacro de partida había puesto patas arriba todo el sistema. La sopa se servía a cualquier hora. Algunas veces no había; otras veces había de más.

Estábamos ociosas, atónitas. Íbamos de acá para allá por el campo, intentando descifrar en el semblante de las SS algún signo que revelara su desasosiego, o sus intenciones. No se veían muchas SS. Buscábamos a las que trabajaban en las oficinas; quizá ellas supieran algo. Y cada día veíamos morir a fulana y a mengana, al límite de la vida, compañeras que podrían haberse salvado si hubieran sido liberadas aquel día. Morían a causa de la emoción, de la decepción. Morían por haber dejado latir la esperanza en sus corazones.

No nos cruzábamos con ningún rostro que no fuera interrogación, que no ardiera en preguntas:

—¿Crees que nos iremos? ¿Tú qué opinas?



—Nada. ¿Qué voy a opinar?

—Mira. Tienen que liberarnos. No aguantaré. No aguanto más.

La voz apenas perceptible, los labios retraídos, las pupilas dilatadas, me miraba y sus ojos suplicaban; «Voy a morir», decía su mirada. «Voy a morir si no salgo de aquí ahora mismo.»

—Ya no puede tardar mucho. Haz un último esfuerzo.

—No, no puedo más. Te lo aseguro. Esta vez ya no puedo más.

Era cierto. Imposible llevarle la contraria. Se agarraba a mí, floja como una planta marchita. ¿Y todas las demás? Los ojos hundidos en las órbitas, los párpados de plomo, ¿de dónde sacarán fuerzas para aguantar, aunque sea solo unos días? Su mirada implorante era el único punto con vida en aquellos cuerpos que estaban ya poseídos por la muerte.

Al final, abrumada por unas preguntas a las que en verdad yo no podía responder, decidí decir:

—Sí, sí, nos iremos. Nos iremos el veintitrés.

—¿El veintitrés cuándo es?

—El lunes que viene.

—¿Y por qué el veintitrés? ¿Lo sabes? ¿Cómo lo sabes?

—Lo sé y punto. No preguntes cómo. Nos iremos el veintitrés.

—A saber si llegaré.

—Pues claro que llegarás. Ve a tumbarte.

Después de echar cuentas mentalmente, seguía preguntándome:

—¿Por qué el veintitrés?

—Porque todo lo que me pasa me pasa en veintitrés.

El muchacho que desde hacía unos días se sentaba a mi lado en clase, y que ese día se las había arreglado para rondarme cuando yo salía y me había preguntado, sin atreverse a mirarme: «¿Hacia dónde va? ¿Puedo acompañarla?», caminaba a mi derecha, en silencio. Bajábamos el bulevar Saint-Michel. Era por la tarde, después de un chaparrón. Caminábamos en silencio mientras él buscaba la manera de entablar conversación. Yo veía, mirándolo de reojo, que estaba cada vez más apurado por decir algo. A mí me divertía, y no hacía nada por echarle una mano.

En la esquina del bulevar Saint-Germain, junto a la reja de Cluny, había un puesto de flores: una canasta de mimbre forrada con una alfombra de mechones verdes a guisa de hierba en la que se exhibían varios ramitos de violetas amontonados. Una pizarra clavada en las violetas decía: Hoy, 23 de abril. San Jorge.

—Es mi santo —dijo el muchacho, por fin.

—¿Se llama usted Georges?

Envalentonado, añadió:

—Es una suerte conocerla a usted en el día de mi santo.

—San Jorge es un santo bonito. Está soberbio con su coraza negra, con ese pelo dorado cayéndole sobre los hombros, a lomos de su caballo, clavando la lanza en la garganta del dragón.

—Me encantaría gustarle tanto como le gusta san Jorge —dijo el muchacho, que superaba la timidez hasta el punto de cogerme del brazo.

A mí me parecía muy guapo. Luego, me contó que había estado tentado de regalarme un ramo de violetas, y que si no lo hizo fue por miedo a que me burlase de él.

Fue otro 23, el 23 de mayo, cuando me convocaron en su celda de La Santé, donde yo también estaba presa, para que me despidiera de él. Mi guapo san Jorge, que moría luchando con el dragón, mi guapo san Jorge, tímido y valiente.

Pero, en aquel momento, en Ravensbrück, dando a las implorantes la esperanza de que nos iríamos el 23, no me dejaba llevar por mis recuerdos. Todavía no era el momento de dejarse llevar.

¿Por qué dije que nos iríamos el 23? No soy supersticiosa. Por impaciencia. Por caridad. Porque no podía aguantar más esas miradas que mendigaban un destello de esperanza, una migaja de certidumbre. Y yo decía: «Nos iremos el veintitrés» con una seguridad tan bien interpretada que ellas se iban reconfortadas.

Nos fuimos el 23, el 23 de abril. Si Mado no estuviera aquí para dar fe de ello, no me atrevería a rememorar mi propia predicción.

## El adiós

Nos despertamos con el ruido de la llave en la cerradura. Apenas clareaba el día. La celda estaba apenas iluminada. Un soldado, parado en el marco de la puerta, pronunció mi nombre y me ordenó que me vistiera, con su acento que transformaba las palabras, que confería a las palabras un significado mortal. «Vístase, si quiere ver a su marido... todavía.» Hizo una pausa antes del «todavía». Un significado mortal. Se retiró al pasillo, dejando la puerta entornada, mientras yo me vestía. Mis compañeras de celda también se habían levantado. Me entregaban mis cosas, me ayudaban con gestos de amabilidad y de compasión, su única manera de transmitirme su bondad y su afecto. Flanqueada por dos soldados, atravesé pasillos oscuros, largos, con cruces y recodos, un itinerario complicado. Las botas de los soldados resonaban sobre las baldosas. Caminábamos deprisa.

Yo habría querido caminar más deprisa. Me dejaron en una celda cuya puerta estaba abierta. Apoyado en la pared, Georges me esperaba. Jamás olvidaré su sonrisa.

Apenas tuvimos tiempo para decirnos todo lo que habríamos querido decirnos. Uno de los soldados me llamó: «¡Señora!», siempre con aquel acento que confería a las palabras un significado mortal. Respondí mediante un gesto: Espere. Un minuto más. Déjenos un minuto, un segundo más, decía mi gesto. Él volvió a llamarme, y yo no solté la mano de Georges. A la tercera vez, tuve que marcharme, como Ondina, a la que el Rey de los Ondinos debía llamar tres veces cuando ella se despedía del caballero que estaba a punto de morir. A la tercera vez, Ondina olvidaría y regresaría al fondo de las aguas, y, como Ondina, yo sabía que olvidaría, porque olvidar es seguir respirando, porque olvidar es seguir recordando, y porque la distancia entre la vida y la muerte es mayor que la que separaba la tierra y las aguas a las que regresaba Ondina para olvidar.

Los soldados me escoltaron de vuelta a mi celda. Quisieron empujarme al ver que me quedaba inmóvil en el umbral y les impedía volver a cerrar la puerta. Me adentré en la celda. Mis compañeras vinieron a mi encuentro. Yo me tambaleé —ah, apenas, como si perdiera pie— y ellas me tumbaron en mi catre. No me preguntaron nada. Y yo no les dije nada, no les dije nada de lo que le había dicho a él, a él, que estaba a punto de morir.

Le dije  
qué guapo estás.  
Estaba guapo de muerte, su muerte cada  
segundo más visible.  
Es cierto que la muerte  
embellece.  
Os habéis fijado  
en cómo son  
los muertos, últimamente  
son jóvenes y musculosos  
los cadáveres de este año.  
La muerte rejuvenece  
cada día  
este año  
un chiquillo ayer no había cumplido  
los diecinueve.  
Sé muy bien que no hay nada como ella  
para embellecer a los vivos  
para devolverles la faz de la niñez.  
Él estaba guapo de muerte  
cada segundo más guapo  
que iba a posarse sobre él  
caía sobre su sonrisa  
sus ojos  
su corazón  
su corazón que latía  
que vivía.  
Más horrible aún por lo guapo que estaba  
más horrible aún porque son  
jóvenes y guapos  
todos  
tumbados uno junto a otro  
guapos para la eternidad  
y fraternales  
alineados  
cuando se siegan hombres como espigas  
la espiga a su tiempo y el grano maduro  
el hombre a su tiempo  
en el verano de la rebelión

cuando se tumban hombres como espigas  
la mirada frente al acero  
pecho expuesto  
pecho reventado corazón agujereado  
los que habían elegido.

Es lo que lo embellecía tanto  
haber elegido  
elegido su vida, elegido su muerte  
y haber mirado hacia delante.

## La última noche

Salvo por un par de detalles, todo debía transcurrir como el domingo anterior. Estrépito, gritos, reunión delante de las cocinas a primera hora de la tarde. También era domingo.

Formamos en fila. Cuentan las filas. Órdenes entrecruzadas, más suaves, menos vociferadas que el domingo anterior. Como el domingo anterior, nada se había filtrado, nada había dejado presagiar que volveríamos a representar la escena de la partida. De repente, rápido, las francesas, las belgas, las luxemburguesas tenían que personarse en la Lagerplatz. Vuelven a contar las filas. Las jefas de bloque sostienen el gran registro contra el pecho y comparan las cifras que dan las mujeres reales con las cifras de su registro. Largos los cálculos, largas las comprobaciones.

«Bueno, ¿volvemos a la ducha? Esta vez me gustaría que hubiera agua.»

No hubo ni ducha ni selección. Solo una formalidad suplementaria. Como desde el domingo anterior ya no llevábamos el número en el vestido ni en la chaqueta —bueno, supongo que fue por eso—, habían decidido reconstituir las identidades. Habían instalado unas mesas hechas con tablones sobre caballetes en una calle lateral. Dos prisioneras de la Politische estaban allí sentadas, con sendos cuadernos abiertos ante ellas. Nosotras, en fila, esperábamos. Las del final interrogaban a las primeras: «¿Qué hay que hacer? ¿Qué están anotando? ¿Qué están preguntando?».

Las primeras contaban, y la información circulaba de fila en fila:

—Están preguntando apellido, fecha de nacimiento, nombre y apellido del padre, su fecha de nacimiento.

—¿La fecha de nacimiento de quién?

—La de tu padre.

Más valía saber en qué consistía el asunto y prepararse a responder sin titubear. Algunas necesitaban un tiempo de reflexión. Que una se ponga un nombre prestado no implica que se invente también un padre, con nombre de pila y fecha de nacimiento. Y las que habían respondido a esas preguntas cuando llegaron tenían que acordarse de lo que habían dicho o lo que habían escrito en su ficha de ingreso.

—Yo no me acuerdo del nombre que di para mi padre.

—¿Tú no estás inscrita con tu verdadero nombre?

—Nunca han descubierto mi verdadero nombre, ni siquiera los franceses.

—Muy cómodo, para cuando te busquen.

—¿Y si hubieras muerto?

—Habría muerto sin morir. La inmortalidad es eso.

—¿Crees que tiene importancia? Parece que tienen un buen lío ahí montado.

—Esta vez nos vamos. Ahora ya no cabe duda.

—Cualquiera diría que no los conocéis. En la fortaleza en la que estuvimos, una mañana fueron a buscar a una prisionera. Hicieron toda la pantomima de una puesta en libertad. Le devolvieron el bolso y los papeles. Llegaron incluso a desearle buen viaje, y la mujer se encontró

en una celda para condenados a muerte. Qué habrá sido de ella. No la trasladaron aquí con nosotras.

—¿No tienes una anécdota más alegre que contar?

—Dime cómo se llama mi padre y su fecha de nacimiento.

—Di cualquier cosa. Te aseguro que este circo ya no vale para nada. Ni siquiera deben de saber qué han hecho con sus papeles.

—Han debido de quemarlo todo para que los aliados no encuentren nada.

—Entonces ¿para qué quieren más papeles? Podrían liberarnos sin identidad. De todos modos, viajaremos sin pasaporte.

—¿Acaso es la primera vez que los ves haciendo papeleos inútiles?

—Están guardando la compostura, antes de salir por pies. En cuanto nos vayamos nosotras, ellos se quitan de en medio. No tienen ningunas ganas de que los hagan prisioneros.

—Claro, y se esfumarán, ¡puff! ¡Sin más! Tú te crees que estás en una película.

—El otro día, una SS (¿te has fijado en que desde hace un tiempo llevan todas un maletín que no sueltan ni a tiros?), el otro día a una SS se le cayó el maletín y el contenido se desperdigó por el suelo. Era ropa de paisana: una falda, una blusa, una chaqueta, zapatos. Una muda completa. Lo vio Jeanne. Perfecto para desaparecer, ¿no te parece?

Avanzábamos despacio. La ficha de identidad era lenta. Las que escribían eran checas o polacas. No entendían bien lo que decíamos, no sabían escribirlo. ¡Y que no contaran con nosotras para que las ayudáramos! No porque tuviéramos nada contra ellas, en absoluto. Pero nos alegrábamos si nuestras identidades resultaban erróneas.

Las filas se habían disuelto. Había unas SS vigilando, pero tenían pinta de aburrirse y no intervenían para que respetáramos el orden y la alineación.

—Está claro que esto es el final.

Ciertamente, la disciplina se había relajado. Las más cansadas se sentaban en el suelo; otras iban de grupo en grupo para charlar. De pronto, sin que nadie supiera de dónde había salido, apareció al final del camino una carretilla plana tirada por dos cintas rojas. Las SS nos llamaron y las filas que esperaban para pasar por las mesas se desplazaron hacia la carretilla, sobre la que se amontonaban cajas de cartón. Las cintas rojas y las SS repartieron las cajas. Una a cada una. Paquetes de la Cruz Roja canadiense. Cada una se afanó de inmediato en abrir su paquete, olvidándose de avanzar hacia las mesas de identidad. Sin embargo, todas acabamos pasando, en una gran confusión, y tuvimos que volver a formar en columna, de cinco en cinco, en la Lagerstrasse.

El día tocaba a su fin. Como el domingo anterior, llovía, una lluvia fina que había diluido la tinta en los cuadernos de identidad. Sin dejar de comer lo que contenían los paquetes a medida que íbamos descubriéndolo —galletas, biscotes, una lata de corned beef y muchas cosas más, todo ello bien apretado en la caja—, esperábamos. Esperar, siempre esperar, nos harían esperar hasta el último momento... Hurgábamos en nuestras cajas y enunciábamos lo que descubríamos. Eran todas rigurosamente idénticas. Había incluso un paquete de cigarrillos americanos. Fue ese paquete lo que abrí en primer lugar. Saqué un cigarrillo. Lo sostenía entre los dedos, con cierta torpeza, y pensaba: ya podrían haber metido cerillas. Lógicamente, no se les había ocurrido. Los paquetes estaban destinados a los soldados, y los soldados siempre tienen fuego. Yo sentía unas ganas irreprimibles de encender aquel cigarrillo. Con paso tranquilo, me acerqué a la SS y le pedí

fuego. Sin manifestar reservas ni sorpresa, con toda naturalidad, como en la vida civil, la SS se sacó un mechero del bolsillo y me lo ofreció. Yo encendí el cigarrillo y di una calada, en las narices de la SS, a la vez que le devolvía el encendedor. Ella lo cogió y dijo: «Danke». Definitivamente, era el fin.

El cigarrillo no me resultó tan agradable como esperaba. El primer cigarrillo, debería haberlo imaginado. Aun así, me lo fumé entero, obligándome un poco. La cabeza me daba vueltas.

Todo estaba muy bien embalado en aquel paquete. Había muchas tapas de modelos desconocidos, de rosca o de las de tirar de una lengüeta de metal. Tras comer todo lo que se presentaba bajo la forma más sencilla —las galletas, el chocolate, el azúcar—, algunas la emprendían con la lata de mantequilla, hundiendo dos dedos y poniéndose un pegote en la lengua para chupar como si se tratara de un caramelo.

—Es con sal.

—Yo estoy comiendo algo que no sé qué es, pero está bien rico.

—¿A ver? Ah, la caja azul. Es mantequilla de cacahuete. Muy reconstituyente.

Esperábamos. La espera no acababa nunca. Había dejado de llover. El cielo se había despejado. Había caído la noche. Los focos se encendían. Y, como el domingo anterior, vimos llegar a Pflaum en su bicicleta, soltar el manillar y espetarle a una de las SS: «No se van hoy», señalando al mismo tiempo los bloques a los que tenían que mandarnos para pasar la noche. Y, como el domingo anterior, empezaron a brotar preguntas ansiosas por todas partes:

—¿Qué ha dicho? ¿Lo has entendido? Tú que sabes alemán, ¿has oído lo que ha dicho?

—Ha dicho que hoy no nos vamos.

—Otra vez la jugarreta del domingo pasado.

—¿Lo ves? No nos vamos —me dice una mujer menuda con la cara desencajada.

Y yo, imperturbable:

—Te dije que nos iríamos el veintitrés. El veintitrés es mañana.

—¿Sigues creyendo que nos iremos?

—Mañana. Estoy convencida.

Me dio las gracias con una mirada que expresaba su deseo de creermelo y que sin embargo se desteñía.

—Ánimo, mujer. Es la última noche que pasamos aquí.

La columna se puso en marcha y atravesamos todo el campo, toda una zona desierta al fondo del campo, para instalarnos en los barracones vacíos. Todas tomaron posesión de las camas de inmediato. Esta vez había para todas. Estábamos exhaustas y sabíamos demasiado bien lo que vale una noche de sueño como para no tumbarnos en cuanto nos fue posible. Abrazando sus valiosos paquetes, todas se acostaron. Menos yo.

Había en el paquete una lata de café soluble. Las instrucciones indicaban que podía hacerse con agua fría. ¡Un café y un cigarrillo! Lo que yo más deseaba. Me había guardado un vaso, un jarrillo de cuarto de esmalte marrón rojizo, con un asa, como una jarra de cerveza (jamás me separaba de mi vaso). Vertí una dosis doble de polvos con ayuda de la cucharilla de cartón que venía en el interior y que correspondía a la dosis para una taza. Me pareció muy poco. Añadí un poco más. Abrí el grifo del lavabo con prudencia, el agua caía casi gota a gota, para no estropear los polvos y obtener un buen café de verdad, bien fuerte. El azúcar tardó en disolverse en el líquido frío. Yo esperaba con paciencia. Un verdadero placer, esperar para eso. Por desgracia, ya



no tenía fuego para encenderme un cigarrillo que acompañase el café. Qué le íbamos a hacer. Mañana. Me bebí el café a sorbos cortos. No me resultó tan placentero como yo había esperado. Estaba amargo. El primer café... Habría que volver a acostumbrarse a los placeres, a los sabores, al sabor del café, al sabor del tabaco. También podía ser que se debiera al producto, y que aquel café soluble no valiera nada comparado con el café de verdad. Como con el cigarrillo, me obligué a acabármelo. Enjuagué el vaso y volví al dormitorio, donde mis amigas me habían guardado un sitio cerca de ellas. Nada más tumbarme, experimenté una sensación extraña. Me pregunté qué me estaba pasando. Tenía un nudo de angustia en la garganta. Las sacudidas de los latidos de mi corazón eran tan violentas que el ruido me llenaba los oídos. Los oídos me dolían a causa del zumbido, el corazón se me salía del pecho, y yo, con las fosas nasales dilatadas, con la boca abierta para respirar, me asfixiaba.

—¿Adónde vas? —me preguntó Mado al oírme bajar.

Le señalé con un gesto los lavabos. Pero seguramente Mado no vio el gesto, en la oscuridad. Volvió a dormirse enseguida. Yo salí del dormitorio. Me ahogaba. Necesitaba aire. Conseguí llegar hasta la entrada del barracón y abrir la puerta. Jadeaba, desfallecía. De pie, apoyada en el marco de la puerta, con la cara vuelta hacia la noche, me sostenía el corazón con las dos manos para que no me desgarrara el pecho. El vestido me estorbaba. Lo desabotoné. *El misántropo*, aquel bulto pequeño al que ya me había acostumbrado, que incluso me había dado calor durante el invierno, *El misántropo* me estorbaba. Lo tiré a mis pies. Intentaba tomar aire, y con cada inspiración me sentía morir. La última noche en Ravensbrück. Mi última noche de vida. Iba a morir ahora que me sabía *El misántropo* de memoria y ya no me haría falta. Estaba delirando. Iba a morir de una manera tan tonta como esa gente que hace apuestas tontas. El corazón se me subía a la garganta, me apretaba la garganta, la estrangulaba. Me imaginaba que cada respiración sería la última. Me dolía, me dolía, me dolía. En el marco de la puerta, con la cara helada por la noche, con las sienes martilleando —cómo me dolían las sienes—, con la frente empapada de sudor, del sudor de la angustia, me resultaba imposible impedir que se me deformara la boca, que me bombeara el corazón, y me decía que hay que ver qué muerte más tonta. Morir en el umbral del barracón, en el umbral de la libertad, porque, esta vez, yo también lo creía, llegaba la liberación, demasiados signos apuntaban a ella.

La noche era clara y fría. La luna se había elevado por encima de los barracones, muy grande, muy cerca. Su luz azulaba los tejados, los hacía resplandecer. Yo miraba la noche sin parar de jadear, y crispaba mi voluntad para que mi corazón aguantara hasta la mañana. Aguanta, aguanta, imbécil. No era la primera vez que le daba esa orden a mi corazón. Hasta entonces, no obstante, había sido para obligarlo a latir.

Poco a poco, los latidos fueron espaciándose, mi respiración recuperó el ritmo habitual. Pero la noche había terminado. Me había pasado toda la noche de pie. Estaba tan contenta de haber aguantado hasta el fin de la noche que no experimentaba cansancio alguno. La noche había pasado, ya no podía dormir, pero todavía no era de día. Las estrellas brillaban frías en el cielo nocturno, la luna había subido a lo más alto del cielo oscuro. Llegaban dos kapos, silbando, y en un abrir y cerrar de ojos todo el mundo estuvo en pie. Mis compañeras me buscaban: «¿Dónde estabas? ¿Te has puesto mala?». Me traían mi paquete, que había dejado encima de la cama. «Nada, no es nada. Ya está.»

Al principio no les conté por qué había estado mal toda la noche. Me daba mucha vergüenza, y vergüenza también haber tenido miedo de morir. Una deportada veterana como yo... Veintisiete meses de campo en los que cada minuto había dosificado mis fuerzas, controlado mi corazón, calculado hasta el menor de mis gestos, hasta el menor de los pasos, para aguantar una hora más, un día más, y ahora... Me comportaba como una recién llegada, como una idiota.

Dos SS llegaban detrás de las kapos dando órdenes para que formáramos las filas delante del barracón. Chillaban sin obtener resultado. Las mujeres salían del barracón, se alineaban y, de repente, sin que nadie supiera por qué, todo se deshacía, todo el mundo retrocedía. SS y kapos chillaban cada vez más fuerte, agarraban de un puñado a algunas mujeres para obligarlas a permanecer en filas, pero era en vano. Las mujeres se negaban y una fuerza invisible tiraba de ellas hacia atrás.

En mi grupo, nunca nos apresurábamos en salir. Nunca éramos ni las primeras ni las últimas. La experiencia nos había enseñado que los palos llovían sobre las primeras y las últimas. En el centro, generalmente había una tregua hasta que los bastones, exhaustos a resultas de la primera oleada de golpes, recobraban el ardor.

Cuando salimos, no entendimos por qué las filas se disolvían según iban formándose, por qué volvían a formarse más lejos bajo la mano férrea de las kapos y de nuevo reculaban desordenadamente. Ocupamos nuestro lugar en la columna, lo más cerca posible de la puerta. Todas las que se encontraban delante de nosotras se salían de las filas, corrían para ponerse a la cola. Nosotras no nos movíamos, y seguíamos sin comprender por qué las que nos precedían estaban tan trastornadas. Nadie quería estar en la primera fila, de suerte que, al no habernos movido, nos encontramos entre las primeras. Fue entonces cuando entendimos el motivo de la desbandada.

Justo delante de nosotras, cuatro SS con sus cascos estaban colocados en posición, la rodilla hincada en el suelo tras las ametralladoras, apuntando al camino, preparados para disparar. La luz de la luna prendía unos destellos pálidos en los cañones de las ametralladoras. Tomamos una decisión rápidamente, y sin necesidad de ponernos de acuerdo. «Si quieren disparar... Qué más da un minuto antes o después, mejor caer ahora mismo.» Yo, que había tenido tanto miedo de morir durante la noche, no sentía ahora ningún temor. Estábamos muy tranquilas las cinco. Después de tantos años, nada podía mermar nuestra sangre fría. Agarrándonos con firmeza las cinco, cogidas del brazo, blindamos la primera fila y gritamos a las demás, detrás de nosotras: «A vuestros puestos. Se van».

La columna se formó. SS y kapos dejaron de gritar. Hubo un momento de silencio tras un largo rumor de pisadas, hasta que las kapos gritaron: «Los!». En marcha, y la columna se puso en marcha, directa hacia las ametralladoras, que no dispararon.

Seguramente fue la última broma pesada del comandante.

Me di cuenta, al desvestirme esa noche, en Dinamarca, de que me había olvidado mi *Misántropo*.

## La mañana de la libertad

El hombre que se aparecía ante nuestros ojos era el más guapo que habíamos visto en toda nuestra vida.

Nos miraba. Miraba a aquellas mujeres que lo miraban, sin saber que, para ellas, él encarnaba lo perfectamente bello de la belleza humana.

De pie en las escaleras, en la entrada —cosa sorprendente en la que todavía no pensábamos, la entrada podía ser la salida—, seguramente aguardaba nuestra llegada. Solo, al lado de un grupo de impermeables tocados con sombreros de fieltro.

Los dos batientes de la puerta estaban abiertos. El foco que había encima de la entrada zambullía su luz en la negrura. El hombre escudriñaba tan lejos como la luz le permitía a su mirada, y hete aquí que una primera hilera de cabezas se dibuja, cabezas que avanzan en la luz, avanzan seguidas de más cabezas en hileras, y más, y el hombre solo sabe mirar esas cabezas que crecen avanzando hacia él, las mira, dudando de que esas cabezas y esos ojos sean reales, fascinado hasta tal extremo por las cabezas, más lívidas merced a la luz, que no es capaz de apartar la mirada para ver los cuerpos, para ver los pies. Cuando vea los cuerpos y los pies, albergará aún más dudas.

El hombre mira a esa tira de manchas pálidas que son las cabezas sobre el fondo de oscuridad, esa tira que se despliega despacio, en silencio, y avanza. Ahora distingue caras, y todos los ojos lo miran fijamente a él, pero esos ojos están tan acostumbrados a permanecer imperturbables ante los espectáculos menos verosímiles que no revelan lo que experimentan al ver al hombre. Asombro. Incertidumbre.

La columna avanza. Ninguna emoción. Nada. Las caras solo están marcadas a grandes rasgos y en profundidad por un sufrimiento largo y antiguo, por una lucha larga y antigua. Parece que la voluntad y el dolor se han adherido a las caras —acaso al entrar en este lugar, al traspasar el umbral donde se encuentra el hombre— y que en ellas se han endurecido para siempre.

La columna avanza. La puerta está abierta, la barrera bajada. La columna se detiene en la barrera. Las mujeres miran al hombre, esperan, y el hombre espera también. Espera que al final del camino luminoso excavado por el foco se detengan las últimas. La columna entera se detiene. Todas las mujeres pueden ver al hombre y todas lo miran con sus ojos que no expresan nada, ojos que desde hace mucho tiempo no han debido expresar nada, dejar traslucir nada. Y tal vez no hay en ninguno de esos seres emoción alguna: a fuerza de contraerse y dominarse, una ya no siente nada.

El hombre mira a las mujeres. Se adivina que él, por su parte, hace un esfuerzo para no revelar las sensaciones que lo abruman.

Las mujeres miran al hombre y no lo ven. Es decir, no lo ven en sus detalles, en aquello que lo distingue como hombre. Solo ven a un hombre, una efigie de los humanos olvidados. Y esto es más sorprendente que la propia presencia del hombre.

La columna se ha detenido por completo. Las pisadas han parado. Esperamos.

Y él habla. Él, el hombre. Los impermeables con sombrero de fieltro se giran apenas, fingen no prestarle atención ni a él ni a nosotras. El hombre pregunta —una frase de sílabas separadas, en un francés aprendido, teñido de un acento desconocido para nuestros oídos familiarizados con todos los acentos de Europa central y oriental—, pregunta: «¿Sois todas francesas?», pronunciando las e mudas. ¿Se está dirigiendo a nosotras? ¿Será posible que nos estén preguntando algo? Nadie contesta.

Por fin, en la primera fila se oye:

—Sí.

—¿Sois todas las francesas? —Enfatiza el «las».

La voz de la primera fila contesta, con el mismo esmero que una pone con un extranjero:

—No, las enfermas están en la enfermería.

El hombre dice:

—Ayer llevé a las enfermas. Ciento diez enfermas.

La voz de la primera fila responde:

—Entonces, estamos todas.

(Y no era verdad. La víspera, el comandante del campo había entregado, efectivamente, a ciento diez mujeres, que, aun estando enfermas —¿quién de las que conformaban la columna no lo estaba?—, no eran las enfermas ingresadas en la enfermería. Las de la enfermería no estaban lo bastante presentables. Se quedaron allí, junto con doce mil prisioneras —polacas, rusas, checas, yugoslavas— que los rusos encontraron varios días más tarde.)

Solo en el momento en que habla distinguen las mujeres que el hombre viste un uniforme caqui, con botas y guantes rojizos, un brazalete blanco con una cruz roja en un brazo, un brazalete azul con una cruz amarilla —una cruz distinta— en el otro brazo. Está fumando y sostiene el cigarrillo entre los dedos estirados, como un hombre, no como un militar. Una de las mujeres de la primera fila observará más tarde, mientras narra la escena: «Ya sabéis, ese olor a tabaco de Virginia». El brazalete de la cruz roja lo conocemos. Pero ¿y el otro?

El hombre nos mira largo rato con ojos incrédulos y dice, de nuevo separando las sílabas:

—Ahora nos vamos a Suecia.

Nos vamos a Suecia, y no hay respuesta en la larga tira de manchas claras cuyas miradas crean agujeros de sombra. Ninguna animación, ningún sobresalto.

¿Esperaban acaso estas mujeres emprender un viaje, irse a Suecia? No. Apenas una hora antes, cuando los SS las hicieron salir de los barracones donde habían pasado la noche, reunidas para marcharse, cuando se encontraron frente a un grupo numeroso de SS armados, con la bayoneta corta brillando en el cañón del fusil, cuando las filas se formaron delante de las ametralladoras, todas creyeron que no se trataba de la partida tan esperada y que solo estaban evacuando el campo: esas columnas que caminan durante días y días, mujeres que caen agotadas, que un SS remata con una bala en la sien o en la frente. Habíamos sabido de la evacuación de Auschwitz, en enero, bajo la nieve que caía y que cubría los cadáveres, varios a cada paso, a lo largo de las carreteras de Silesia. Habíamos visto también hombres de un campo del oeste. Habían recorrido a pie centenares de kilómetros, perdiendo por el camino a casi todos sus compañeros. Aquí, al norte de Berlín, nos encontramos en el último corredor del Reich, entre las líneas rusas y las líneas estadounidenses, que cada vez se acercan más. ¿Dónde podrían

evacuarnos? A los SS les trae sin cuidado. Ya en otras partes han arrojado a miles de prisioneros a las carreteras, sin meta, sin más razón que la de caminar. Saben que caminando muere gente.

Habíamos atravesado el campo dormido. La luna escarchaba los tejados. Una farola, delante de las cocinas, alumbraba a Pflaum, que tenía papeles en la mano y seguía pronunciando nombres. ¿Por qué? Llamaba a las que pretendía que partieran aparte, nosotras todavía no lo sabíamos y teníamos miedo porque todo lo que tenía que ver con Pflaum daba miedo. Luego, la columna había avanzado hacia la puerta y se nos había aparecido el hombre.

Nos vamos a Suecia... La cruz amarilla sobre fondo azul, en el brazo del hombre, es Suecia. La barrera está bajada. Esperamos.

Nos vamos a Suecia. No hay respuesta en las miradas, pero vamos recobrando la facultad de ver. Ómnibus en la puerta, fuera. Ómnibus blancos con la cruz roja. Las bocas permanecen mudas. Los rostros no se mueven. Ningún «¡Ah!», ninguna sorpresa. Ninguna alegría. Inmóviles, esperamos.

Nos vamos a Suecia. El hombre solo lo ha dicho una vez, y la frase se repite dentro de nosotras, resuena al son de unas pocas notas atenuadas, siempre las mismas, que se desgranar y vuelven a empezar.

Nos vamos a Suecia. Hay una motocicleta delante de la puerta. No la habíamos oído. Está ahí, con el motorista cubierto con un caparazón, botas, casco, guantes de cuero, un caballero que luce un cuadrado blanco con cruz roja sobre el pecho, un cuadrado blanco con cruz roja sobre la espalda. Un caballero de verdad, como los de la historia, encasillado de cruces.

Nos vamos a Suecia. Tenemos que creerlo, porque es el hombre quien lo dice, porque los camiones blancos están en la puerta, porque el caballero que acude a liberar a las cautivas está inclinado sobre su artilugio.

Esperamos, en silencio. Con una calma que nos sorprende a nosotras mismas. Nosotras que creíamos que, si ese día llegaba, nos desmayaríamos de felicidad.

La barrera se levanta igual que el brazo de un paso a nivel. Pflaum se afana en sus papeles. Entra en el despacho, sale de nuevo, habla con los impermeables con sombreros verdes (la Gestapo). Esperamos. Vigilamos los labios del hombre en busca de una señal. Nos vamos a Suecia.

El hombre guarda silencio. Es Pflaum quien hace un gesto con la mano: ¡Adelante! La columna va a ponerse en marcha, va a franquear la puerta.

Entonces, una voz de las nuestras se alza: «¡Camaradas! Recordemos a las que dejamos aquí. Guardemos, por ellas, un minuto de silencio». Y esa voz que pide silencio quiebra el silencio.

Los suecos estaban allí desde la víspera, preparados. Según vamos saliendo, nos agarran de los brazos, nos sostienen por los codos, nos hacen subir a los vehículos. Varias lottas\* cargadas de maletines, cajas de primeros auxilios, botiquines, cantimploras, se encargan de las más débiles, y el capitán M. descubre a las dueñas de aquellos ojos y aquellas caras. Ve las piernas hinchadas o cubiertas de llagas, los cuerpos miserables, los pies enfundados en calzados inimaginables.

Una vez instaladas, con paquetes y mantas sobre el regazo, el capitán pasa por cada ómnibus. Pregunta:

—¿Estáis bien?

—Sí.

Por fin, las mujeres pueden hablar. En el marco de la portezuela, más guapo aún, añade:

—Se acabó la Gestapo.

Sonríe, y todas responden a su sonrisa.

Ahora sé por qué aquella mañana del 23 de abril de 1945, en el umbral de Ravensbrück, el capitán M. era guapo. Sé por qué los niños que vimos en el andén de aquella pequeña estación danesa eran hermosos. Sé por qué las flores eran hermosas, hermoso el cielo, hermoso el sol, turbadoras y hermosas las voces humanas.

La tierra era hermosa porque la habíamos recobrado.

Hermosa y deshabitada.

Y he vuelto  
Conque no sabíais,  
vosotros,  
que de allí se vuelve

De allí se vuelve  
e incluso de más lejos



Vuelvo de otro mundo  
a este mundo  
que no había abandonado  
y no sé  
cuál es real  
decidme, ¿he vuelto  
del otro mundo?  
Para mí  
estoy allí aún  
y muero  
allí

cada día un poco más  
muero de nuevo  
la muerte de todos los que murieron  
y ya no sé cuál es real  
el mundo de aquí  
el otro mundo de allí  
ahora  
ya no sé  
cuándo estoy soñando  
y cuándo  
no estoy soñando.



Yo también había soñado

con desdichas  
y alcoholes  
en otros tiempos  
antes  
He resurgido de la desdicha  
aquella  
creyendo que había soñado  
el sueño de la desdicha  
He recuperado la memoria  
y con ella un sufrimiento  
que me ha hecho regresar  
a la patria de lo desconocido.

Era aún patria terrestre  
y ninguna parte de mí puede huir  
me domino toda  
y este conocimiento

adquirido en las simas de la desdicha  
De modo que sabréis  
que no se debe hablar con la muerte  
es un conocimiento inútil.  
En un mundo  
donde no están vivos  
quienes creen estarlo  
todo conocimiento se torna inútil  
para quien domina al otro  
y para vivir  
más vale no saber nada  
no saber nada del precio de la vida  
para un joven que está a punto de morir.



He hablado con la muerte  
así que  
yo sé  
lo vanas que eran tantas cosas aprendidas  
pero lo supe al precio de un sufrimiento  
tan grande  
que me pregunto  
si valía la pena.





Vosotros, que os amáis,  
hombres y mujeres  
hombre de una mujer  
mujer de un hombre  
vosotros, que os amáis,

acaso podéis cómo podéis  
declarar vuestro amor en los periódicos  
en fotos  
declarar vuestro amor en la calle que os ve  
    pasar  
en el escaparate por el que camináis  
uno pegado al otro contra el otro  
vuestros ojos en el cristal se encuentran  
y vuestros labios se unen  
cómo podéis  
declararlo al camarero  
al taxista  
le caéis simpáticos  
los dos  
unos enamorados  
declararlo sin decir nada  
con un gesto  
Cariño, tu abrigo, no olvides los guantes  
apartándote para dejarla pasar  
ella sonriente párpados bajados que se  
    levantan  
declararlo a quienes os miran  
y a quienes no os miran  
mediante esa seguridad que se tiene cuando  
    alguien te espera  
en un café  
en una plaza  
esa seguridad que se tiene  
cuando alguien te espera en la vida  
declararlo a los animales del zoo  
juntos qué feo ese aquel qué bonito es  
de sincero acuerdo  
o no

qué mas da  
os planteáis siquiera  
cómo podéis y por qué  
declarármelo a mí  
yo sé  
yo sé que todos los hombres reservan a las  
mujeres los mismos gestos  
los guantes cariño, las flores que se te olvidan  
cariño me favorecía a mí también  
sé que todas las mujeres  
reservan a los hombres el mismo encanto  
él me cogía de la mano  
me protegía los hombros  
cómo os atrevéis  
a mí  
ya no tengo que sonreír  
gracias cariño te lo agradezco  
cariño le favorecía a él también.

Y este desierto está poblado  
por hombres y mujeres que se aman  
que se aman y se lo declaran a voces  
de una punta de la tierra a la otra.



He vuelto de entre los muertos  
y he creído  
que eso me daba derecho  
a hablar con los demás  
y cuando me vi frente a ellos

no tuve nada que decirles  
porque  
había aprendido  
allá  
que no se puede hablar con los demás.

## **Plegaria a los vivos para perdonarles que están vivos**

Vosotros que pasáis  
bien vestidos con todos vuestros músculos  
una prenda que os sienta bien  
que os sienta mal  
que os sienta así así  
vosotros que pasáis  
movidos por una vida tumultuosa en las arterias  
y bien pegada al esqueleto  
con paso alerta atlético desmañado  
risueños ceñudos, sois hermosos  
tan corrientes  
tan corrientemente todo el mundo  
tan hermosos por ser corrientes  
diversamente  
con esa vida que os impide  
sentir el torso que sigue la pierna  
la mano en el sombrero  
la mano en el corazón  
la rótula que gira despacio en la rodilla  
cómo perdonaros que estéis vivos...  
Vosotros que pasáis  
bien vestidos con todos vuestros músculos  
cómo perdonaros  
están todos muertos  
Vosotros pasáis y bebéis en las terrazas  
vosotros sois felices ella os ama  
mal humor apuro de dinero  
cómo cómo  
perdonaros que estéis vivos  
cómo cómo  
os haréis perdonar  
por esos que están muertos  
para que paséis  
bien vestidos con todos vuestros músculos  
para que bebáis en las terrazas  
para que seáis más jóvenes cada primavera  
Os lo suplico

haced algo  
aprended un paso  
un baile  
algo que os justifique  
que os dé derecho  
a ir vestidos con vuestra piel y vuestro vello  
aprended a caminar y a reír  
porque sería una estupidez  
al final  
que tantos hayan muerto  
y que vosotros viváis  
sin hacer nada con vuestra vida.



Vuelvo  
de más allá del conocimiento  
ahora hay que desaprender  
entiendo que de otro modo  
no podría seguir viviendo.



Y además  
mejor no creerse  
esas historias  
de retornados  
ya nunca más dormiréis  
si os las creéis  
esos espectros retornados  
esos retornados  
que vuelven  
sin poder siquiera  
explicar cómo.

«Si comprender es imposible, conocer es necesario.»

PRIMO LEVI

Desde LIBROS DEL ASTEROIDE queremos agradecerle el tiempo que ha dedicado a la lectura de *Ninguno de nosotros volverá*.

Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así ha sido, lo recomiende a otro lector.

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de nuestra colección.

Queremos animarle también a que nos visite en [www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com), en [@LibrosAsteroide](https://www.facebook.com/librosdelasteroide) o en [www.facebook.com/librosdelasteroide](http://www.facebook.com/librosdelasteroide), donde encontrará información completa y detallada sobre todas nuestras publicaciones y podrá ponerse en contacto con nosotros para hacernos llegar sus opiniones y sugerencias.

Le esperamos.



\* Los *kapos* eran prisioneros que desempeñaban cargos administrativos en los campos de exterminio. Gozaban de no pocos privilegios. (*Todas las notas son de la traductora.*)

\* Las *stuhova* (o *stuhowa*) eran las prisioneras a las que las SS nombraban jefas de barracón para que se encargaran de mantener el orden.

\* Diminutivo y grafía adaptada de «*Krankenrevier*», el barracónmoridero donde hacinaban a los prisioneros gravemente enfermos.



\* Supervisoras.

\* Voluntarias de la Lotta Svärd, cuerpo femenino finlandés que colaboró en el trabajo auxiliar de las fuerzas armadas.

## Nota biográfica

Charlotte Delbo nació en 1913 cerca de París, en Vigneux-sur-Seine. Hija de emigrantes italianos, a los diecisiete años comenzó a trabajar como secretaria en la capital francesa. En 1932 se adhirió al movimiento de las Juventudes comunistas, y dos años más tarde conoció a Georges Dudach, muy activo en el seno del partido, con el que se casó en 1936. Un año más tarde, se convirtió en la secretaria de Louis Jouvet, entonces director del Théâtre de l'Athénée. El 2 de marzo de 1942, Charlotte y su marido fueron arrestados por las brigadas especiales de la policía francesa. Delbo fue encarcelada en La Santé, donde vio a Dudach por última vez el 23 de mayo, el mismo día en que fue fusilado. Fue trasladada a Auschwitz-Birkenau el 24 de enero de 1943 en un convoy junto con otras doscientas treinta mujeres, la mayoría miembros, como ella, de la Resistencia. A principios de 1944 fue trasladada de nuevo, esta vez al campo de Ravensbrück, y en abril de 1945 fue liberada, después de veintisiete meses de cautiverio. De las doscientas treinta mujeres del convoy que llegó a Auschwitz, regresaron cuarenta y nueve. Unos meses después, mientras se recuperaba en un sanatorio suizo, Delbo comenzó a escribir *Ninguno de nosotros volverá*, que se convertiría, veinticinco años más tarde, en el primer volumen de la trilogía *Auschwitz y después*. En 1947, comenzó a trabajar para la ONU en Ginebra y vivió en Suiza doce años. A su regreso a París trabajó para el CNRS como asistente del filósofo Henri Lefebvre, a quien había conocido en 1932. Allí falleció en 1985, a los setenta y dos años.

## Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de *Ninguno de nosotros volverá*, le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en [www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com) encontrará más información):

[El Pentateuco de Isaac](#), Angel Wagenstein

[K. L. Reich](#), Joaquim Amat-Piniella

[La agonía de Francia](#), Manuel Chaves Nogales



Libros del Asteroide 

**Charlotte Delbo**

# Ninguno de nosotros volverá

Traducción de Regina López Muñoz

